



EMILIO CASTELAR

Su desaparición de entre los vivos deplórase en estos momentos en todas las naciones civilizadas, porque á todas ellas llevó el prestigio de su nombre en alas de la fama ó en los puntos de la pluma; y nosotros, modestos obreros en la obra periodística, unimos nuestra honda pena á la amargura de España y al sentimiento de Europa.

Cuando el pesar envuelve al espíritu no hay plaza para la reflexión ni lugar para la crítica: la figura de Castelar, despojada de todo aquello que pudo influir para el extravío de su buen propósito, se nos presenta como la de un patriota á quien hay que rendir justos homenajes de admiración y respeto; como la de un hombre extraordinario que nos asombra con las espléndidas galas de su entendimiento; como la de un orador pasmoso, que quizá ocupe el más alto puesto en la historia de la palabra humana.

No es solamente á la respetable familia de Castelar á quien debemos dirigir la expresión del sentimiento que nos conmueve: Castelar es, en cuerpo y alma, del pueblo español; y al pueblo español enviamos nuestro pésame, como testimonio de amor á la patria y de admiración por el hombre muerto.

LA REDACCIÓN.



ESTUDIOS MILITARES

CARTA ABIERTA

AL SR. D. JUAN PÉREZ DE GUZMAN

Mi respetable y muy querido amigo: He vuelto á leer el artículo *Literatura militar de España*, escrito por usted, en el capítulo III del tomo CIX de la *España Moderna*, correspondiente á Enero de 1898, páginas 141 y 142, párrafo último de la primera de estas páginas y su continuación en el primer párrafo de la segunda.

En mi primera lectura pasó desapercibido lo que usted dice de la traducción mía de una obra italiana de mucho mérito, escrita por el malogrado General Nicolás Marselli, y que, aun cuando tarde, no quiero dejar de poner en claro lo que usted me atribuye en el referido párrafo, que copio á la letra:

«Cuando se anunció el *opúsculo* (?) del laborioso *Capitán Berenguer*, *La guerra y su historia*, esperando de traductor tan ilustrado é inteligente (¡muchas gracias!) *aquellas rectificaciones justas y patrióticas que devolvieran al honor de nuestro nombre el prestigio de la participación directiva que tomamos al concluir el siglo XV en la transformación de su arte y en la transformación orgánica de los ejércitos, desde la introducción de las armas de fuego cambió por completo la ciencia de combatir. Por desgracia, vimos á Berenguer, como hemos visto á otros escritores españoles, pasar sobre los errores admitidos, sin hacerles la menor anotación.*»

Permítame usted, amigo D. Juan, que le diga que ha escrito este párrafo sin leer la obra del General Marselli, que tiene tres tomos nutridos de lectura, y la llama usted *opúsculo*, siendo la obra de arte militar más completa, más fundamental y más

bien escrita que todas las escritas desde dos siglos á esta parte, y que acaso tampoco se escribirá en el porvenir cosa que ni siquiera se le aproxime. No crea usted que exagero.

¿No ha llamado á usted la atención el título tan trascendental y vasto que lleva la obra *monumental*, titulada *La guerra y su historia*, del ilustre General italiano, presentándola como *simple opúsculo*? Vamos, D. Juan, que con su talento tan claro y su bien digerida cultura no lo hubiera creído, si no lo hubiera visto, la calificación tan menguada que da usted á una obra tan *excepcional y nueva*. Esto permitirá usted que le diga tiene visos de crítica ligera.

Confirma asimismo que no ha leído usted el libro, cuando afirma que *yo soy ciego de inteligencia y traductor vulgar*, considerando como una desgracia que *yo haya pasado, como otros, «sobre los errores admitidos, sin hacer la menor anotación»*.

No ha sido así, Sr. D. Juan; se lo probaré á usted reproduciendo á continuación algunas notas que puse en el último tomo de la obra—sin otras adiciones y observaciones técnico-militares que he repartido en los libros anteriores;—yo en el último libro, cuyo título es *Ley del desarrollo histórico del arte de la guerra*, he dicho más de lo que puede figurarse, y no cayeron en saco roto mis modestas observaciones, como verá usted también en la última carta que, terminada mi traducción, me escribió el General Marselli, y que transcribo en italiano, que usted conoce, para que la carta no pierda su sentido.

Antes de entrar en materia, debo decirle que las notas que va usted á leer están escritas en 1892. Y ahora vamos á ver si tengo razón en lo que he dicho hasta aquí:

Dice el General Marselli en la página 453 del tomo III: «En aquellos nuevos tiempos primitivos (la Edad Media) se eclipsó el arte militar al mismo tiempo que la civilización» (1). Vea usted, D. Juan, lo que en la nota señalada con el núm. 1 rectifico de lo anterior.

(1) No podemos menos de reclamar la excepción para nuestra Patria, cuyas instituciones militares de la Edad Media son el lazo de unión entre el arte militar antiguo y el del Renacimiento, como lo prueba desde la legislación gótica y el *Fuero Juzgo* hasta las *Partidas* del Rey Sabio, y más aún la existe-

cia de la infantería como elemento importante de los ejércitos de la Reconquista, que no desaparecen en España, gracias á los *Concejos*, cuyas valerosas milicias se señalaron en los hechos más gloriosos de aquella santa guerra, y al distinto carácter que en este país tuvo el feudalismo, diferente por completo de lo que fué en el resto de Europa. ¡Lástima que el desconocimiento que hay en el extranjero de nuestra historia haga olvidar, aun en obras como la presente, nuestra indiscutible influencia en el Renacimiento y progresos del arte de la guerra!—(N. del T.)

Siga usted atento:

«Italia fué heredera directa (pág. 458 del mismo tomo) del mundo griego y latino, precedió á los demás pueblos en la resurrección de las formas militares paganas» (I).

(I) Insistimos—dice el traductor poco patriota,—insistimos en nuestra nota de la pág. 453, puesto que en España las *milicias concejiles* constituyeron desde tiempos muy remotos tropas de infantería reglamentadas, cuya presencia en el campo de batalla aparece siempre con carácter autónomo; así lo demuestra un privilegio otorgado en 1166 por el Rey D. Alonso VIII, en el que se hace mención de los Concejos de Segovia, de Avila y Maqueda, que contribuyeron á la pacificación de Castilla y ayudaron al Rey á recobrar su reino, embargado por D. Fernando II de León; así la presencia de estas valerosas milicias en la para nosotros infausta jornada de Alarcos, 1195, como en la gloriosa de las Navas, 1212, en la que, según el Arzobispo D. Rodrigo, actor en dicha jornada, «*civitatum et opidorum concilia (sic), copiosis phalangibus, et equis, et armis, et vehiculis, et victualibus, et omnibus ad bellum neussariis premunita venerum*». (De Rebus Hisp.—Libro VIII, capítulo III.) En estas tropas, como se deduce sin esfuerzo de las palabras *copiosis phalangibus*, del Arzobispo historiador, predominaba la infantería, como era natural, dado el carácter democrático de las repetidas *milicias concejiles*.

Y que estas tropas no peleaban á la desbandada, sino sujetas á órdenes y formaciones tácticas, está comprobado por las PARTIDAS del Rey D. Alfonso X el Sabio (1251-1263), cuyo título XII es un verdadero y completo Código militar, que se informa en leyes anteriores sobre el particular.

Sentimos tener que limitarnos á estas ligeras indicaciones para apoyar nuestra opinión de que España en la Edad Media es el lazo de unión entre el arte militar antiguo y el moderno, que en ella, antes que en ninguna otra parte, gracias á sus instituciones democráticas y la lucha por la reconquista de su suelo, reaparece la infantería como elemento importante en táctica, y que á ella únicamente debe Europa el renacimiento del arte militar en el siglo XIV.—(N. del T.)

MARSELLI, en la página 460 de mi traducción, dice al lector: «En Crecy, en Poitiers, en Azincourt, en el curso del mismo

siglo XIV, los arqueros ingleses dieron golpes fatales á la caballería y á la infantería francesas, y en la misma batalla de Crecy las primeras bocas de fuego lanzaron sobre el campo un nuevo saludo (1), á la sazón modesto é ineficaz, pero que después en Rávena (1512) se hizo potente y eficacísimo...»

(1) La pólvora y la artillería vinieron á Europa, pasando primero por España, con los benimerines que trajo de Africa Abdol-Meliq para ayudar á Mohamed IV de Granada en la expedición que en 1331 hizo este monarca contra las fronteras de Alicante y Orihuela, en cuya fecha este nuevo elemento de guerra hizo su primera aparición sobre los campos de batalla.—(N. del T.)

Página 463 del tomo III: «Nasau y Gustavo Adolfo fueron los primeros neo-romanos, fueron los protagonistas en el primer acto de la época moderna, el primero para la guerra defensiva, el segundo para la ofensiva...» (1).

(1) Imposible nos parece que el Sr. Marselli haga esta afirmación, olvidando á GONZALO DE CÓRDOVA y sus inmortales campañas de Italia, especialmente la del Garellano, verdadero modelo de *campañas estratégicas*, donde el capitán español hace brillar su genio, tanto como siglos después el sublime Corso en las cuencas del Po, y de quien dice un respetabilísimo escritor militar contemporáneo que entre los nombres inmortales de César y Napoleón, que se alzan como hitos seculares en el campo de la Historia, bien puede intercalarse el de GONZALO DE CÓRDOVA, *verdadero restaurador del arte militar*. ¡Lástima, repetimos una vez más, que en trabajo tan bien pensado como éste aparezcan omisiones de esta naturaleza y los apuntados anteriormente, y que, si podrían dispensarse á la ligereza vanidosa y presumida de un escritor francés, no así á la gravedad de pensador tan sensato y adoctrinado en materias históricas, como el autor de este libro.—(N. del T.)

Páginas 463 y 464 del tomo III: «Mauricio de Nasau, entre otras cosas, trató de sustituir las pesadas masas cuadradas con batallones más manejables; creó un orden normal descomponiendo el todo en vanguardia, cuerpo de batalla y retaguardia, y perfeccionó las evoluciones de la caballería (1); mas en los Países Bajos hizo guerra enteramente de posiciones y no de maniobras».

(1) ¿Y lo que antes que él habían hecho sobre estos particulares, no ya GONZALO DE CÓRDOVA, sino PESCARA y el gran DUQUE DE ALBA—que, bien analizado, fué el maestro de MAURICIO DE NASAU,—por lo mismo que este úl-

timo recibió de aquél lecciones tan duras? Sería interminable si hubiéramos de seguir refrescando la memoria del lector con datos y pormenores acerca de estas, cuestiones, sobre las [cuales no insistiremos por no hacer pesada la lectura.—(N. del T.)

Por último, en las páginas 531 y 532 del tomo III dice Marselli: «La verdadera fuerza de la Edad Media estaba en la caballería. ¿Cuándo renació el orden falangista? Los italianos, que se estrecharon alrededor del carro, hicieron como los griegos, que cerraron distancias ante el ímpetu y los choques de los troyanos; pero aquel orden tomó figura cuando los suizos, adquirida conciencia de sus derechos, quisieron poner dique en su país á la irrupción de enemigos fuertes en número y en caballería. *Después lo adoptaron los españoles*» (1).

(1) Ya hemos consignado en notas anteriores que los primeros que dieron forma al orden á que se refiere el autor fueron los españoles, *que no siguieron á nadie*, sino que dieron impulso, indicando algunas de las pruebas que apoyan nuestra opinión; á ellas remitimos al lector, y para más ilustración á la monumental obra de nuestro docto amigo D. FRANCISCO BARADO Y FONT, el *Museo Militar*.—(N. del T.)

¿Se convence usted, D. Juan, ahora de que no ha leído el *opúsculo*, como llama á la obra de Marselli?

Pues ahora lea la carta y verá cómo mis pobres observaciones, que usted echa de menos con ligereza impropia de sus condiciones, *no cayeron en saco roto*, como le digo al principio de esta desaliñada epístola.

Dice así:

Roma 27 Aprile 1896.

Egregio Sig.^r Capitano:

Da molto tempo le debbo una risposta; ma la cattiva condizióni della mia salute mi hanno impedito scriverle. Mi perdoni. Sono caduto ammalato mentre atendevo a comprire l'ultimo volume della SCIENZA DELLA STORIA e mi accingero ad esercitare le mie funzioni militari. Andavo attresi preparando una Prefazione per una nueva edizione della GUERRA E LA SUA STORIA, e in esa intendevo clasificare ciò que dal 1870 erasi prodotto

d'importante negli scritti e ne' fatti militari. Sono assai dolente che la impossibilità di lavorare mi tolga di colmare alcuni vuoti di questo libro, p. e. ciò che riguarda l'opera delle armi spagnuole, davvero assai importante, COM' ELLA (yo, D. Juan) GIUSTAMENTE FA NOTARE.

Mir allegro della sua nuova destinazione a Madrid, che le offrirà modo de svolger la sua attività su più largo teatro.

Sin che vivo le sarò riconoscente dell'onore fattomi colla sua bella traduzione, che di tanto in tanto leggo per mio conforto.

Con molta stima sono devotis.º

N. MARSELLI. »

Para terminar esta carta destartalada, diré á usted que las traducciones que yo he hecho de libros militares, de historia y de ciencias, las he empezado, leyendo primero detenidamente la obra, para apreciar su mérito, y una vez convencido de que el trabajo podía ser de utilidad á alguno de mis camaradas aficionados al estudio, y que desconocía el idioma en que estaba escrito, *procuraba traducir en castellano*, sin perjudicar el sentido y carácter de la materia que constituía el contenido de la obra, porque yo tenía conocimientos suficientes, y perdone usted la franqueza, para interpretar bien la doctrina, sin que las ideas, que ésta exponía, perdieran un átomo del verdadero alcance y sentido en que la expuso su autor.

Siempre que traduciendo una obra, de las muchas que he traducido, de las lenguas que conozco, alemán, italiano, francés, portugués y latín, si he encontrado algo disconforme con mis opiniones, en las cuestiones, militares ó contrario con los hechos de nuestra historia, siempre he puesto notas y restituido, demostrándola, la verdad de los hechos ó el verdadero sentido de los principios científicos.

Conste, pues, que yo no participo de las condiciones de esos otros traductores con quienes usted me compara, que cuando no atinan con la palabra castiza ponen, escribiendo de artes, los barbarismos, *justeza* por *corrección*, en el dibujo ó en el color, y en las ciencias *constatar* y otras por el estilo, por *comprobar*, ó lo que es lo mismo, *demostrar*. Dejan-

do á un lado la modestia, á lo que sus palabras me impulsan, le diré que yo lo que he traducido ha sido siempre obras ó trabajos notables, interpretados en mi idioma, con la más firme conciencia de que acertaba el verdadero sentido, por eso invertía en ellos tanto tiempo.

Á pesar de todo, sabe usted cuánto le estima su más sincero admirador é invariable amigo, Q. L. B. L. M.,

PEDRO A. BERENGUER,

Comandante de Infantería.

Profesor de la Escuela Superior de Guerra.

Madrid 14 de Mayo de 1899.

EL SISTEMA MÉTRICO

Y SUS NUEVAS BASES CIENTÍFICAS (1)

Reuniéronse los delegados de treinta Estados (2) en París en Agosto de 1870 por primera vez y en Septiembre de 1872 por segunda, con el título de *Comité internacional del metro*. Llegaba á 51 el número de sus individuos, hallándose entre ellos los representantes más ilustres de las ciencias astronómicas y físicas. Á Bélgica la representaron los Sres. Maus, Stas y Heusschen, y á España el General Ibáñez, Marqués de Mulhacén.

Antes de examinar los medios oportunos y los métodos que habían de seguir para establecer los tipos internacionales, tenía que resolver el Comité las unidades fundamentales que convendría adoptar y á qué centro habría de confiarse los acuerdos que se tomaran.

No se necesitaba de discusión alguna para fijar la elección de las unidades fundamentales: se imponían el metro y el kilogramo de los Archivos. Abandonarlos para tratar de establecer nuevos tipos más conformes con su definición teórica, obstinándose en fundar el sistema de medidas sobre unidades sedicentes absolutas y naturales, hubiese conducido en realidad á reemplazar por un nuevo sistema arbitrario el sistema métrico de 1799, cuya introducción en las costumbres del comercio y hasta de la ciencia había exigido tantos años y tan grande esfuerzo. Intentar tal ensayo no sólo hubiera sido exponer á un

(1) Véase la pág. 225 de este tomo.

(2) Alemania, República Argentina, Austria-Hungría, Baviera, Bélgica, Colombia, Chile, Dinamarca, república del Ecuador, España, Estados Unidos de América, Francia, Grecia, Inglaterra, Italia, Nicaragua, Países Bajos, Perú, Portugal, Rusia, San Salvador, Santa Sede, Suecia y Noruega, Suiza, Turquía, Uruguay, Venezuela y Wurtemberg.

fracaso, desde un principio, la generalización que ahincadamente se perseguía, sino introducir cosas nuevas sin la certidumbre de que fueran mejor que las antiguas; porque no hay hombre de ciencia capaz de admitir formalmente que sea posible referir á bases inmutables los tipos fundamentales de un sistema de medidas. Aun suponiendo que el mundo físico pudiera proporcionar una magnitud invariable en absoluto, sería imposible medirla y reproducirla materialmente con una exactitud tal que la relación del tipo á la magnitud natural que se supone representa quedara establecida *ne varietur*. Como acertadamente dice el Sr. Faye (1): «Lo que resulta imposible para las dimensiones de la Tierra lo sería también para cualquiera otro dato físico del que análogamente pretendiera deducirse una unidad de longitud. Siempre esa unidad, regla ó tipo llevará impreso el sello de la época en que se haya medido; siempre correríase el riesgo de que la ciencia descubriese pequeños defectos, correcciones nuevas, en una palabra, la manera de hacerlo mejor. Ejemplo muy notable de esto es lo acaecido con la yarda inglesa que, por un acuerdo del Parlamento, se comparó en 1824 con la longitud del péndulo de segundos. Cuando, por haberse incendiado el palacio de las Cortes en 1834, desapareció aquel tipo, fué necesario para hallar su longitud recurrir á las mejores copias, en vez de referirse á la definición oficial. Y es que en el intervalo se había descubierto un error en la antigua manera de calcular la reducción al vacío (del péndulo de segundos)» (2).

Y hablando de las dificultades que se presentarían, caso de perderse el metro tipo, añadía el Sr. Faye: «Cuando todas las naciones civilizadas posean copias muy exactas y auténticas del metro tipo, no habrá nada que temer. Inútil será además preocuparse con la pérdida de todos los tipos en la sucesión

(1) COMPTES RENDUS HEBDOMADAIRES DE L'ACADÉMIE DES SCIENCES, 1830, tomo II, pág. 736.

(2) La longitud natural á que se refería la yarda, unidad de longitud del sistema de medidas inglesas, es la longitud del péndulo de segundos en Londres, valiendo la yarda 36 veces la 39,1393 parte de esta longitud.

Recientemente se ha comparado muy exactamente la yarda con el metro: á la temperatura de + 16°, 667 vale 914, 399 milímetros (*P. V. des séances des Com. Intern. des P. et M.*, 1895, pág. 37).

de los siglos, porque las mediciones que se hayan hecho valiéndose del metro servirán para restablecer su valor con la exactitud necesaria, á poco que se conserven los documentos científicos, y si se hubieran perdido también, ningún interés habría en volver á hallar el metro».

Por estas razones adoptó el Comité los acuerdos siguientes:

«Para la ejecución del metro internacional se toma como punto de partida el metro de los Archivos en su actual estado.

»Por lo que respecta al kilogramo: considerando que la sencilla relación que establecieron los autores del sistema métrico entre la unidad de peso y la unidad de volumen la representa el kilogramo actual de una manera suficientemente exacta para los usos ordinarios de la industria y del comercio y aun para casi todas las necesidades ordinarias de la ciencia;

»Considerando que las ciencias exactas no tienen la misma necesidad de una relación numéricamente sencilla, sino tan sólo de una determinación lo más perfecta posible de dicha relación;

»Considerando, por último, las dificultades á que daría origen el cambio de la unidad actual de peso métrico.

»Decide que el kilogramo internacional se deduzca del kilogramo de los Archivos en su actual estado.»

Enumeraba á continuación el Comité las condiciones que se habían de cumplir para obtener y comparar los tipos del metro y del kilogramo.

Consideraba después que «es preciso dar al sistema métrico de pesas y medidas un carácter verdaderamente internacional; que la unidad de pesas y medidas no se logrará de manera rigurosa y satisfactoria para las necesidades de las ciencias y de las artes sino á condición de que todos los países que hayan adoptado el sistema métrico posean tipos de igual valor y de idéntica construcción, perfectamente comparables y rigurosamente comparados»; el Comité entendía que «la Comisión internacional del metro deberá construir, para llenar su cometido, tantos tipos idénticos del metro y del kilogramo como le pidan los Estados, efectuándose las comparaciones de los tipos por la misma Comisión y estableciéndose las ecua-

ciones de aquéllos con la mayor exactitud posible; luego uno de esos metros y otro de esos kilogramos se elegirán como prototipos internacionales, con relación á los que se expresarán las ecuaciones de los demás; construídos los tipos, se distribuirán indistintamente entre los Estados».

El Comité resolvió confiar la construcción de los nuevos prototipos á la sección francesa del Comité del metro, con el concurso y bajo la inspección del Comité permanente, compuesto de doce individuos designados de entre los que formaban la Comisión internacional.

Indicaba, no obstante, á los Gobiernos adheridos lo útil que sería crear en París una *Oficina internacional de pesas y medidas* (1).

Se ve por estas citas, tomadas de los principales acuerdos del Comité del metro, que los hombres de ciencia que representaban la casi totalidad del mundo civilizado se proponían que fuese universal el uso del sistema métrico y que se adoptasen como prototipos el metro y el kilogramo de los Archivos; acercábase la hora en que había de realizarse la esperanza que animó á los fundadores del sistema métrico, esperanza con elocuencia expresada en la generosa divisa que les guió en sus trabajos: «Para todos los tiempos y para todos los pueblos».

Solamente faltaba á los acuerdos de los individuos del Comité del metro la sanción oficial de los Estados que representaban, la cual no se hizo esperar.

Á instancias del Comité, el Gobierno francés convocó una *Conferencia diplomática del metro*, que se reunió á principios del año 1875, hallándose representados en ella diez y nueve Estados.

Resolvió la creación, con carácter permanente, de una *Oficina internacional de pesas y medidas*, encargada de todos los trabajos y estudios relativos al establecimiento y conservación de los prototipos. Tenía, además, que cooperar á cuanto tendiese al desenvolvimiento de la geodesia y ciencias

(1) *Comité international du metre*. Reuniones de 1872, págs. 221 y siguientes.

metrológicas. La nombrada Oficina quedaba sujeta á la dirección de un *Comité internacional de pesas y medidas*, compuesto de catorce individuos cuyas reuniones, anuales durante el período de la confección de los tipos, podrían ser luego bienales, y bajo la alta inspección de una *Conferencia internacional de pesas y medidas*, compuesta por los representantes de todos los Estados firmantes del convenio, la cual se reuniría cada seis años.

Este convenio, que se firmó el 20 de Mayo de 1875, fué ratificado inmediatamente por diez y seis Estados, y después se han adherido cinco más. Actualmente todos los países europeos—exceptuando Holanda, el Luxemburgo y Montenegro—y los Estados Unidos de la América del Norte, el Perú, la República Argentina, Venezuela, Méjico y el Japón forman parte de la Unión.

Se presupusieron en 400.000 francos los gastos de instalación de la oficina; el presupuesto anual de 75.000 francos de 1876 y 1877 subió á 100.000 durante el período de confección de los tipos y después ha bajado á 75.000 francos (1889).

Cada Estado contribuye á los gastos proporcionalmente á su población y en una escala decreciente, según en que el Estado contratante sea el sistema métrico obligatorio, facultativo ó no se haya introducido aún; los primeros pagan 3, los segundos (Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña é Irlanda) 2 y los terceros (Rusia y Dinamarca) 1.

La citada Oficina se ha instalado en el antiguo pabellón de Breteuil, á la entrada del parque de Saint-Cloud, en Sévres. Hacíase necesaria aquélla como complemento indispensable de la adopción del sistema métrico para sistema universal de medidas.

Tan sólo una organización central, internacional y científica podía asegurar la conservación indefinida de los prototipos internacionales, cuidar de que sean auténticas las copias que han de entregarse y prevenir la alteración de los prototipos nacionales, sometiéndolos á las necesarias comprobaciones periódicas para garantizar la constancia de su identidad con el prototipo internacional. Ningún otro instituto con tanta au-

toridad como la Oficina de Breteuil para efectuar los trabajos metrológicos. Provisto de cuanto se ha menester para las medidas de precisión y de los aparatos especiales más perfectos y sirviendo en él personas muy peritas, no solamente le es dado á la expresada Oficina practicar las investigaciones referentes á los tipos de medición con superior garantía científica á la de cualquier otro centro, sino que sus resultados han merecido la aprobación de los delegados de los países contratantes, y alcanzan en éstos al punto validez legal.

No hay para qué referir aquí todos los servicios que dicho centro ha prestado á la ciencia; harto conocidos son de las personas dedicadas á la ciencia los notables trabajos que se han hecho bajo la dirección del Sr. Broch primeramente y del Sr. Benoit luego, por los Sres. Pernet, Mareck, Tiesen, Chappuis y Guillaume. En las publicaciones de la Oficina internacional hallan los centros de pesos y medidas modelos para la observación de gran precisión en las operaciones metrológicas.

Á los pocos que se opusieron en 1875 á que se crease una oficina de carácter permanente contestaba el Sr. Fœrster, presidente del Comité en la última Conferencia de 1895: «Las investigaciones fundamentales que ha ejecutado el instituto internacional á expensas de los pueblos civilizados y con fuerzas concentradas de voluntad y perseverancia, han contribuído á facilitar y asegurar los trabajos individuales en los servicios nacionales de pesas y medidas y las más delicadas y fecundas investigaciones científicas». Hoy es la Oficina de Breteuil una autoridad universalmente aceptada para cuanto se refiere á la ciencia metrológica.

Quedó, por lo tanto, perfectamente establecida desde comienzos del año 1875 la organización científica internacional de pesas y medidas. En el mes de Abril del mismo año se reunió por primera vez el Comité internacional, que se componía de los Sres. Fœrster, general Ibáñez, Herk, Wild, Barón Wrede, Hilgard, General Morin, Chisholm, Broch, Stas, Husny-Bey, Hirsch y Govi (1).

(1) El Comité se compone actualmente de los Sres. Fœrster (Alemania),

La Oficina se estableció de manera definitiva en 1877 y empezó sus trabajos en 1878. Le incumbía en primer término vigilar la fabricación de los 30 metros y 40 kilogramos prototipos que habían pedido los diversos Estados contratantes del convenio del metro; establecer, con sujeción al metro y kilogramo de los Archivos los nuevos prototipos del metro y kilogramo—que se conservan actualmente en los sótanos de la Oficina internacional de pesas y medidas—y por último, comparar los varios prototipos nacionales entre sí y con los internacionales para asegurar su identidad lo más perfectamente posible. No se acabaron del todo estos trabajos hasta 1889 y la primera Conferencia internacional de pesas y medidas que en este año se celebró distribuyó por sorteo los tipos que les correspondían. Es tal la perfección con que se hicieron los nuevos prototipos, que el error de los metros no excede de 3 micrones y el de los kilogramos de un miligramo, esto es, que entregados á los Estados tales como salían de manos de los hábiles artistas que los trazaron y ajustaron, eran suficientes estos prototipos para que resultasen con satisfactoria uniformidad los diversos metros tipos nacionales del sistema métrico (1).

Las comparaciones á que fueron sometidos estos prototipos para establecer su ecuación transformaron esa igualdad ya tan notable en una identidad casi absoluta. Merced á esos estudios se conoce el valor de los prototipos nacionales en función del de los internacionales con una exactitud que, para los metros, llega al orden de las diezmilésimas de milímetro y que, para los kilogramos, excede de la centésima de miligramo. Seguramente que no previeron tamaña precisión los iniciadores del convenio del metro. Acompañan á cada metro dos termómetros de vidrio duro, minuciosamente estudiados y referidos á la escala internacional termométrica de hidrógeno;

presidente; Hirsch (Suiza), secretario; Benoit (director de la Oficina internacional), Arndsten (Noruega), Arrillaga (España), Bertrand (Francia), Bodola (Hungria), Macedo (Portugal), Chancy (Inglaterra), Hépiter (Rumanía), von Lang (Austria), Mendeleef (Rusia).

(1) Lo que ahora vamos á exponer en compendio se halla detenidamente explicado en los once tomos publicados hasta ahora con el epígrafe de *Travaux et Mémoire* de la Oficina internacional de pesas y medidas.

de suerte que como todos los Estados poseen una de éstas idéntica á la de la Oficina internacional de pesas y medidas, pueden efectuarse donde quiera, con arreglo á una base común, las reducciones que hay que tener en cuenta en el empleo de los metros tipos.

Se ve por lo dicho que la unificación internacional de pesas y medidas, en lo referente á sus bases científicas por lo menos, se ha realizado del modo más perfecto que cabía apetecer. Durante mucho tiempo servirá para las necesidades más rigurosas de la ciencia la concordancia que actualmente existe entre los diversos prototipos nacionales. Mas como conviene prever las alteraciones posibles de sus metros tipo, se someterán los diversos prototipos nacionales á comprobaciones periódicas en la Oficina de Breteuil, la primera de las cuales se verificará en este año. Los kilogramos y termómetros tipos de los Estados se han de enviar á París para que se comparen nuevamente entre sí. Se aguardan con impaciencia los resultados, porque es la primera vez que se efectúa en semejante escala y por observadores tan expertos y competentes un trabajo destinado á conocer la constancia de un peso y la invariabilidad de las indicaciones de un termómetro. Sean cuales fueren las conclusiones, su valor es precioso para los físicos, porque podrán comprobar así el grado de confianza que merecen dos de sus principales instrumentos.

Hasta un lapso de tiempo mayor no se volverá á comprobar los metros tipos, porque no cabe duda de que son menos susceptibles de modificaciones.

Para que el lector se forme idea más cabal respecto al valor científico de los metros tipos que sirven de base al sistema internacional de pesas y medidas, insistiremos con algún detalle sobre la índole y construcción de los varios prototipos y sobre la autenticidad y relación con una magnitud natural de los dos prototipos internacionales del metro y kilogramo.

METROS TIPOS.—Se forman éstos de *reglas de trazos*, es decir, que la longitud del metro está definida por la distancia entre dos trazos paralelos que hay en la regla. Son de platino iridiado, en la proporción de 90 partes de platino por 10 de iridio. Esta aleación ofrece la ventaja de que, á más de ser

invariable su coeficiente de dilatación, posee dureza y rigidez mayores que el platino; cuando no contiene más de 10 por 100 de iridio, es lo bastante maleable y dúctil para poderla laminar. Gracias á los trabajos de Sainte Claire Deville es posible preparar el iridio en estado de pureza, fabricar la aleación partiendo de los elementos puros y obtener un producto exento de metales más volátiles. Reúne en alto grado la repetida aleación todas las propiedades que se deben exigir al metal con que se ha de confeccionar un metro tipo: débil coeficiente de dilatación y unas $\frac{9}{1000000}$ por grado centígrado; punto de fusión muy elevado, superior á 1800°; elasticidad considerable, el coeficiente de elasticidad es de unos 19.000 kilogramos por milímetro cuadrado; finalmente, gran resistencia á la acción de los agentes químicos. La densidad es poco superior á 21.

Se adoptó un perfil determinado para la regla en virtud del minucioso estudio hecho por Tresca respecto á la forma más conveniente para los metros tipos (1). Necesítase que la regla posea la mayor rigidez en el sentido vertical y en el horizontal; que presente la mayor superficie posible para que su temperatura se equilibre rápidamente con el medio ambiente; por último, que el plano de las fibras neutras esté al descubierto para que puedan marcarse en él los trazos límites. Esta última condición tiene por objeto obviar los inconvenientes resultantes de la excesiva flexión de la regla; así resulta constantemente nula la tensión molecular en el plano mismo que mide el metro, cualesquiera que sean el modo de suspensión de la regla ó la diferencia de dilatación que exista entre aquélla y su soporte, si este último es un plano en contacto permanente con la regla. El perfil de Tresca, llamado *perfil en X*, ofrece aproximadamente la forma de una X, cuyas jambas están unidas en su centro por un nervio horizontal, cuya superficie superior está en el plano de las fibras neutras.

La rigidez del nuevo metro tipo construído con ese perfil es

(1) Véanse los *Procès-verbaux des séances du Comité int. du mètre*, páginas 191 y siguientes.

cerca de 40 veces mayor que la del metro de los Archivos, aunque no pesa más que tres kilogramos y medio, es decir, solamente vez y media que el primitivo. El grueso del metal constante en todos los puntos de la sección es de 3 milímetros, al paso que es de 4 para el metro de los Archivos. Sabido es que en la comparación de las reglas se apoyan éstas en cuanto es posible sobre dos puntos no más, distantes 559 milésimas de su longitud total; el estudio teórico de la flexión ha indicado á Bessel que á esa distancia corresponde el mínimo acortamiento aparente de la regla, que en estas condiciones sería de 0,7 de micrón para el metro de los Archivos y sólo de 0,0004 de micrón para los nuevos metros tipos. Si el Comité del metro hubiese adoptado la sección cuadrada que se dió á los tipos de la yarda, hubiera habido que doblar el peso de la regla para que opusiese igual resistencia á la flexión.

Cada regla mide 102 centímetros entre sus dos extremos; en cada una de las extremidades sobre el nervio medio se ha pulimentado especularmente una pequeña superficie elíptica y sobre las dos hay sendos trazos límites del metro y trazos secundarios situados á uno y otro del principal á la distancia de un medio milímetro. Cortan perpendicularmente á los tres trazos otros dos longitudinales, á 0,2 de milímetro, que definen el eje de la regla.

Los trazos transversales, situados á una y otra parte del principal, dejan entre sí un intervalo que, teóricamente, es de un milímetro y cuya longitud real, medida con exactitud, se inscribe en el certificado que acompaña al metro tipo; de suerte que cada regla tiene á más del tipo del metro el del milímetro, ventaja muy importante, puesto que, en definitiva, el milímetro constituye la base de las medidas en las operaciones metrológicas. El Comité permanente no previó esta disposición que adoptó luego el Comité internacional, cuando procuraba resolver el problema de disminuir en las comparaciones el error debido á la puntería de los trazos. Sabido es que con el microscopio de micrómetro de hilo movable el menor error en la puntería produce un error sensible en el valor milimétrico de la desviación del hilo rector. Se ha dado

con una solución satisfactoria, que consiste en determinar dicho valor milimétrico durante las mismas operaciones de cada comparación.

Resolvió el Comité, para conseguir una composición tan homogénea como sea posible, que se sacasen del mismo lingote todas las barras destinadas á la confección de los metros. Con este objeto, efectuó en 1874 el Conservatorio de Artes y Oficios la colada de un lingote de 250 kilogramos de platino iridiado; pero merced á un defecto en la depuración de los metales que constituían la aleación, quedó un 2,5 por 100 de metales extraños, y aunque esto bien poco habría de influir en la inalterabilidad de los prototipos, el Comité, deseoso de que no hubiese temor alguno, rechazó esta aleación. Después de algunos años de ensayos encargóse la casa Johnson Matthey y C.^a, de Londres, de facilitar nuevos prototipos, fabricándose éstos bajo la constante inspección, por lo que toca á la parte química, de los Sres. Stas y Debray. Un año entero se necesitó para preparar el iridio con el grado de pureza que se deseaba obtener. Data de 1882 el contrato que se hizo con la casa Johnson; los cilindros con que se habían de confeccionar los kilogramos se entregaron en Octubre de 1884 y las reglas en que se trazaron los metros, en los de 1885 á 1887.

Parécenos que no es ocioso insistir en estos detalles para que se vea la perseverancia con que ha perseguido el Comité internacional uno de los fines que se propuso alcanzar, á saber: que fuese en absoluto idéntica la composición de todos los prototipos nacionales. Tales cuidados no han sido estériles, pues la composición de la aleación es tan perfecta como cabe apetecer. El metal de las reglas tiene 89,9 de platino y 10,1 de iridio y una densidad casi constante de 21,51 aproximadamente; la igualdad de los valores que ofrece el coeficiente de dilatación de las diversas reglas, medido según ahora veremos, es garantía segura de la homogeneidad de su composición.

El Sr. Tresca efectuó el trazado de las reglas en el Conservatorio de Artes y Oficios. Varía el espesor de los trazos límites entre 6 y 8 micrones, y cada regla lleva grabado en una de las jambas un número de orden.

Se sometió dichas reglas á un estudio detenido en la Oficina internacional antes de conferirles el carácter de prototipos de longitud; necesitábase ante todo determinar el coeficiente de dilatación de cada una de aquéllas individualmente, compararlas luego entre sí y con el prototipo internacional para establecer en ecuación su función de este último.

Una primera regla designada con el símbolo I_2 que había sido comparada en 1881, como después veremos, con el metro de los Archivos, sirvió de *metro prototipo internacional provisional* hasta el momento de las comparaciones de todas las reglas entre sí. Una de ellas, la núm. 6, cuya ecuación con relación al metro de los Archivos resultó igual á 0, se eligió entonces y fué sancionada como *prototipo internacional definitivo* del metro.

Se determinó la dilatación de la manera que sigue. Para la regla número 6, en la que resultó la antedicha feliz coincidencia, se midió la dilatación directamente y por dos distintos procedimientos: por el *método de Fizeau* que se funda en el fenómeno de las interferencias, y por el *método llamado absoluto del comparador*, que consiste en comparar las longitudes de la regla á diversas temperaturas con la de otra regla sometida á una temperatura constante. Los resultados obtenidos por ambos métodos son bastante acordes; el error probable de un alargamiento producido por la diferencia de temperatura de 0 á 25 grados sería de unos $\pm 0,2$ de micrón. Expresándolo en la escala del termómetro de hidrógeno, el coeficiente tendría por valor $10^{-9} (8651 + 1,00 T)$.

Como en las comparaciones de las reglas sólo por excepción se pasa de la temperatura de 15 grados, se ve que no excedería de una décima de micrón el error debido á la incertidumbre respecto al verdadero valor del coeficiente de dilatación de la regla. No es posible exigir más.

Luego se determinó la dilatación de los demás prototipos en función de la calculada para la regla núm. 6, averiguando sucesivamente la diferencia entre la de ésta y el coeficiente de dilatación de cada prototipo. Se efectuaron 240 series de comparaciones á ocho temperaturas distintas que variaban entre 0 y 38 grados. A la regla núm. 6 y la que se le compara-

ba, metidas en un artesa, se les iba haciendo pasar, en experiencias sucesivas, por las temperaturas crecientes de 0° , 11° , 22° y 33° , y luego por las decrecientes de 38° , 27° , 16° y 5° aproximadamente.

Estas determinaciones demostraron la notable homogeneidad del metal; expresándolo en la escala del termómetro de hidrógeno, el coeficiente de dilatación mayor, $10^{-9} (8674 + 1,00 T)$ pertenece á la regla núm. 4; el menor, $10^{-9} (8632 + 1,00 T)$, á la regla núm. 29; de manera que la máxima discrepancia entre estas dos reglas sería solamente de 1,3 de micrón para una variación de temperatura de 30 grados.

Determinados ya los sendos coeficientes de dilatación de las reglas, había que compararlas entre sí y con el prototipo internacional. Fueron comparándose las reglas dos á dos, en el agua y en la temperatura ambiente, comprendiendo cada operación cuatro series de comparaciones en cuatro posiciones simétricas de las reglas con relación al observador y á los microscopios.

Las comparaciones de las treinta reglas entre sí y con el tipo provisional en todas las combinaciones posibles hubieran exigido 465 operaciones completas, ó sean 186 comparaciones individuales y exigido muchísimo tiempo. Para reducirlo, cada regla se comparó solamente con otros nueve prototipos y con el metro tipo provisional; los resultados de estas comparaciones suministran número bastante de ecuaciones de comprobación. Terminadas las comparaciones, se eligió de entre todas las reglas la que tenía ecuación más débil con respecto al metro de los Archivos para que constituyese el *prototipo internacional*, con el que se compararon las demás reglas. Hiciéronse en total 196 operaciones completas, ó sean 784 comparaciones individuales.

Merced á la simetría que se adoptó para las comparaciones se pudo resolver, por el método de los mínimos cuadrados, las 196 ecuaciones de condición á que condujo la totalidad de las comparaciones efectuadas, para deducir el valor de las incógnitas, es decir, de las discrepancias entre los treinta prototipos y el metro tipo internacional definitivo. La discusión de

los resultados dió para error probable de una observación el valor $+ 0,12$ de micrón, y se vió que el error probable de uno cualquiera de los nuevos prototipos es igual á $+ 0,04$ de micrón. Tomando en cuenta, además, el error que se produce en el conocimiento del verdadero valor del coeficiente de dilatación de las reglas y del prototipo internacional, se estima que la longitud de cada prototipo está determinada con una incertidumbre de una á dos décimas de micrón.

Puede asegurarse, por lo tanto, que el tipo fundamental de longitud está reproducido en sus copias con una exactitud que excede de la millonésima de su valor, y que en cualquier momento se podrá reproducir con la misma precisión.

Puesto que, según lo acordado por el *Comité del metro*, el nuevo prototipo internacional debería ser la reproducción más perfecta posible del metro *de los Archivos*, la autenticidad del *prototipo internacional* resulta de la exactitud con se haya comparado con aquél. En los límites de una aproximación dada deben ser idénticas las dos reglas. ¿Existe esta identidad? Es evidente que después de haber sancionado, en 1889, la Conferencia general de pesas y medidas el nuevo prototipo internacional y de la entrega de los tipos nacionales, no tiene alcance práctico la pregunta anterior. Sin embargo, como se han hecho varias objeciones tocante á la exactitud del nuevo prototipo, oportuno será decir algo.

La regla I_2 , que sirvió de prototipo *provisional* hasta que se eligió el prototipo internacional *definitivo*, se comparó con el metro de los Archivos, desde Septiembre de 1881 á Febrero de 1882, por los Sres. Benoit y Tresca, en el Conservatorio de Artes y Oficios, bajo la inspección de una comisión compuesta por los Sres. Dumas, Tresca, Cornu, Broch, Fœrster y Stas.

El metro de los Archivos es un *metro terminado por cantos*, y la comparación de una regla de esta clase con otra de trazos es operación muy delicada porque no se podría calar directamente y con exactitud en los microscopios la superficie terminal de la regla de cantos. Si se determina la posición de esta superficie observando el medio de la distancia que separa el extremo de una punta colocada delante de la regla y la

imagen de la misma punta reflejada por el canto, esto es, según el método propuesto por Fizeau en 1872, se cometen errores sistemáticos muy ligeros ocasionados por la disimetría de los haces lumínicos que penetran en el objetivo del microscopio, disimetría debida á la sombra que arroja sobre la punta el canto del metro.

Pueden, no obstante, atenuarse mucho esos errores usando el procedimiento ideado por Cornu que permite hacer la puntería exacta, pero el cual no es tan satisfactorio como cuando se recurre á la comparación de dos metros de trazos.

Hay otra causa más importante de errores que influye en los resultados de las comparaciones en que interviene la regla de los Archivos; proviene de la ignorancia en que se está del verdadero valor de su coeficiente de dilatación por no haberse determinado éste nunca directamente por ser algo poroso el metal de que se compone aquélla. Ocúrrese desde luego que para evitar la influencia de la dilatación se deberían efectuar las comparaciones á una temperatura lo más cercana posible á 0°; pero en este caso llega á su máximum el influjo perjudicial del calor que radia el observador. Por esto suele ser preferible hacer las observaciones á la temperatura ambiente. Al evitar un inconveniente se caía en otro, y no cabe exigir gran precisión en el resultado de las comparaciones hechas para establecer la relación del prototipo internacional con el metro de los Archivos.

Al criticar Bosscha (1) las operaciones de la Comisión, y después de deducir, fundándose en los resultados de cierto número de observaciones anteriores, que es posible comparar con el metro de los Archivos una regla de trazos con una exactitud de medio micrón, poco más ó menos, opina que al prototipo internacional, tal como resulta de los trabajos de la citada Comisión, le faltan 2,6 de micrón aproximadamente. Parecen justificadas algunas de las críticas del Sr. Bosscha, sobre todo cuando considera como inferiores á las demás las observaciones efectuadas á temperaturas muy distantes de la

(1) COMPTES RENDUS DE L'ACADÉMIE DES SCIENCES, 1891, tomo II, página 345, y 1892, tomo I, pág. 950.

de 0°. Hubiera sido también preferible deducir la longitud del metro I_2 —prototipo internacional provisional—de la del metro de los Archivos.

Pero aun suponiendo, cosa no admisible, que el error en la comparación entre la regla I_2 y el metro de los Archivos excediese el error probable de 1 micrón admitido por la Comisión (1) y se elevase á 2,6 de micrón, no tendría importancia alguna, tanto en el concepto científico como en el práctico. En efecto, poco significa que el nuevo prototipo internacional sea una copia del metro de los Archivos exacta en una fracción de micrón. Tan sólo se necesita que el nuevo prototipo reproduzca la antigua unidad del sistema métrico con un error inferior á los que existen entre el último y sus antiguas copias que se establecieron antes para que sirvieran de prototipos á los diferentes Estados en que se hallaba en vigor el sistema métrico. Ahora bien, es cierto que esos errores eran muy superiores á 2,6 de micrón, de suerte que el antiguo prototipo de Bélgica difiere en 3 micrones del metro de los Archivos, cantidad que antes se consideraba como despreciable (2).

Lo principal que se ha conseguido con la reorganización del sistema métrico consiste en que ha reemplazado al metro de los Archivos un nuevo tipo de longitud que difiere de aquél en una cantidad despreciable, pero que ofrece las importantísimas ventajas de poder reproducirse con un grado mucho mayor de precisión y de tener garantías muy superiores de constancia é inalterabilidad (3).

(1) *Procès verbaux du Comité inter. des poids et mesures*, 1892, pág. 56.

(2) Como ejemplo típico de los errores de las reglas que antiguamente se tenían por medidas tipos, puede citarse el metro de la Universidad de Upsala que sirvió en 1864 á Angström para medir las longitudes de onda del espectro normal. Comparado en 1866 en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, se le atribuyó la longitud de 0^m,999810, y en la determinación que se hizo en 1887 en la Oficina de Breteuil se asignó á dicha regla la longitud de 0^m,999922; ¡resulta un error de 112 micrones! *Comité inter. P. V. de 1887*, página 50.

(3) Es notable la superioridad de las reglas de trazos sobre las terminadas por cantos. Aun teniendo perfectamente pulimentadas las superficies terminales, sólo se logra en las comparaciones una exactitud cinco veces menor que la que se alcanza con los metros de trazos.

Si no son perfectamente planas las superficies terminales, que es el caso más común en los metros antiguos, los errores aún son más crecidos y pueden llegar hasta 2 μ . (*2^{me} Conférence générale des P. et M.—Comptes rendus*, página 24.)

Por esto el Comité internacional de pesas y medidas resolvió el 23 de Septiembre de 1891, después de examinar la crítica del Sr. Bosscha: «El Comité admite que no carece de interés el establecer con la mayor exactitud posible las relaciones entre otros tipos importantes y la nueva unidad; pero cuando se trata de comparar ésta, que es un prototipo de trazos, con otro terminado por cantos como el de las Archivos, el grado de exactitud que es dable alcanzar no permite establecer ecuaciones como las que figuran en la memoria del Sr. Bosscha.

»Se resuelve, por lo tanto, que, en interés de la invariabilidad y de la unidad de pesas y medidas, no es admisible hacer que dependa de correcciones inseguras é incesantes la base del sistema métrico, que ahora define materialmente el prototipo internacional.»

De modo que actualmente el metro está definido, no por su relación con una magnitud natural dada, sino por la longitud del tipo material que lo representa. Sin embargo, la Comisión del metro de 1872 previó en el programa de trabajos que habían de efectuarse la relación exacta entre el metro y un elemento del mundo físico para que constituya el testimonio natural de la invariabilidad del tipo fundamental de longitud.

Conservaba aún la Comisión algunas preferencias por la primitiva definición del metro, puesto que expresaba el deseo de que el Gobierno francés dispusiera que se midiese nuevamente una de las antiguas bases francesas (1). Pero se desistió pronto, porque los adelantos de la geodesia han quebrantado cada vez más la confianza en la invariabilidad de las dimensiones de la superficie terrestre.

DE LANNOY,

Conservador de los tipos de pesas y medidas de Bélgica.

(Continuará.)

(1) *Comité international du mètre. P. V. de 1872, pág. 229.*

COSAS DE ANTAÑO

La peste de 1438 y el voto de ayuno.

Señalóse este año por una gran epidemia que reinó en Madrid y puntos comarcanos. Desconocidos entonces los recursos de la higiene y los medios que la ciencia moderna prescribe para hacer frente á estas calamidades, ó por lo menos modificar sus efectos, el Ayuntamiento tuvo que echarse en brazos de la Divina Providencia, y al efecto, hizo voto solemne, público y perpetuo de ayunar todos los años la víspera de las fiestas de la Purísima Concepción y del glorioso mártir San Sebastián, fundando la consiguiente cofradía.

El Lic. Jerónimo Quintana, en su *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa de Madrid*, inserta un documento que lo comprueba, del que tomaré las noticias principales referentes al asunto, y son como sigue:

Los primitivos cofrades fueron en número de doscientos; la fiesta de la Concepción había de pregonarse públicamente un día antes de su víspera, ayunándose su vigilia á *conducho quaresmal*; en su día todos los vecinos de Madrid y sus arrabales estaban obligados á celebrar la fiesta y asistir á la procesión general, bajo multa de doce maravedís, salvo los menores de veinte años, los mayores de sesenta, las mujeres en cinta ó criando y las demás personas excusadas por legítimo impedimento. Á la procesión de San Sebastián sólo concurrían los cofrades.

El documento de referencia no consta en el Archivo municipal: quizá por eso el Ayuntamiento no cumple ya el voto de la procesión, y del ayuno nada podemos decir, porque eso entra en el fuero interno de los señores concejales.

León V de Armenia, Señor de Madrid.

Cautivo y despojado de su reino León V de Armenia por el Soldán de Babilonia, imploró el amparo de los príncipes cristianos, y dolido de sus desventuras el noble y caballeroso Rey de Castilla D. Juan I, logró, terciando amistosamente en el asunto, el rescate del destronado monarca, ofreciendo á éste luego hospitalidad en la Península, y dándole el señorío de Madrid, Andújar y Villa-Real.

Algo mohinos y como á remolque rindieron pleito-homenaje los madrileños á León de Armenia el 19 de Octubre de 1383, y el nuevo Señor, en cédula de 1388, confirmó á la villa sus fueros y privilegios.

Dice el historiógrafo Azcona que á poco de ocurrir la muerte de D. Juan I (9 Octubre 1390), León de Armenia pasó á Francia determinado á intentar la reconciliación de ingleses y franceses y su ulterior alianza para hacer la guerra en Oriente. El Rey León buscaba por este camino un trono en que poder brillar, mejor que el señorío de la villa del oso y del madroño. Sobrecogióle inopinadamrnte la muerte en París, y parece que fué sepultado en la capilla mayor del convento de los Celestinos, donde ha existido un sepulcro con esta inscripción: *Aquí yace León, Rey de Armenia.*

El Rey D. Enrique III, á solicitud de los de Madrid, alzó por su cédula de 13 de Abril de 1391 el pleito-homenaje que á León había prestado esta villa.

En el Archivo municipal se conservan documentos, alguno con el sello y firma del ex monarca armenio, que comprueban este curiosísimo episodio de la historia de Madrid.

La calle de los Traperos.

En un documento hallado en Uclés por D. José Escudero de la Peña, antiguo jefe del Archivo de Alcalá, y publicado por los Sres. Amador de los Ríos y Kada y Delgado (1),

(1) *Historia de la villa y corte de Madrid.*

consta que el Rey D. Enrique I hizo donación en el año 1216 á favor de D. Balduino y de su mujer D.^a María de una tienda situada en la *calle de los Traperos* de la villa de Madrid.

¿Dónde se hallaba esta calle en el siglo XIII?

Hemos podido averiguar, por papeles existentes en el Archivo municipal, que en el siglo XVI se llamaba calle de la *Trapería* á la que después llevó el nombre de la *Amargura* y hoy el de *Siete de Julio*, y si bien en 1216 este sitio estaba fuera de los muros, como quiera que en 1202, según el Fuero de Madrid, había ya arrabales en esta villa, cabe conjeturar, valga por lo que valiere, que la calle de los *Traperos* era la actual del *Siete de Julio*.

Nacimiento de Isabel la Católica.

Aún no está fallada la litis de si la Reina D.^a Isabel I nació en Madrid ó en Madrigal, y desgraciadamente las pruebas que una y otra parte aducen no son tan concluyentes que puedan hacer formar opinión decisiva.

Lucio Marineo Sículo dice que Isabel vió la luz en Madrigal el año 1449; Andrés Bernáldez, cura de los Palacios, afirma que nació en Ávila el 19 de Noviembre de 1450; Alonso de Ávila declara que este acontecimiento tuvo efecto el 23 de Abril de 1451; como se ve, existió desde los primeros momentos discordancia respecto á la fecha de nacimiento y punto de naturaleza.

La fecha, sin embargo, quedó perfectamente comprobada con un documento que Diego de Colmenares publicó en su famosa *Historia de Segovia*, y que vino á decir la última palabra en cuanto á día, mes y año de nacimiento. El diploma es una carta, datada en Madrid á 23 de Abril de 1451, en la que el Rey D. Juan II participaba al Ayuntamiento de Segovia que la Reina había dado á luz una Infanta. También dió luz el documento, mas no tanta que aclarase las dudas de los que buscan con afán el pueblo de naturaleza de aquella sublime mujer, pues la redacción de la carta nos deja entre sol y sombra mientras queramos formar opinión basada en otra cosa que en conjeturas.

Ésta es la carta:

«Yo el Rey enbio mucho saludar á Vos el Concejo, Alcaldes, Alguacil, Regidores, Caualleros, Escuderos, Oficiales e omes buenos de la cibdad de Segouia, como aquellos que amo e de quien mucho fio. Fago vos saber que por la gracia de nuestro Señor este jueves próximo pasado la Reina D.^a Isabel, mi muy cara e muy amada mujer encaesció de una Infant, lo qual vos fago saber porque dedes muchas gracias á Dios, así por la deliberacion de la dicha Reina, mi mujer, como por el nacimiento de la dicha Infant: sobre lo qual mandé ir á vos á Johan de Busto, mi Repostero de camas, leuador de la presente, al qual vos mando dedes las albricias por quanto le Yo fise merced dellas. Dada en la villa de Madrid á XXIII dias de Abril de LI. Yo el Rey.»

Clemencín, Azcona, Amador de los Ríos y el Sr. Rada y Delgado dedican largos párrafos al estudio de esta carta, inclinándose los últimos, en contra del primero, al parecer de que D.^a Isabel nació en Madrid.

Averiguado que el 23 de Abril de 1451 fué viernes, parece natural y lógico suponer que la frase del Rey, *este jueves próximo pasado*, se refiere al día anterior, y admitida por el propio Clemencín la noticia de que la Infanta nació entre cuatro y cinco de la tarde, viene el tiempo muy tasado para que, hallándose en Madrid, el Rey supiese al otro día la noticia de lo acaecido en Madrigal. Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á la versión de que D.^a Isabel la Católica nació en esta villa el 22 de Abril de 1451.

Convendría investigar los archivos municipales de las poblaciones que se consideraban importantes en el siglo XV, por si en ellos se conserva alguna referencia al caso, pues no es de creer que sólo á Segovia transmitiera D. Juan II la noticia.

Ruy González Clavijo.

Es honra de Castilla la embajada que D. Enrique III envió á Timur-Lenk, conocido por el Gran Tamorlán de Persia. Clavijo, caballero madrileño, y habitante en su casa propia, sita donde hoy la Capilla del Obispo, á espaldas de la iglesia de

San Andrés, dirigió esta empresa, harto difícil por el estado de guerra en que se encontraba el imperio que fué á visitar. Salió la embajada del Puerto de Santa María el 22 de Mayo de 1403, y regresó únicamente Clavijo en Marzo de 1406, después de haber visitado Constantinopla y Samarcanda, y sufrido infinidad de peripecias cuyo pormenor se relaciona en un libro que Clavijo escribió y que se titula: *Vida y hazañas del gran Tamorlán con la descripción de las tierras de su imperio y señorío* (1).

Murió en 1412. Sus restos fueron depositados en un magnífico sepulcro de mármol en la iglesia de San Francisco el Grande de esta corte, sepulcro que desapareció, bien al renovarse el templo en 1617, ó bien cuando se demolió en 1761.

D.^a Giomar de Castro.

Cuentan las crónicas que el Rey D. Enrique IV, á pesar del sobrenombre con que la historia le designa, tenía sus puntas y ribetes de mujeriego, y por ende hubo de enamorarse de cierta hermosa dama de palacio llamada D.^a Giomar de Castro, quien, como supondrá el lector, dada la realeza del pretendiente, no empleó la fortaleza de espíritu que la doctrina aconseja en estos casos. Cuéntase también que D.^a Juana, la esposa del Rey, hallábase dotada de extraordinaria hermosura, y que llevó muy á mal que su marido anduviera á picos pardos dentro del alcázar, picándose su amor propio por encontrar competencia en mujer que la igualara en buen palmito.

El demonio, que todo lo enreda, queriendo poner á prueba la paciencia de D.^a Juana, indujo al Rey á dar una corrida de toros, para obsequiar á su favorita, en la plaza de Palacio, que correspondía con corta diferencia á la que hoy llaman de Armas; súpolo la Reina, y rompiendo con todo linaje de miramientos, dió orden á sus damas de que no se asomasen á los balcones y ventanas del alcázar á disfrutar de la diversión; pero D.^a Giomar, cuyo era el interés de la fiesta, quiso quebrar, moralmente, un rejoncillo en el orgullo de su rival, y

(1) Hay una edición corriente de 1782.

presenció la corrida de toros desde sitio donde veía y era vista del enamorado Enrique IV.

Ciega de ira por tan insolente demostración, la engañada esposa halló á D.^a Giomar al pie de una escalera, y quitándose un chapín demostró con enérgica acción sobre el cuerpo de la llamada dama de honor el sentimiento de que se hallaba poseída. El chapín en manos de una mujer luchando con otra persona del mismo sexo tiene sitio determinado para ejercer sus funciones, y es de presumir que la Reina

*ojeó todo el volumen de las faldas
y descubrió,*

como dice Pizpierno en un sainete de D. Ramón de la Cruz,

*lo que no profana
ni el sol dorado ni la luna llena.*

Este paso cómico-dramático es uno de los sucesos más curiosos ocurridos en Madrid.

D.^a Giomar de Castro habitaba una casa de su propiedad en el Campo del Rey (donde hoy se construye la Catedral); la finca fué á poder de Francisco Ramírez de Madrid, el artillero, quien la incluyó en el mayorazgo de Hernán Ramírez, su hijo, á cambio de la que destinó para fundar el monasterio de la Concepción.

CARLOS CAMBRONERO.

EXPLORACIÓN DE LA ATMÓSFERA ⁽¹⁾

No hemos pretendido, en ese rápido bosquejo, hacer una enumeración completa de las estaciones de altitud elevada. Desde hace algunos años, una especie de emulación ha animado á los meteorólogos de todo el mundo á establecer estaciones de montaña. Sería ocioso citar la serie completa de los que ya funcionan con regularidad y de los que aún están en proyecto; bástanos, pues, haber nombrado los más conocidos y notables, añadiendo solamente algunas palabras acerca de los servicios que algunos de ellos han prestado ya á la ciencia de la atmósfera.

El de Puy-de Dôme, dirigido por el Sr. Plumandon, se ha distinguido por sus estudios sobre las nubes y formación de las tempestades, á los cuales se prestan admirablemente los observatorios de gran altitud. El de Sonnblick, fundado en 1886, ha desempeñado importantísimo papel en la historia de las teorías fundamentales de la meteorología. Se ha admitido largo tiempo sin réplica la explicación propuesta por Espy y Torres acerca de la formación de los ciclones. La causa primera del movimiento de torbellino sería, según ellos, el calentamiento experimentado por la atmósfera por su proximidad al suelo. Las masas caldeadas deben elevarse en virtud de su ligereza específica, lo que determina corrientes centripetas debajo de ellas, y bien pronto corrientes centrífugas encima, cuando se dilatan en las regiones superiores.

Si se comparan las densidades del aire á niveles sucesivos, en la columna que sube y en la atmósfera que la envuelve, se ve que son menores allí donde se eleva el aire, puesto que se dilata: tal es la razón, dentro de esta hipótesis, de

(1) Véase la página 258 de este tomo.

la disminución de presión en el centro del torbellino. Pero, al dilatarse, el aire se enfría, y por otra parte la condensación del vapor le restituye calórico. Como resultado final se ha convenido en reconocer una temperatura más elevada en el centro de la depresión que en las masas de aire próximas, y una temperatura más baja en las áreas anticiclónicas, puesto que en ellas sucede todo al contrario.

La teoría es especiosa: las hipótesis en que se funda precisas y susceptibles de verificación experimental. La empresa, por otra parte, valía la pena de ser intentada, pues tratábase nada menos que de explicar un fenómeno regulador de toda la economía de los ciclos meteorológicos. Observaciones innumerables establecían la ley para la proximidad inmediata á la superficie terrestre; pero para el conjunto de la masa interesada eran manifiestamente impotentes de dar más que una simple presunción, siendo demasiado evidente la influencia del suelo.

Pero el estudio de las observaciones publicadas por las primeras estaciones de montaña había hecho ver claramente al P. Dechevreus en 1886 que la relación entre la temperatura y la presión es precisamente inversa de la que se había supuesto; es decir, que frecuentemente la temperatura es inferior á la normal en el centro del ciclón y superior en el anticiclón, al menos hasta los 4.000 metros. De lo cual dedujo el P. Dechevreus que no es la diferencia de temperatura la que engendra los ciclones y produce la diferencia de presiones, sino que en estas últimas es donde hay que buscar el génesis del movimiento de torbellino, no siendo los fenómenos térmicos más que la consecuencia, prevista por las leyes de la termodinámica (1).

Esta nueva teoría no fué aceptada sin dificultad. Sólo comenzó á reclutar prosélitos cuando el Sr. Hann, jefe del servicio meteorológico austriaco, la sometió de nuevo al contraste de la experiencia por observaciones especiales en el Sonnblick

(1) Consultar la REVUE DE QUEST. SCIENT., 2.^a serie, tomo XIV (Octubre, 1898). *Variaciones de la temperatura del aire en los torbellinos atmosféricos y su verdadera causa*, por el R. P. Marco Dechevreus, S. J., pág. 521 y 553.

y otras estaciones que existen en bastante número á diversas altitudes en esa parte de los Alpes orientales. Hé aquí dos ejemplos de los resultados que obtuvo. En el caso del ciclón de 1.º de Octubre de 1889 observóse una temperatura bastante elevada en los valles, pero que bajaba gradualmente para descender á $9^{\circ},1$ hacia los 3.500 metros, siendo la media de la columna entera $0^{\circ},57$. Por otra parte, en el anticiclón que cubrió aquella región del 12 al 24 de Noviembre de 1889 se tuvo una temperatura muy baja en los niveles inferiores, pero que se elevaba notablemente con la altitud, marcando $3^{\circ},2$ hacia los 3 500 metros y dando como media general $0^{\circ},94$.

Finalmente, se debe al Observatorio de Ben-Nevis, apostado como un centinela avanzado al NO. de Europa, una multitud de datos recogidos comparativamente en la cumbre y al pie de la montaña. Aitken hizo allí sus magníficas investigaciones sobre la formación de las nubes y sobre las polvaredas de la atmósfera. Se sabe que este establecimiento, tan notable por todos conceptos, está amenazado de desaparecer. Sostenido durante quince años, únicamente por la liberalidad de algunos generosos protectores, ha anunciado hace algunos meses su próxima clausura, falta de recursos pecuniarios. Un nuevo auxilio, debido á tan triste anuncio, prolongará un año su existencia, y debe esperarse para bien de la ciencia que, si las subvenciones particulares no bastan á su entretenimiento, la protección oficial salvará un instrumento de trabajo que se ha mostrado ya tan poderoso para el desarrollo de la meteorología.

El ideal de un observatorio de elevada altitud sería una construcción alta y estrecha, bañada en pleno océano atmosférico, suficientemente horadada para no desviar las corrientes aéreas, bastante elevada del suelo y bastante desprovista de masa propia para no influir en los elementos termométricos y caloríficos. La famosa torre Eiffel, cuya construcción ha despertado tantos entusiasmos y tantas censuras, satisfacía perfectamente á esas condiciones complejas. También el observatorio que la corona puede pasar por una estación perfecta. El estudio de los resultados simultáneos registrados en lo

alto y al pie ha conducido ya á conclusiones notables. Encuéntrase, entre otras, series de observaciones continuas sobre los trastornos de la ley de decrecimiento de las temperaturas con las alturas, trastornos con frecuencia observados en globos y que son ya perfectamente sensibles á 300 metros de altura, y sobre las relaciones de las corrientes ascendentes ó descendentes con las variaciones barométricas.

En el Observatorio de St. Helier (Jersey), el P. Dechevreus no ha vacilado en hacer edificar una torre de hierro de 55 metros para las observaciones meteorológicas. Su objeto es el estudio especial de la componente vertical del viento, elemento muy poco atendido hasta hoy.

Desgraciadamente este método, por su naturaleza misma, está condenado á permanecer siempre reducido á casos particulares muy limitados. Es una maravilla haber levantado una torre de 300 metros. ¿Cómo se llegará, pues, á una altura de algunos millares de metros, necesaria para las observaciones que hoy se requieren? Evidentemente no es por tal camino.

Un medio está indicado: hacer observaciones flotantes. La idea es antigua, y desde los primeros ensayos de aerostación, en 1783, se utilizó el barómetro. Es verdad que sólo servía, y hoy es también su principal aplicación en la aeronáutica, para calcular las altitudes alcanzadas. Pero en el segundo viaje aéreo, el primero en globo de hidrógeno, el de Carlos y Robert, se hicieron observaciones sobre el descenso de la temperatura á medida que se asciende en la atmósfera, y se hizo constar que á diversas altitudes reinan corrientes de intensidad y dirección muy distintas. Los sabios comprendieron bien pronto todo el alcance de los servicios que la aerostación estaba llamada á prestar á la ciencia de la atmósfera. El abate Bertholon, profesor de física de la Academia de Montpellier, hacía aparecer bien poco después un folleto entusiasta sobre las aplicaciones de los aerostatos: una de las más interesantes que señala consiste en la medida de la electricidad del aire por medio del cable de un globo cautivo al cual se hayan mezclado algunos hilos conductores. El ilustre Lavoisier publicó, en nombre de la Academia de Ciencias,

una memoria «sobre las ventajas que pueden obtenerse de la invención de los globos».

Sin embargo, el peligro que presentan las ascensiones, sus gastos considerables y, sin duda, también el temor de comprometer la dignidad de la ciencia adoptando una invención que sólo servía entonces para distracción de las multitudes, impidieron durante mucho tiempo que las corporaciones docentes procedieran á exploraciones racionales de la atmósfera. La primera de que se tiene noticia es de un físico algo charlatán, Robertson ó Robert, originario de Lieja y discípulo de Charles en París.

Se verificó en los días 18 de Julio al 14 de Agosto de 1803, en Hamburgo, pero sin ser patrocinada por Academia alguna. Aunque parecía tratarse de un simple divertimento popular, nuestro compatriota tuvo el acierto de hacer una experiencia de física meteorológica de las mejor entendidas y más interesantes. Sus observaciones versaron sobre la aguja imanada, sobre diversos fenómenos de electricidad estática, sobre la propagación del sonido, la ebullición del agua, la evaporación, el vuelo de las aves á grandes alturas, las nubes, la fuerza de los rayos solares y la composición química del aire. Como se ve, el programa es de los más completos y nada se le ha añadido desde entonces. Es justo decir que la última experiencia da una proporción de oxígeno menor que al nivel del suelo, resultado contradicho por el que Gay-Lussac obtuvo más tarde. En cambio, para observar la electricidad atmosférica, Robertson inventó un procedimiento muy sencillo é ingenioso, que ha permanecido en uso hasta hace poco: sólo cedió el puesto al electrómetro de gotas de agua de lord Kelvin. Una cuerda conductora aislada descendía á alguna distancia de la barquilla; la electricidad recogida por este conductor hacía conocer la diferencia del estado eléctrico de la atmósfera entre la extremidad libre de la cuerda y la barquilla misma, que tomaba en contacto del aire la potencial de la capa en que se balanceaba.

En 1804 fué cuando, por la proposición de Laplace, se decidió el Instituto de Francia á subvencionar las ascensiones puramente científicas, siendo designado Gay-Lussac para em-

prenderlas en compañía de Biot. Más tarde las hizo sólo, y así fué como verificó el 16 de Septiembre de 1804 su célebre viaje aéreo á 7.016 metros sobre el nivel del mar. Los resultados de estos trabajos se aceptaron como autorizados por la ciencia; pero no presentan nada de nuevo ni original después de los de Robertson. En esa ascensión fué cuando quedó establecido definitivamente el crecimiento de la potencia eléctrica con la altitud.

Después de Robertson y Gay-Lussac, entre los cuales hay que colocar al físico ruso Sakharoff, no se halla hasta 1850 ninguna ascensión científica. En esta época, sobre todo en Francia é Inglaterra, se despierta una ardiente afición á los viajes aéreos á grandes alturas. Barral y Bixio, después Flammarion, Tissandier y Fonvielle en Francia, Welsh con Green en Inglaterra, y luego Glaisher con Coxwell, se disputaron el honor de haber alcanzado las mayores altitudes y de haber contribuído á cual más al progreso del conocimiento de la atmósfera. Y sólo citamos los más ilustres.

La palma se la llevó Glaisher, al menos durante mucho tiempo. Él era el primer representante de la ciencia oficial que se lanzaba á los aires; era Director del departamento meteorológico del Observatorio de Greenwich. Sus ascensiones, repetidas con una constancia digna de los mayores elogios, son las más completas y las más minuciosamente exactas de las que se habían hecho. Fueron también, durante mucho tiempo, las más elevadas, pues creyó haber llegado á los 10.000 metros; pero esta cifra es dudosa, y casi puede asegurarse que exagerada, toda vez que los aeronautas habían perdido el conocimiento á los 8.500.

Tales ascensiones son, por otra parte, muy peligrosas. El frío intenso de las altas regiones y, más aún, la falta de gas respirable producen rápidamente un estupor temible. La trágica muerte de Sivel y de Crocé-Spinelli en el globo «*Ei zenit*» que montaban con Tissandier, es un ejemplo lúgubre de ello. Sin embargo, estos accidentes pueden evitarse por la inhalación de oxígeno, que se lleva en estas peligrosas expediciones, y este medio, juiciosamente empleado, permite abordar altitudes de otro modo inaccesibles. Así fué como el

Dr. Berson pudo elevarse sin contratiempo el 4 de Diciembre de 1894, en Leopolds halle, Stassfurt, á la altura prodigiosa de 9.150 metros. Ésta es la altura mayor, científicamente comprobada, á que el hombre ha podido llegar hasta el día.

Si se considera que sobre las montañas, donde la fatiga y las dificultades de la marcha hacen á los viajeros más sensibles al efecto deprimente de la rarefacción, sólo excepcionalmente se han alcanzado alturas de 6.000 metros (Boussingault y Hall sobre el Chimborazo, en 1831; Purscheller y Meyer sobre el Kiliman'djaro, en 1889) y de 7.000 metros (Güssfeldt sobre el Aconcagua, en 1883; W. Conway sobre el Karakoroum, en 1892, y Fitzgerald con Zurbriggen sobre el Aconcagua, en 1894), se convendrá sin esfuerzo en que sólo los globos permiten el transporte á las altas regiones de los instrumentos indispensables para una exploración completa. Las ascensiones han proporcionado, además, una multitud de detalles muy interesantes desde el punto de vista de los fenómenos de la alta atmósfera: formación y revolución de las nubes, constitución de los cirros por cristales de hielo, diversidad de las corrientes, leyes del decrecimiento de la temperatura, óptica atmosférica, electricidad del aire, etc. Esta amplia misión justifica suficientemente los gastos hechos y los peligros afrontados por los meteorologistas aeronautas que arriesgan su vida en bien de la ciencia.

Pero desde el punto de vista especial que nos sirve para contemplar el problema en este bosquejo, á saber, la necesidad de reunir un gran número de observaciones simultáneas propias para el descubrimiento de las leyes generales, es evidente que este medio es y seguirá siendo siempre de una incertidumbre y una insuficiencia extremas. No es una ó dos veces por año, ni aun por mes, sino todos los días, si esto fuera practicable, cuando deberían verificarse las ascensiones, y no en un solo punto, sino en cada estación meteorológica de las redes internacionales, ó á lo menos en los observatorios centrales de cada país. Claro es que no hay que soñar en semejante empresa pero se la ha intentado, y no sin éxito, estos últimos años por medio de globos-sondas y de cometas.

La curiosa historia de estas tentativas es lo que nos falta exponer (1).

Los primeros globos enviados á los aires, el globo de aire caliente de Montgolfier, en Annonay, y el globo de hidrógeno de Charles, fueron globos libres, es decir, sin viajeros; realizaron en parte la misión que se confía hoy á los globos-sondas. En efecto, el globo de Charles, partido del Campo de Marte el 1.º de Diciembre de 1783, fué observado por os astrónomos más célebres de la época, apostados con instrumentos sobre los monumentos de París, y su trayectoria, calculada geométricamente, proporcionó de pronto documentos irrecusables sobre la variabilidad del viento á diversas altitudes. Esta primera experiencia debería haber animado á los sabios á perseverar en un método de observación tan propio para iniciarnos exactamente en los movimientos de la atmósfera. Por desgracia, fué abandonado casi en seguida, y no ha sido vuelto á utilizar hasta los recientes lanzamientos de globos-sondas. Sean éstos como sean, el objeto que hoy día se persigue con ellos es la obtención de diagramas automáticos sin la intervención de observador alguno; fin que no podía perseguirse en aquella época, porque no se habían inventado los aparatos registradores. También, después de los ensayos preliminares indispensables antes que un hombre osara dejarse llevar por la frágil máquina, los lanzamientos de globos libres pasaron absolutamente inadvertidos, y nadie se cuidó de estudiar, por medio de instrumentos de precisión, la marcha de los pequeños globos pilotos que los aeronautas lanzaban antes de elevarse ellos mismos, ó de los pequeños mongolfieres de las fiestas populares.

La invención de los reguladores automáticos no tardaría en despertar la idea de enviar á las altas regiones instrumentos que sustrajesen á los aeronautas á los terribles peligros del frío y de la rarefacción del aire. La Sociedad francesa de Navegación aérea se preocupó de ello hace cerca de veinte

(1) El Sr. Fonvielle ha publicado en casa de Gauthier-Villars (segunda edición, 1899) un pequeño volumen muy interesante sobre los globos-sondas. Lo hemos consultado varias veces, tomando de él datos para este trabajo.

años. Pero el proyecto no tuvo realización por el alto precio de los meteorógrafos entonces, y también por la idea exagerada que se tenía del peligro que corrían aparatos abandonados á los azares de los elementos.

En 1892 fué cuando los Sres. Hermite y Besançon comenzaron en París sus ensayos de globos perdidos, portadores de instrumentos. Á fin de asegurar el éxito de la empresa, lanzaron desde luego pequeños globos provistos de cuestionarios y de indicaciones para la devolución de los aparatos á sus propietarios. Habiendo sido excelente el resultado de esos ensayos preliminares, los dos experimentadores construyeron globos más grandes, primero de papel y después de tripa de buey, provistos ya de aparatos inscriptores. El primero de estos últimos globos tenía 95 centímetros de diámetro, y, lanzado el 11 de Octubre de 1892, se recobró intacto, indicando una altura máxima de 1.200 metros.

Este primer éxito fué seguido rápidamente de otros varios, y el 28 de Noviembre siguiente, un globo de cinco metros cúbicos alcanzaba una altitud de 9.000 metros. El 21 de Marzo de 1893, el globo «Aerophile I,» de 113 metros cúbicos y lleno con gas del alumbrado, lanzado desde la fábrica aerostática de Vaugerard, llegaba á 15.000 metros, donde encontraba una temperatura de 51°. Aquello fué un verdadero triunfo. También las ascensiones se sucedían sin interrupción, alcanzándose altitudes siempre crecientes. El 20 de Octubre un globo de 180 metros cúbicos llegaba á 15.500 metros y á 70°, y el 13 de Mayo de 1897 fué casi alcanzada la altitud de 18.000 metros.

Por su parte, el Gobierno alemán, mediante una subvención considerable á la Sociedad de Navegación aérea de Berlín, excitaba á los oficiales de su servicio aeronáutico militar á tomar parte en las ascensiones de estudio, en colaboración con los aeronautas civiles. El periódico *Luftschiffahrt* da en 1895 los resultados de cuarenta viajes verificados en esas condiciones. En un medio tan apto al progreso de la aerostación científica no podían pasar inadvertidas las brillantes experiencias de los *Aerophiles* franceses. El Sr. Assmann, jefe de sección del Instituto meteorológico de Berlín, organizó

experiencias en las que se interesó personalmente el Emperador Guillermo II, y en las cuales había globos montados y globos-sondas. En una de esas experiencias fué cuando el señor Berson realizó su famoso viaje á 9.150 metros.

Los globos-sondas alemanes eran mayores que los primeros franceses: su volumen alcanzaba á 250 metros. Están llenos de hidrógeno, y gracias á ambas modificaciones los *Cirrus* alemanes se remontaron mucho más que los *Aerophiles* franceses. El 7 de Julio de 1894 se llegó á la altura de 16.375 metros, con un frío de 53° bajo cero, y el 6 de Septiembre siguiente el *Cirrus* se balanceó á la espantosa altura de 18.458 metros, encontrando un minimum de 68°. Ésta es la mayor altura á que se ha llegado hasta hoy. Hay que deplorar que los diagramas de estas asombrosas ascensiones no hayan sido completamente publicados y discutidos (1).

Durante estas experiencias memorables se perfeccionaba progresivamente el procedimiento registrador. Los hermanos Richard reemplazaron desde luego la tinta de los registradores, que se solidificaba muy deprisa á bajas temperaturas, por una tinta menos congelable, y después por la primitiva punta roma, escribiendo sobre el papel ahumado, lo que da resultados excelentes. Assmann, por su parte, reemplazaba el mecanismo inseguro del termógrafo por un procedimiento fotográfico empleado ya en Kew y en Greenwich. Consiste en colorear el alcohol del termómetro por medio del negro de anilina, y en hacer deslizarse automáticamente una tira de papel sensibilizado por detrás de una ranura ocupada por el tubo del termómetro. La altura de las ordenadas, ennegrecidas sobre la negativa, traduce la lectura exacta del instrumento.

(1) Si hemos de creer una nota inserta por el mismo Assmann en la *Monthly Weather Review*, de Washington (Diciembre de 1890), el primer *Cirrus* se remontó más aún. En un viaje que se ha verificado en la isla danesa de Lollaud, han llegado los registradores á una altura de 21.000 metros. Como no hemos encontrado referencia alguna de tal viaje en los artículos publicados en todas partes, antes y después de esta nota, ha lugar á creer que la discusión de los diagramas habría rebajado en mucho dicha cifra. En una palabra, la impresión de los resultados completos puede únicamente conven-

En Francia se había ensayado sin éxito recoger las partículas de polvo del aire, tentativa interesante que no ha sido repetida, y se perseguía el estudio de aparatos destinados á coger automáticamente el aire de las regiones superiores para someterlo al análisis. La pronta solución de este problema no es de desdeñar, tanto á causa de las dudas más ó menos fundadas que suscitaron los resultados del análisis hecho por Gay Lussac sobre el aire de 7.000 metros, como en vista de las apreciables ventajas de un análisis hecho á una altura doble.

Ya el Sr. Müntz ha estudiado el aire recogido á 15.500 metros por un globo sonda francés en la segunda ascensión internacional el 18 de Febrero de 1897, reconociendo que las proporciones de oxígeno y ázoe son las mismas que en la superficie terrestre. Sin embargo, son necesarias nuevas experiencias para asegurar que el aparato colector mismo no puede falsear el análisis.

Un resultado poco conocido y muy feliz de estas ascensiones es que la altitud alcanzada excedió casi siempre á la altitud límite calculada.

La teoría de la ascensión de un globo no presenta, en principio, muy grandes dificultades, no obstante ser muy complicadas las ecuaciones generales. Pero hay bastante incertidumbre en las observaciones, lo que da lugar á errores que exceden en mucho á las diferencias entre las fórmulas completas y las simplificadas. Tal es, por ejemplo, la incertidumbre de la famosa fórmula de Laplace para la evaluación de las altitudes por medio de las presiones barométricas.

Desde luego es claro que las indicaciones del barómetro mismo son alteradas más ó menos por los cambios de sitio verticales del globo, á causa del suplemento de presión positiva ó negativa que proviene de la resistencia del aire. Las corrientes atmosféricas cuya componente vertical no es nula ejercen una acción del mismo género sobre los instrumentos instalados en sitio fijo. En segundo lugar, la medida de las temperaturas que entra en la expresión de las altitudes en función de la presión está sujeta á errores considerables, de los cuales diremos algo más adelante. Finalmente, el principal térmi-

no de la fórmula contiene el coeficiente numérico 18.336 determinado por Ramond por medio de prolongadas observaciones en los Pirineos á la altitud de 2.700 metros. Así, pues, al aplicar la fórmula con este valor á una altitud más elevada, se comete indudablemente un error, aunque sea desconocido. Además, todo parece indicar que es necesario modificar dicho coeficiente, y de ahí que hoy se prefiera el valor de 18.400; pero serían necesarias observaciones continuas á niveles muy elevados.

Puede esperarse que los globos-sondas sirvan para esa determinación. Basta para ello confrontar sus trazados barográficos con las alturas obtenidas por triangulación, ó también con los *clichés* fotográficos proporcionados por un aparato automático, estudiado por el Sr. Cailletet y ya en uso en las ascensiones. El principio en que se funda es muy elemental. Si se conoce la distancia focal del objetivo, la distancia de dos puntos de referencia sobre el suelo y su separación sobre el cliché, un simple cálculo de proporción da la altura. Pero hay en ello dificultades de orden técnico que viciaron los ensayos de igual género hechos en Filadelfia en 1884 y 1885 por el aeronauta Kuig.

Tomando, pues, el problema bajo su forma más sencilla, se llega á una aproximación suficiente. Para esto no hay necesidad de conocer más que el peso y el volumen del globo, el peso del gas de que está lleno y el del aire en el momento de la ascensión. Este último está dado por la temperatura y la presión, así como por la cantidad de vapor de agua en suspensión. La diferencia entre el peso total del globo y el del aire desalojado se llama fuerza ascensional, que es la que eleva el aparato en virtud del principio de Arquímedes generalizado para los gases. El movimiento cesa en la capa en que la fuerza ascensional se reduce á cero, y la altura de esta capa está dada muy sencillamente por la ley de Mariotte.

No hay que decir que la altitud alcanzada será tanto mayor cuanto más ligeros sean los aparejos del globo, menos denso el gas y más considerable la capacidad, puesto que el peso bruto aumenta menos rápidamente que el volumen. Á estas dos últimas circunstancias se debía que los *Cirrus* alemanes,

mayores que los *Aerophiles* franceses y llenos de hidrógeno, en tanto que los últimos lo estaban de gas del alumbrado, triunfasen en la pacífica lucha antes relatada.

Hay que notar que á la enorme fuerza ascensional de los globos destinados á las altitudes extremas se deben las dificultades para su lanzamiento. Los globos-sondas de París abandonaban el suelo con una velocidad de nueve metros por segundo. Con esta marcha, la presión de arriba abajo soportada por el aerostato y debida á la resistencia del aire era tal que las fotografías tomadas al partir lo muestran considerablemente aplanado y sometido á bruscas y desordenadas sacudidas. En Berlín y San Petersburgo algunos globos estallaron ó se rajaron cuando menos.

Estos contratiempos no les ocurrieron, sin embargo, á los Sres. Hermite y Besançon, los cuales tuvieron la precaución de añadir al globo una manga bastante larga por la cual podía escaparse el gas, sin escaparse, sin embargo, tan rápidamente que impidiera llenar el globo lo bastante para hacerle capaz de elevarse á grandes altitudes. Se ha propuesto también el empleo de un aparato automático para amortiguar la impetuosidad del lanzamiento.

La altura que puede alcanzarse por estos métodos no es susceptible de crecer indefinidamente, y no es difícil asignar un límite que no será franqueado nunca. El Sr. Renard, en las *Comptes rendus de l'Academie des Sciences de Paris* ha hecho conocer, en 12 de Diciembre de 1892, unas fórmulas que dan ese límite. Suponiendo el peso de la cubierta constante para una misma superficie, por ejemplo, 50 gramos por metro cuadrado, ha encontrado que la altitud límite aumenta 6.133 metros cada vez que el volumen es décuplo. Así, elevándose un globo de 10 metros cúbicos á 18.400 metros, un globo de 100 metros cúbicos se elevará á 24.533, y así sucesivamente.

Se encuentra también que los límites calculados de tal modo pueden ser alejados en ciertos casos. Antes hicimos mención de ello, refiriendo que más de una vez algunos globos, especialmente el *Aerophile* de los Sres. Hermite y Besançon, el 17 de Noviembre de 1892 y 21 de Marzo de 1893, han al-

canzado alturas mayores que las determinadas por el cálculo. La diferencia debe ser atribuída al calentamiento del gas por los rayos del sol.

Sabíase bien que la fuerza de radiación aumenta á medida que el vapor de agua que la absorbe se hace cada vez más raro en la alta atmósfera. Este es un hecho conocido desde largo tiempo por las observaciones de montaña y las ascensiones en globos montados. De él resulta que el hidrógeno se dilata y disminuye de densidad, y no debería asombrar el ver al aerostato transformado en cierto modo, en su altura límite, en un globo de aire caliente. Pero nada hacía prever los excesos de altitud tan considerables como los que acusaron los diagramas.

El 5 de Agosto de 1896 un termógrafo fué suspendido en el interior del *Aerophile* de París, y acusó una diferencia de 60° entre la temperatura interior del globo y la del aire ambiente. Desde entonces se ha hecho siempre ese doble registro. Por otra parte, el Sr. Violle ha estudiado un actinógrafo que dará directamente la intensidad de la radiación solar. Este aparato ha sido empleado por primera vez en la ascensión internacional de 8 de Junio de 1898 y ha dado curvas perfectamente regulares.

El Sr. Fonvielle ha calculado que esta diferencia de 60° basta á aumentar en 1.883 metros la altitud de un globo que legaría á 18.336 metros sin este efecto de montgolfiero, y que una diferencia de 100° le llevaría á 21.200 metros. Concluye de aquí, con razón, que las condiciones ideales para penetrar lo más alto posible serían una fuerte presión atmosférica, á fin de tener el máximum de fuerza ascensional, con una temperatura muy baja y una radiación muy viva, á fin de aprovechar también el efecto máximum del montgolfiero. Pero esas condiciones se reúnen de ordinario en los hermosos días de nuestro invierno, en uno de los cuales se lanzaría el globo de manera que llegase á su culminación hacia el mediodía, teniendo además la precaución de pintarle de negro, lo cual aumentaría la absorción de la radiación solar. Los oficiales rusos del Comité internacional han elevado ya un globo-sonda de este color.

Por otra parte, las ascensiones nocturnas preferidas por los alemanes tienen la ventaja de dar más exactamente las temperaturas reales del aire, gracias á la ausencia del sol. Y es que, en efecto, la radiación solar obra sobre los termómetros á pesar de todos los abrigos con que se les defiende de ella, tanto como sobre el globo mismo. Es de desear que ambos métodos continúen empleándose simultáneamente, pues la ciencia aprovechará así las ventajas particulares de cada uno.

Esta cuestión de la inscripción de las temperaturas presenta, por otra parte, graves dificultades. Los termógrafos tienen necesidad de cierto tiempo para ponerse en equilibrio con la atmósfera ambiente; y los movimientos del globo son al seguir la vertical de tal modo precipitados, que no hay duda, *à priori*, de que las correcciones que hay que hacer experimentar á los registradores están muy lejos de ser despreciables. El examen de los diagramas hecho por el Sr. Assmann lo comprueba de un modo indudable. Entre las temperaturas medidas al mismo nivel subiendo y bajando, la diferencia puede llegar á 23°, siendo inversa y retardada en ambos casos. Esto es lo que se produjo, por ejemplo, para el diagrama de 14 de Noviembre de 1896 que llevaba el *Aerophile* francés. El Sr. Hergesell, partiendo de períodos de estacionamiento del aerostato, en los cuales han tenido tiempo los aparatos de ponerse en equilibrio térmico con el medio ambiente, ha intentado determinar la corrección de la temperatura en función de la velocidad. Queda, sin embargo, una incertidumbre sobre la ley de esta corrección, y la hay también sobre la radiación del globo mismo; y la hay además sobre el efecto de algunas causas perturbadoras de menor importancia; en una palabra, la medida de las temperaturas será, á lo que parece, por largo tiempo aún el punto débil del método de los globos-sondas.

Después de la rápida exposición que hemos hecho, se convendrá sin trabajo en que las ascensiones aerostáticas presentaron desde un principio un interés capital para la solución de los grandes problemas, para los cuales está obligada la meteorología á conocer los elementos mediante el estudio directo de las altas regiones. Esto es cierto, sobre todo para los glo-

bos sondas. Pero una cosa les faltaba aún para dar todo lo que de ellos se esperaba: el acuerdo entre los diversos observadores. Afortunadamente no estamos en la época en que Le Verrier veía tan violentamente combatido su proyecto de organizar una red de observatorios. Se sabe demasiado hoy día que esta coordinación de observaciones es una necesidad capital de la ciencia de la atmósfera.

El 12 de Junio de 1896, después de los primeros éxitos de su *Cirrus* en Berlín y los de los *Aerophiles* franceses, el señor Assmann se apresuró á anunciar al Sr. Hermite que el Emperador de Alemania había puesto á su disposición los fondos necesarios para ejecutar ascensiones aerostáticas de gran altura por medio de globos-sondas, é invitaba á los sabios franceses á tomar parte en ellas.

La conferencia meteorológica internacional oficial debía celebrarse el 17 de Septiembre siguiente en París, y el señor de Fonvielle fué admitido á ella para representar á los experimentadores de globos-sondas. Á propuesta suya, el Congreso resolvió por unanimidad constituir una Comisión internacional, encargada de proceder á trabajos de conjunto, hechos con aparatos análogos. Los preparativos comenzaron bien pronto, y el 14 de Noviembre hicieronse por primera vez observaciones simultáneas en Schoeneberg, cerca de Berlín, en Varsovia, San Petersburgo y Munich, con globos montados; y en San Petersburgo, Varsovia, Strasburgo y París, con globos-sondas. Ya hemos dicho antes algunos resultados de esta interesante tentativa.

El 31 de Marzo de 1898 celebróse en Strasburgo una conferencia internacional bajo la presidencia del Dr. Heigesel, para la discusión de los diagramas obtenidos hasta entonces y enviados por la Comisión á cuantos sabios tomaron parte en la empresa. También debía buscar los medios de mejorar y extender las observaciones. Redactóse, en consecuencia, un programa detallado, cuyos puntos se estudiaron con esmero, y á él se han ajustado ya con éxito completo las experiencias hechas cinco veces en muy vasta escala.

«El 8 de Junio último, dice el Sr. Fonvielle, una verdadera flota aeronáutica era movilizaba en las principales ciudades

de Europa, lanzándose desde París, Bruselas, Berlín, Varsovia, San Petersburgo, Strasburgo, Munich y Viena veinticuatro globos, quince de ellos ocupados por uno ó dos ó tres aeronautas, y nueve cargados solamente de aparatos registradores. Los globos montados eleváronse á alturas variables hasta 5.500 metros, y los globos-sondas hasta 15.000. Las temperaturas mínimas observadas variaban desde algunos grados sobre cero hasta 64° bajo cero. Todas las operaciones aeronáuticas se ejecutaron bien, salvo la pérdida de un globo montado y otro sonda, probablemente á consecuencia de la impericia de los operadores, que tomaban parte por primera vez en esta clase de experiencias.»

El Congreso de Strasburgo había invitado á los directores de los servicios meteorológicos de los diversos países á ejecutar en todas las estaciones de sus redes respectivas observaciones suplementarias los días de ascensiones internacionales.

Esta excelente medida no se ha llevado á efecto más que en Austria, donde el Sr. Pernter ha hecho verificar lecturas horarias en todas las estaciones de su cargo. Gracias á estos datos se podrá comparar la marcha de los instrumentos instalados cerca del suelo con la de los registradores de seis globos montados, tres lanzados en Viena, dos en Munich y uno en Strasburgo. En esta última ciudad se ha dejado á 600 ó 700 metros durante veinticuatro horas un globo cautivo construído bajo la dirección de los Sres. Hergesell y Moedebeck, y concebido de modo que pueda servir de cometa y de aerostato.

Esperemos que en las ascensiones ulteriores la proposición de la conferencia de Strasburgo sea atendida en todos los países que tomaron parte en las referidas experiencias internacionales. Nada será más útil al éxito de la empresa, la cual no puede tener todo su valor más que comparando el mayor número posible de observaciones.

Todos los resultados de la gran experiencia del 8 de Junio no son conocidos aún. Cuando reducidos y coordinados se publiquen los diagramas, poseeremos sobre el estado de la atmósfera de dicho día un conjunto de datos que permitirá sin duda

deducir conclusiones muy instructivas. Un hecho importantísimo parece cierto desde ahora: se le había hecho constar antes, pero en ascensiones aisladas que no permitían concluir una ley general. Ese hecho es que á partir de una altitud, aún no fijada con certidumbre, reina constantemente un viento dirigido sensiblemente de Oeste á Este, que no es alcanzado por los globos-sondas hasta más allá de los 10.000 metros.

Se concibe fácilmente la importancia de este hecho desde el punto de vista de los movimientos generales de la atmósfera. Esperemos que este resultado sólo será el primero de una brillante serie que la continuación de las experiencias internacionales nos permite casi seguramente predecir.

V. SCHAFFERS, S. J.

(Concluirá.)

LOS PRIMEROS JUEGOS FLORALES

EN LA CIUDAD DE COLONIA

I

PRECEDENTES REMOTOS

Si la condición de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, que consagra preferente atención á las letras, no nos obligara á reseñar sucintamente la fundación de los *Juegos florales* en la histórica ciudad de Rhin y recoger en estas páginas las notas que hemos podido proporcionarnos de tan simpática fiesta, nos obligaría á ello la circunstancia de haber nacido la nueva institución alemana al amparo y á semejanza de otra que aún se perpetúa en una región española tan importante como Cataluña, donde ha tenido prestigios históricos de verdadera importancia.

Reminiscencia tal vez de las fiestas paganas que celebraban la venida de la primavera, la Edad Media continuó bajo nuevas formas las tradiciones antiguas, y en una de ellas, en la casa de los Portinari de Florencia, conoció Dante á la que había de ser su musa inspiradora, á aquella *Beatriz d'onestá vestuta*, ante quien

ogni lingua divien, tremando, muta,
e gli occhi non ardiscon di guardare.

Pero estas mismas prácticas en Italia debieron fundarse más inmediatamente en las costumbres trovadorescas de los provenzales, que facilitaron no pocos elementos de cultura á las

modernas nacionalidades, en la misma época de su constitución.

D. Juan *el Bueno*, de Francia, á mediados del siglo XIV, daba importancia á los siete mantenedores de Tolosa, quienes celebraron su primer consistorio en 1324, y les concedía señalados privilegios y rentas para que hicieran florecer la *Gaya ciencia*, y entonces estos mismos mantenedores invitaban á los eruditos y versados en la materia de todos los países donde se hablaba la lengua de oc (*ó Langued'oc*) para que concuriesen á los certámenes, por las grandes ventajas que de ello recibiría la civilización: «Per, ço en temps passat foron en la reyal noble ciutat de Tolosa VII valen savi subtil é discret Senhor, li qual agron bon desirier é gran afecció de trobar aquesta noble, excellen maravilhosa é vertuosa Dona sciensa, perque lor des é lor administres lo gay saber de dictar per saber far vos dictats en Romans ab los quals poguesson dire é recitar bos mots é notables per dar bones doctrinas é bos ennhemens á lauzor é honor de Deu nostre Senhor, é de la sua gloriosa Maire é de tots los Sans del Paradis, é á destrucció dels ignorans é no sabens, é refrenamen dels fols é nescis amadors, é per vivre é ab gaug é ab alegrier dessus dit, é per fugir ad ira é tristicia enemigas del gay saber».

Clemencia Isaura, *ex clara Isaurorum familia*, un siglo más tarde acrecentó la lista de los donativos para los Juegos florales, estableció premios nuevos sobre la violeta de oro que antes se había ofrecido, y consagró su fortuna á la restauración de las fiestas trovadorescas.

Por lo que toca á Barcelona, D. Juan I de Aragón, el amor de toda gentileza, al finalizar el siglo XIV nombraba á Luis de Anversé, su secretario, y á Jaime Martí, caballeros barceloneses, para que fundasen una escuela de poesía á imitación de la provenzal tolosana, mientras expedía una embajada al rey de Francia para que le enviase dos mantenedores ó jueces del famoso consistorio de Tolosa, á fin de lograr el objeto que se proponía. Torres Amat, con las reservas consiguientes, por no haber encontrado el documento original en el archivo de la Corona de Aragón, transcribe una copia existente en la biblioteca de la Santa Iglesia de Sevilla, según

puede verse en sus *Memorias para ayudar á formar un diccionario crítico de los escritores catalanes*, con referencia la palabra *Anversó* (*Luis de*) (1).

En el siguiente reinado, ó sea en el de D. Martín el Humano, postrer vástago de la línea masculina de los Condes de Barcelona, la Academia de esa ciudad entró en un período de decadencia, por más que un contemporáneo de gran autoridad asegure que por entonces los poetas obtuvieron más privilegios y se acrecentaron las rentas del Consistorio; se

(1) No creemos inoportuno reproducir aquí el hinchado é hiperbólico documento, ya que su lectura nos ahorrará comentarios. Dice así:

«Nos Johannis Dei gratia Rex Aragonum &. Quot et quantus amor, origo fuerit subscripte sciencie, sui vocaboli nomen prestantis, per quem unigenitum Dei filium, ad sumovendum primi parentis noxam, carnem ex virginali utero suscepisse, et multa alia mirifica facta fuisse perlegimus mentis nostre cellula revolventes, et ipsius sciencie, que uno amoris vocabulo gaya, vel gaudiosa, et alio nomine inveniendi sciencia nuncupatur, efectum et scienciam arbitantes que purissimo honesto (sic) et naturali nitens eloquio rudos erudit, inertes excitat, ebetes mollit, doctos allicit .. (*) corrigit, occulta elicit, obscura lucidat, cor letificat, excitat mentem sensum clarificat atque purgat, parvulos et juvenes haustu sui lactis mei plus nutrit, et atrahit faciens eos in puerilibus annis anticipare modestiam senectutis, et ante capescere mentem gravissimam quam possint annorum etate canescentem numerosa edocens eos, ut in ipso etatis juvenilis fervore mores legitime temperentur. Senes delectabili recreacione confovrens morum gravitate venustos quarum in pristina sustinent juventute utrosque dulci modulamine gaudii prenimis recreans et delectans. Hec nempe, que morum est aula, virtutum socia, honestatis conservatrix et custos ac virtutis penitus inimica, cuius utilitas lucet magnificentia virtutis apparet operatio arridet fructuosa vitalia jubens, noxia prohibens, errata dirigens, terrena removens, celestia persuadens non solum in sermone, sed etiam in virtute amoris mediocris et minoris corrigens reformans et informans exules fovet, afflictos relevat consolatur et tristes et illos ad propria ultra milendos colligit, quos sui dogmatis et filios recognoscit nutriturque, et amaritudinis erectos uberibus imbutosque nectare suavissimi fontis sui per eorum delectabilia carmina auditum mulcibilia in noticiam et gratiam injicit, Regum prelactorum principum et magnatum mediocrium et etiam inferiorum amoris vocaboli nominatione atrahimur et aliis predictis inducimur et movemur excellentia dicte sciencie. Attenta precipit quod predicta et ab iis jugiter me merita attolli concessionem et auctoritatem dare et facere infrascriptis. Quan obrem suplicantibus nobis humiliter per subscriptos, vobis dilecto et fidelibus nostris Jacobo Marti milite, et Ludovico de Averceno cive Barchinone, quos ad hujusmodi scienciam promovendam credimus firmiter debitum habere propositum vestra condicione attempta et quod obsequio credimus, nedum surculos, sed ramos etiam in ejus ortulo collegistis flores, et fructus uberrime afferentes, vobis eisdem Jacobo et Ludovico ad augmentationem dicte sciencie, et ut nostri dilecti et fidelis Regnicole nobiles milites cives generosi et alii quos delectavit circa presentem laborare scienciam, possint per amplius in eadem proficere, et ad id locum ac facultatem habeant oportuni, ipsaque quoque sciencia magis subteliter practi-

(*) Los puntos suspensivos corresponden á palabras ilegibles.

concediese en 1398 celebrar un segundo Capítulo en la Pascua del Espíritu Santo, y se asignasen 40 florines de oro de Aragón para adquirir el premio con que debía galardonarse al autor de la composición premiada. Á la muerte de D. Martín, sin sucesión, sobrevino el interregno á que puso término el compromiso de Caspe, y no fueron aquellos calamitosos años los más apropiados para la decaída institución, que enmudeció para renacer de nuevo en el reinado de D. Fernando de Antequera.

Con él había ido á Aragón el sabio prócer, primo del nue-

cari doceri ac adisci valeat in civitate Barchinone predicta, secundum veram et approbatam artem, omni depulso errore, ad laudem et gloriam omnipotentis Dei et gloriosissime Virginis Matris sue, ad quorum laudem et gloriam per opifices sciencie hujus multa fieri et concini esperamus tenore presentium, vos dictos Jacobum et Ludovicum peritos admodum in hac sciencia, per infrascriptis preferimus, ac vos magistros et defensores ejusdem sciencie facimus et creamus, vobisque concedimus et auctoritatem plenissimam damus posse, quod singulis annis die seu festo beate Marie mensis Martii possitis, et liceat vobis libere et impune festum commemorationem ac solemnitatem per hujusmodi scienciam celebrare, et facere ac fieri et celebrari etiam facere, nec non tenere sigillum, in quo imaginis beate Marie virginis, angeli Gabrielis et obumbratio sancti spiritus, sub nostri Regalis signi pallio figurentur, et talem et non aliter volumus, sit hujus sigilli impressio ut sic in eo beate virginis concepcio denotetur. Possitis in super, vobisque licet, omnia carmina opera sive dictamina vobis per illis, qui se volent peritos in hac sciencia titulari, die qua fiet dicta solemnitas, presentanda judicare, corrigere et emendare, ac si vobis videbitur illa autorisare, et reprobare ac reicere, seu eciam refutare, et illis carminibus sive operibus; que dicti sigilli impressione digna videbitis, ipsam impressionem apponere lucide valeat de eorum excellencia et compositione vel operatione condigna et jocalia per predicatis assignanda dicto festo beate Marie virginis, seu sequenti die dominica, pericioribus in hac sciencia ac quibus volueritis et vobis videbitur dare tradere et assignare dictum titulum celebracioni solemnitatis et festi hujusmodi sint presentes ordinationes nec minus quascumque per predictis et infrascriptis libere facere quas ad ea noveritis oportunas. Positis inquam omnia alia facere que alii et Magistri aut prefecti huic sciencie in civitate ilus Parisiensi et Tolose ac aliis civitatibus et locis conmeverunt et possint facere scienciam exercere, nos enim illas et illa cum fuerint per eos facte et facta, nunc pro tune, et contra laudamos approbamus autori-amus et eciam confirmamus, dum tamen per eas et ea jura et regalie nostre aliquatenus non le dantur. Mandantes per hanc eandem de certa sciencia et exprese Gubernatori generali nec non Gubernatori Cathalonie principatus vicario subvicar... conciliaris, et probis hominibus Barchinone, et aliis universis ac singulis officialibus et subditis nostris, ad quospectat, presentibus et futuris, quatenus creacionem et concessionemque nostras hujusmodi, et alia omnia supra dicta... pleniorum observent tenaciter observarique faciant in quocumque, vobisque si et quoties fuerint requisiti, assistant officialis permissi in super permissis affectui deducendis servandis eciam et tenendis concilio... et favore efficaciter et solerter nil in contrarium ulatentar presumpturi, in cujus rei testimonium hanc jusimus fieri nostro pendenti sigillo munitan dat.

vo monarca, D. Enrique de Villena, y ambos fueron á Barcelona en 1412 para que D. Ferrando prestase el debido juramento. Y entonces fué cuando el ilustre D. Enrique no sólo obtuvo que el Rey confirmase los privilegios antes otorgados, sino que por otros nuevos se autorizó á los mantenedorês para celebrar Consistorio cuantas veces quisieran, y uno más solemne en la Pascua de Pentecostés.

La diligencia de investigación y firmeza de juicio que don Emilio Cotarelo ha mostrado en el estudio de la vida de don Enrique de Villena, nos ahorra tener que extractar nuevamente *El arte de trovar* de D. Enrique, con referencia al asunto, para dar á conocer la forma en que entonces se celebraron estas fiestas vernaes.

«Llegado el día de la celebración del *Consistorio*, reuníanse mantenedores y poetas en el palacio que habitaba don Enrique, y desde allí, en corporación, con los maceros delante y hujeres que llevaban los *Libros del arte*, el registro de obras y poetas concurrentes, se encaminaban al convento de San Francisco, preparado ya para tal solemnidad, colgadas de tapices las paredes y alfombrado el pavimento. En uno de los frentes del local había lo que llamaríamos hoy la presidencia, con algunas gradas ó escalones para subir á ella, ocupando dicho lugar los mantenedores y D. Enrique en medio; á los pies de éstos estaban los secretarios (*escribanos*) del Consistorio, y más abajo aún los maceros. Enfrente estaban los asientos de los trovadores, que se colocaban en doble hilera semicircular, y en el centro del local, en una especie de *altar*, cubierto con paños de oro, puestos los *Libros del arte* y el premio que se iba á adjudicar, ó sea la *joya*. Había también á la mano derecha un sitial reservado para el Rey, que algunas veces asistía, y en el fondo de todo otro espacio destinado al público.

»Imponíase silencio y, levantándose uno de los mantenedores, pronunciaba un discurso en alabanza de la gaya ciencia y alusivo al punto concreto que se iba á tratar en aquel *Consistorio*. Un macero invitaba luego á los poetas á que publicasen sus obras, y éstos, en alta voz, leían sus composiciones, que entregaban en seguida á los secretarios. No debe olvi-

darse que los trovadores traían sus «poesías escritas en papeles damasquinos de diversos colores, con letras de oro e de plata, e iluminaduras fermosas, lo mejor que cada uno podía».

»Celebrábase después sesión secreta para calificar las obras presentadas, y hecho esto, volvían unos y otros á reunirse otro día en el palacio de D. Enrique, de donde, y en la misma formación que el anterior, se dirigían de nuevo al convento. Entonces era el mismo D. Enrique quien pronunciaba la oración aplaudiendo y laudando los trovadores todos y celebrando particularmente la obra que había merecido la *joya*. Un secretario traía ante el de Villena el diploma bien iluminado que acreditaba la concesión del premio, y la corona encima; firmaba aquél primero el documento, luego los mantenedores, sellábase por los secretarios con el sello del *Consistorio* pendiente y, por fin, llamado el autor, entregábale don Enrique la joya, el diploma y la obra coronada, «la cual era asentada en el *Registro del Consistorio* para que se pudiese cantar e en público decir».

»Regresaban otra vez á su palacio, yendo el poeta galardonado entre dos mantenedores, llevándole delante un paje la *joya*, con músicas y trompetas, y después de obsequiados por D. Enrique de Villena con vinos y confituras, acompañaban todos, excepto éste, á su casa al trovador premiado. «E mostrábase aquel aventaje que Dios é natura hicieron entre los claros ingenios é los oscuros. E no se atrevían los ediotas.»

El Sr. Torres Amat, en el prólogo de su ya citada obra, da cuenta de un cancionero, volumen in folio, escrito con mucha claridad, de 260 hojas, existente en la Biblioteca real de París, núm. 7.699, que contiene más de 300 poesías y cerca de 50 poetas. El índice del Cancionero debió de escribirse en el siglo XV y la mayor parte de las poesías en él contenidas parecen ser de aquella época; pero las hay más antiguas, como son las de Mossén Jordi y de Jaime March, quien en 1371 compuso un Diccionario de rimas á instancias del Rey. Aparte de chistosos anacronismos, tales como hacer á Briseida hija de un obispo (!) (*aquesta fou filla de Calcas bisbe de Troya*), el acto de fundación de los premios del Consistorio se encuentra al principio del Cancionero referido, y con las noticias

que de él hemos suministrado y lo extractado de D. Enrique de Villena, creemos que nuestros lectores se darán por suficientemente enterados de la institución de los Juegos florales en Cataluña por fines del siglo XIV y principios del XV.

II

PRECEDENTES PRÓXIMOS

Al finalizar el primer tercio del presente, D. Carlos Buena-ventura Aribau publicó en su nativa lengua la hermosa oda que se ha dado en llamar *La patria catalana* ó *A la patria*, y como esta manifestación no fué más que la chispa de la electricidad acumulada por los estudios históricos y lingüísticos de Cataluña, pronto vino la restauración, entonces puramente literaria, de los Juegos florales, que aun hoy se perpetúan y celebran en la capital del antiguo principado el primer domingo de Mayo de cada año. Reciente la restauración; removida aún la tierra que cubre los despojos del *Gaiter del Llobregat*, D. Joaquín Rubió y Ors, que tanto contribuyó al renacimiento de la literatura catalana, y vivos aún algunos de los que fueron proclamados los primeros *Mestres en gay saber*, tales como D. Victor Balaguer y D. Jerónimo Rosselló, nos creemos dispensados de consagrarles mayor atención en estos recuerdos de precedentes históricos, para venir á parar á los Juegos florales de Colonia.

Á ningún literato de nuestros días, ni en España ni en Alemania, se le ocultan los esfuerzos realizados por el egregio consejero áulico de Alemania Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath en favor de nuestra literatura, ni el ahinco que éste ha puesto para divulgarla en Alemania.

En sus estancias en Andalucía se enamoró de nuestro cielo y de nuestro suelo, y penetró casi inconscientemente el espíritu de nuestro país en la producción de sus escritores y poetas. Mientras divulgaba aquí con su *Walhalla* las glorias de Alemania, en su propia patria hacía conocer nuestros usos y costumbres ó transplantaba en ella alguna de las composicio-

nes del genio castellano. Pero lo que quizás ignoran muchos, y conviene que se diga por quien lo sabe para que la historia literaria lo aproveche como mejor estime oportuno, es cómo nació en el Sr. Fastenrath el amor á la literatura catalana.

Por el año 1880 vivía en Granada y era profesor del Sacro Monte de aquella ciudad un canónigo mallorquín á quien habían conducido á aquel refugio desdichas sociales de su isla, que fustigó severamente en un volumen titulado *Estado político y social de la isla de Mallorca*, el cual libro tuvo resonancia de momento y ocasionó no pocos disgustos á su autor el entonces presbítero D. José Tarongí. Amigo de Fastenrath, como fervoroso apasionado por la literatura, discurría con él por los encantadores cármenes granadinos, y sus conversaciones versaban sobre el movimiento literario de Cataluña, á cuya producción se mostró bien pronto aficionadísimo el vate colonés. La facilidad reconocidísima que éste posee para las lenguas tuvo nuevo campo en el horizonte que de golpe se le abría, y pronto los poetas de los Juegos florales en *Uur restauració* tuvieron intérprete fervoroso y preciso en el autor de *La Walhalla*. Pocos años después, en Leipzig, publicaba el Sr. Fastenrath hermosísimo volumen titulado *Die Catalanische Troubadoure der Gegenvart* (*Trovadores catalanes contemporáneos*), en el que se encerraban múltiples poesías, traducidas con la fidelidad del calco, de 96 poetas, con erudita introducción y oportunas notas, no sin antes haber recorrido las comarcas catalanas y haberse procurado el caudal de conocimientos para el mejor desempeño de su obra.

Hace menos de un año que reveló su idea de implantar en su tierra natal y en su hermosa ciudad de Colonia, la Roma de los alemanes, la fiesta vernal que vió en Cataluña. Más que la ventajosa posición financiera del Sr. Fastenrath, contribuyó á la ejecución de tal pensamiento su voluntad decidida y aquella efusión de entusiasmo que sólo puede conocer quien haya visto de cerca y tratado con intimidad al poeta rhiniano, enamorado de nuestras cosas. Una tras otra fueron sucediéndose desde entonces las noticias de los proyectos del fundador de los *Juegos florales de Colonia*, la primera se-

sión de los cuales se celebró el domingo 7 de los corrientes en la histórica sala del Gürzenich de Colonia, en la forma y modo que verá el curioso lector.

III

LA INAUGURACIÓN

Solemnísima fué la función con que se inauguró en Colonia la fiesta de sus Juegos florales. El *Kölner Tageblatt* le dedica en dos números sucesivos larga reseña, y á ella vamos á referirnos en gran parte para que repercuta en España lo que en ella tuvo su apoyo y fundamento.

La histórica sala del Gürzenich estaba exquisitamente adornada; pendían desde la galería, por entre las columnas, lujosos estandartes; la tribuna se había decorado con guirnaldas de flores; recubierto de ellas estaba un trono fantásticamente concebido, y de la corona de rosas que lo remataba pendía magnífico lazo, regalo de la ciudad de Barcelona á los Juegos florales de Colonia. Dícese que es el lazo una obra admirable de bordados, entre los que brillan las iniciales de *Carmen Silva*, reina de la fiesta. Delante del trono estaban 24 sillones festoneados por guirnaldas de rosas, y en ambos lados los puestos destinados á las autoridades y principales invitados. Al lado izquierdo de la escalinata, cuatro arpas cubiertas de flores. El salón y la galería estaban llenos de la más distinguida sociedad de las provincias del Rhin y de Westfalia.

Á las doce en punto el organista F. G. Franke comienza á ejecutar el *Zwiegesang* de Reinberger, y luego el consejero de la corte, Dr. D. Juan Fastenrath, subió á la tribuna y pronunció un discurso explicando la naturaleza y objeto de la nueva fiesta. Dedicó un recuerdo al Príncipe de la Iglesia Cardenal Kärmentz, Obispo de Colonia, recientemente fallecido, y un saludo entusiasta á la ciudad de Barcelona, que, en los mismos momentos que Colonia, celebra igual fiesta, lo cual sugiere á Fastenrath conceptos tan cariñosos como los de que «Barcelona y Colonia son dos almas y un pensamiento,

dos corazones y un latido». Dice que Juegos florales en que brillan en espíritu Carmen Silva, la Reina Regente de España, la Infanta D.^a Paz, la ilustre madre de la Reina Isabel de Rumanía, María de Wied, merecen vivir y florecer en tierra alemana, por ser la fiesta de la patria, el triunfo del ideal y el homenaje á las damas. Explica el origen y desarrollo de la fiesta, y termina con una invocación á los poetas alemanes, animándolos á que concurran á los certámenes sucesivos. No hay para qué decir el efecto de la palabra del Sr. Fastenrath y los nutridísimas aplausos que resonaron al terminar su peroración (1).

El Cónsul español, D. Nicasio Moral y Cañete, entregó después á la autoridad municipal de Colonia la salutación de Alcalde y Ayuntamiento de Barcelona, pronunciando frases afectuosas que terminó con un ¡Viva Colonia!

Aunque traducción de traducción, juzgamos conveniente reproducir aquí, tomándolo de *Kölner Tageblatt*, el citado documento:

«Excmo. Sr.:

«Dos ciudades que de antiguo se conocen y aprecian por los recuerdos históricos, celebrarán en el mismo día la fiesta patriarcal de la poesía, que eleva y ennoblece á los pueblos que fundan las ansias de sus conquistas modernas y de su progreso en la paz y en la cultura. Colonia, la ciudad más latina de la tierra germánica, la iniciadora de su elevado arte, la que propagó su fe y elevó su espíritu, quiere convocar á sus entusiastas cantores y elevar en las riberas del Rhin un trono de honor bajo el gótico cielo de su incomparable catedral para que lo reconozcan y lo aplaudan desde las orillas del mar latino los colonienses, que bajo la protección de sus alcaldes han fundado ayer y renovado hoy la fiesta clásica de los Juegos florales. Á V. E., Sr. Alcalde, y á la célebre ciudad de

(1) En el último número de *La Ilustración Española y Americana* se publica íntegro el discurso del Sr. Fastenrath, en un artículo suscrito por éste, acompañándolo de algunos interesantes grabados. También sabemos que la popular revistilla *El Arte* prepara un cliché dedicado á los primeros Juegos florales de Colonia, que aparecerá en uno de los próximos números.

Colonia, cuya alta representación le está encomendada tan dignamente, envía su cariñoso saludo la ciudad de Barcelona, que por un honor especial que le distingue y enorgullece ha sido llamada á apadrinar la primera fiesta de la Fe, de la Patria y del Amor, la santa trilogía de los ilustrados colonianos, y que será sin duda alguna nueva y segura prenda de la amistad y del afecto de estas dos históricas ciudades.

»Éstos son, Sr. Alcalde, los sentimientos de amistad y simpatía que en nombre de Barcelona tiene el alto honor de enviar á la ciudad de Colonia—El Alcalde de Barcelona, *Bartolomé Robert.*»

Participóse seguidamente que la Reina de Rumanía había confiado á la Srta. Radermacher de Nouwred el encargo de entregar en su nombre los premios á los poetas, y la hermosa joven ocupó el trono, rodeándola veinticuatro señoritas que ocuparon los sillones dispuestos junto al trono. La reina de la fiesta vestía de blanco con corona de rosas y ramo de las mismas flores en el pecho. Las que la acompañaban vestían trajes de color y se adornaban con flores.

La Srta. Radermacher leyó el saludo en verso de la Reina Isabel de Rumanía, que fué acogido con grandes aplausos.

El primer premio lo obtuvo Guillermo Uhlmann y el segundo la Srta. Margarita Jusmann. Jorge Barthel alcanzó una rama de azahar. Con la lectura de los versos premiados alternaron piezas musicales.

La tarde del mismo día, y en la mencionada sala gótica del Gürzenich, se celebró un banquete de más de 300 cubiertos. Iniciaron los brindis un saludo dedicado al Emperador Guillermo II y la lectura de telegramas remitidos por el Emperador, por la Reina Regente de España, por el Príncipe Leopoldo de Hohenzollern, por el Gran Duque de Sajonia Weimar y por el Archiduque de Austria Luis Salvador, á quien podemos llamar nuestro paisano por haber sido nombrado hijo adoptivo de la provincia por la Diputación de las Baleares, islas donde habitualmente reside.

IV

SALUTACIONES POÉTICAS

Muchas son las que han recibido la ciudad de Colonia y el Sr. Fastenrath con motivo de la fiesta reseñada.

Cerraremos esta crónica transcribiendo algunas que hemos podido conseguir de poetas españoles, empezando como es debido por las de las señoras:

Hoy por mi boca os envía,
en esta noble contienda,
saludos el Mediodía
al país de la leyenda.

Así se trenzan las manos
del uno al otro confín
los poetas como hermanos
del Pirineo hasta el Rhin.

Trovadores provenzales
como los del Montserrat
dan por los Juegos florales
gracias mil á Fastenrath.

PAZ DE BORBÓN.

Á LA CIUDAD DE COLONIA

CON MOTIVO DE SUS PRIMEROS JUEGOS FLORALES

No con el casco guerrero
ni con la férrea coraza,
no con la espada desnuda
ni armado de todas armas,
los pueblos que más se estiman,
los pueblos que mejor aman,
irán por negros caminos
buscando negras hazañas.
¡Atrás! sangrientas legiones

de perfidias endiosadas:
conquistadores de tierras
y Caínes de las almas.
¡Atrás! volved al oprobio
de las edades nefastas...
¡Almas que olvidan á Cristo,
sean por Cristo olvidadas!»

Así el Angel del Progreso
desde las alturas habla;
su voz entra en los palacios
y entra en la pobre cabaña.
Los Césares la desoyen,
la ahoga el ruido en la batalla,
no la escuchan los que vencen,
pero la escuchan los parias;
y vislumbran en las nubes
del Angel la faz airada,
á la que aureola de fuego
dan las chispas de sus alas.
Hoy en la cruz al posarse
de una catedral cristiana,
la fiesta de tus poetas
protege con sus miradas,
y «Salve Colonia» dice,
y Salve en la lontananza
repite el divino coro
de tus musas y tus hadas
que del Rhin en las orillas
sobre esquifes de esmeralda
saludan á tus poetas
con trovas enam. radas.

Fiesta de los trovadores,
fiesta de luz y esperanzas,
del Mediodía perfume,
risa de Clemencia Isaura;
fiesta de los trovadores,
única que de mi España
desmoronada y vencida
el Norte conoce y ama,
que tus coronas no tergan
para el que llegue á lograrlas

ni espinas entre sus rosas
 ni ciprés entre sus ramas;
 que las frentes juveniles,
 al unirse hoy tus guirnaldas,
 sientan el beso divino
 de la inspiración sin lágrimas.

SOFÍA CASANOVA

Señorio de Drozdowo (Polonia rusa.)

SALUTACIÓ POÈTICA

PER LA FUNDACIÓ DELS JOCHS FLORALS DE COLONYA, 1899.

Torreja, con un símbol gegantí,
 ciutat tudesca que'l romá bastía
 vorá'l vell Rhin poétich, que congría
 vagues llegendes y aromátich ví (1).
 Ella del nort y del mitjorn així
 l'essencia diferent té concentrada...
 ¡Salut, Colonya, qu'ets l'unió sagrada
 del seny germánich y del cor llatí!

Quan floría l'esbart de trobadors
 al bell sol de Provença y Catalunya
 també del Rhin á la ribera llunya
 estol cantava de gentils cantors.
 Les *Minnesinger* en dictat d'amors (2)
 lays entonavan á la dama pía;
 y en temps de l'ideal cavallería
 no'n sentí Europa de joglars millors.

(1) Colonya anomenada la Roma d'Alemanya, té origen de la *Colonia Agrippina*. Es famosa per sos monuments, sobre tot sa catedral, obra mestra de l'art gòtich, coronada ab les torres més altes del mon. Les riberes del Rhin, sembrades de castells y santuaris, de tradicions y llegendes maravellozes, forman una de las regions més poètiques d'Europa y produeixen un vi deliciós que sembla impropí d'aquella latitud.

(2) Los *Minnesinger* (cantors d'amor) floriren en los segles XII y XIII, en tal abundancia que 'l *Codex Manesse* conté poesías de 160 d'aquets trobadors alemanys. Se distinguiren dels provençals per la major puresa y elevació de llur poesia, en la qual l'esperit cristiá y cavalleresch té sa manifestació més acabada.

Ara que ab nous alens primaverals
floreix la Renaixença catalana
y la gran Morta-viva ab més ufana (1)
cenyeix lo front de roses immortals,
la gaya festa de sos Jochs Florals
ne pren Colonya per sa propia festa,
mentres Germania renaixent li presta
harpes y veus de trobadors capdals.

Be cal, donchs, qu'á Colonya resplandent
trameti avuy un amorós missatge,
d'en Llull y n'Ausias en lo fort llenguatge,
l'ingenua Musa de la nostra gent.
Per aixó llanç aquesta fulla al vent
des d'un cap de Mallorca soleyosa,
poeta obscur, al admirar gloriosa
la poesia que Germania sent.

Salut, cantors, qu'en el germánich riu
batejau nostra festa llemosina,
y ab més pregon sentit y ab art més fina
les pures flors del pensament teixíu.
Com aquix Rhin de mágich atractiu
burchs y castells recorri vostra vena,
y amor vos doni inspiració serena
com eix ví pur que per trincar teniu.

Reyna gentil dels trobadors, salut!
Clara estrella del Nort, novella Isaura (2),
donau l'impuls que poderós restaura
l'imperi de la gloria y la virtut.
De *Patria, Fe y Amor* alçant l'escut (3),
armau nous cavallers de poesia;
y feta ab ells una Creuada sia
que reconquisti l'ideal perdut!

(1) La *Morta-viva* es la llengua y literatura catalana.

(2) La princesa Clemencia Isaura fou la fundadora dels primers Jochs Florals.

(3) *Patria, Fides, Amor*, lema dels Jochs Florals de Barcelona, ho es també dels ara fundats á Colonya, igualment presidits per una *Reyna*, segons elecció del poeta premiat ab la *flor natural*.

ENDREÇA Á FASTENRATH (1)

Alt trobador, mon humil cant rebéu,
 y al cor posáulo de Germania augusta,
 vos qui en sa llengua magistral, robusta,
 nostres cançons li repetíu arreu.
 ¡Salut, poeta! — Vostra patria os deu
 los *Jochs Florals* qu'adoptará sa historia;
 y fundador d'aqueixa font de gloria,
 cad'any per ella renovat, viuréu!

MIQUEL COSTA Y LLOBERA, PBRE.

UN SALUDO

Á LOS POETAS RHINIANOS

Sobre la artística mole
 de gigante catedral
 el ángel de la poesía
 sus alas batiendo está.
 Como por él evocados,
 vense á la vida tornar
 los genios y los espíritus
 que animaron otra edad.
 Héroes de los Nibelungen,
 pastores del Oberland,
 doncellas de faz rosada,
 ogros de lívida faz,
 mezclan del Rhin al murmullo
 en acorde original
 himnos, juramentos, ayes

(1) Fundador dels Jochs Florals de Colonya es lo doctor Joan Fastenrath, Conseller del Imperi, erudit y poeta infatigable y entusiasta y gran amador de la nostra literatura. Ell ha donat á coneixer la nostra actual poesia dins Alemanyia, publicanthe sa magnífica Antología *Die Catalanische Troubadoure der Gegenwar* ahont figuran composicions de 96 poetas, traduhides en la mateixa versificació del original respectiu, ab una docta introducció y oportunes notes.

modulados á compás
 en extrañas armonías
 que vibran aquí y allá.

—
 ¡Poetas! á vuestras arpas
 esas notas ajustad,
 y eternos haced en ellas
 los cánticos del hogar,
 los que al amor nos inducen
 de lo bello y lo ideal,
 del bien, la virtud, la patria,
 lo que no muere jamás.
 Y una y mil veces benditos
 si os inspiran al cantar
 el ángel de la poesía
 con el ángel de la paz.

MANUEL DEL PALACIO.

À COLONIA

EN LOS JUEGOS FLORALES INICIADOS POR MI MUY QUERIDO AMIGO
 EL EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH

Colonia, ciudad preciada;
 la de catedral famosa
 que en la corriente anchurosa
 del Rhin se ve retratada;
 la que su cabeza ornada
 ostenta con lindas flores
 y balsámicos olores
 esparce en su puro ambiente,
 tú eres la patria esplendente
 de vates y de pintores.

Guarda tu templo grandioso,
 de arte gótico obras bellas
 que fulguran cual estrellas
 en límpido cielo hermoso.
 Como recuerdo precioso,
 de Ursula la santa vida

allí se ve enaltecida
en cien tablas inmortales,
inequívocas señales
de piedad no desmentida.

En ti unidas aparecen
religión y bellas artes,
que con la piedad compartes
primores que te enaltecen:
ellos tu renombre acrecen,
y hoy, al admitir, gozosa,
nuestra costumbre famosa
de los tiempos *medio-evaes*,
en esos *Juegos florales*
renacerás más gloriosa.

Que al aceptar el sagrado
lema de *fe, patria, amor*,
unes tu actual esplendor
á tu grandioso pasado;
y tu pueblo, entusiasmado,
verá, en noble competencia,
luchar en la *gaya ciencia*
con los vates castellanos
á los poetas germanos,
de ilustre dama en presencia.

Ella será la elegida
cual reina de la hermosura,
que es por genio y donosura
de las Musas preferida;
con la flor apetecida,
símbolo de amor y gloria,
patente de su victoria
dará al vencedor poeta
que llegar supo á la meta
y eternizar su memoria.

Dignos é inspirados vates
que del Rhin en la ribera
vais á entrar por vez primera
en tan honrosos combates:
aunque en los rudos embates
del tiempo perdí ya el brío
y de la vejez el frío

mi nívea cabeza humilla,
desde la bética crilla
grato saludo os envío.

Y tú, oh genio singular,
á quien Sevilla hijo aclama,
é inmortaliza la fama
noble idea al realizar:
comprende que al ensalzar
tu nombre, cual fiel amigo
sólo un sentimiento abrigo,
al ver tu triunfo logrado:
no poder ir á tu lado,
de tu gloria á ser testigo.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

À LOS POETAS DE COLONIA

EN LOS JUEGOS FLORALES

¡Poetas, gloria y salud!
Por vuestro genio inmortal,
en Colonia la imperial
suena otra vez el laúd
del trovador provenzal.

¡Provenza, la esclarecida,
madre del canto divino,
que, ensangrentada y vencida,
estás, junto al mar latino,
ya para siempre dormida,

Quizás tus augustos manes
consuelen gratos rumores;
cual tus muertos trovadores
hoy cantan los alemanes
patria, bellezas y amores!

Las tuyas sus trovas son,
porque el lenguaje varía
sin variar el corazón,
y es eterna tu poesía,
es eterna tu canción.

¡Maestros del gay-saber,
los de la lira famosa,
por vuesíro ingenio y valer
la violeta de Tolosa
va en Germania á florecer!

¡Oh! Dejad que una avecilla
alce su canto ruín
desde el solar de Castilla...

¡Llévelo el viento á la orilla
que besa, en Colonia, el Rhin!

No es, por cierto, cosa extraña
tan dulce, amistoso afán;
ya nos ha unido un titán,
que fué un Carlos rey de España
y emperador alemán.

Hoy mi patria, herida y sola,
gime el perdido esplendor
y el infortunio la inmola;
la altiva musa española
es la musa del dolor.

Pero yo quiero creer
que lo sabrá resistir,
que ese dolor ha de ser,
no el que da para morir,
el que da para nacer.

Escarmienta el duro azote,
y por camino más ancho
quizás el remedio brote,
enterrando á don Quijote
para vivir á lo Sancho.

Así la razón lo pide
y habrá que cumplirlo luego...
Mas... ¡ay!... aunque se le olvide,
¿quién, sin llorar, se despide
del noble hidalgo manchego?

Perdonad el llanto mío
y esta memoria cruel...

¡El corazón os envíol
¡Mi llanto será el rocío
que riegue vuestro laurell

JOSÉ DE VELILLA.

AL SEÑOR D. JUAN FASTENRATH

EN LA CREACIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA
AÑO MDCCCXCIX.

Bendito tú que enlazas
en solo un nudo estrecho
gentil cortesanía
con el sentir ingenuo.
Por ti los *minnesinger*
despertarán los ecos
que fe, y amor, y patria
llevaban á los pueblos
de esa Germania, amante
de lo que es grande y bello.
Vuelva *Wolfram*, el vate
de la épica, severo,
roble de vuestros bosques,
con las grandezas de Ennio (1);
vuelva fogoso *Walter*
con ojos tan abiertos
y corazón de niño
á ver el universo,
para que estalle y brote
la flor del sentimiento,
flor ¡ay! que ajó implacable
la rueda de los tiempos;
y vuelvan las locuras
de *Ulrico* el caballero,
las dulces narraciones
de *maister Godofredo*,
y, gratos á las damas,
de *Meissen* los afectos (2);

(1) Ennium sicut sacros vetustate lucos adoremus, in quibus grandia et antiqua robora jam non tantam habent speciem, quantam religionem. (Quintiliano.)

(2) Recuerdo de otros minnesinger: el más lírico y espléndido de todos Walter von der Vogelweide; Ulrico de Lichtenstein, Quijote enamorado que se corto el labio inferior por aparecer más bello á su amada, y disfrazado de

que todo, todo cabe
 en el potente imperio
 de grandes tradiciones
 y altísimos recuerdos,
 de nuevas esperanzas,
 de ideales nuevos,
 sombreado por las torres
 del más hermoso templo
 que la ciudad rhiniana
 quiso ofrecer al cielo!

—

¿Aun en Vürtzburg reposan,
 al pie del árbol viejo,
 de *Walter Vogelweide* (1)
 los sepultados restos?
 ¿Ostenta aún su lápida
 los piadosos huecos
 donde se alimentaban
 calandrias y jilgueros?
 Panzudos egoístas,
 por general acuerdo,
 ¡ah! de cumplir dejaron
 la voluntad del muerto;
 y de la vieja tumba
 la poesía huyendo
 voló, como volaron
 los pájaros ligeros...

Venus fué desde Venecia á Alemania; Godofredo de Strasburg, autor de *Tristan é Isolda*; Enrique de Meisse llamado *Frauenlob*. De éste se ha escrito: Anno Domini mcccxvii, in vigilia Sancti Andreæ, sepultus est Henricus dictus *Frauenlob* in Maguntia, in ambitu maioris ecclesiæ, iuxta scolas honorifice valde: qui deportatus fuit a mulieribus ab hospicio usque ad locum sepulture, et lamentationes et querelæ maximæ auditæ fuerunt ab eis, propter laudas infinitas, quas imposuit omni generæ fœmineo in dictaminibus suis. Tanta etiam ibi copia fuit vini fusa in sepulchrum suum, quod circumfluebat per totum ambitum ecclesiæ. (Chr. Urtisii Germaniæ historicor. illustr. P. II, página 108.)

(1) In novi monasterii ambitu, vulgo *Lorens garten*, sepultus est Waltherus, sub arbore. Hic in vitâ suâ constituit in suo testamento, volucris super lapide suo dari blanda et potum; et quod adhuc die hodierna cernitur, fecit quatuor foramina fieri in lapide, sub quo sepultus est,—ad *aves* quotidie *pascendas*. Capitulum vero N. M. hoc testamentum volucrum transtulit in semellas, dari canonicis in suo anniversario, et non amplius volucris. (De la Crónica de Vürtzburg, citada por Fr. von der Hagen.)

Mas hoy, sobre Colonia
el bando vocinglero
de inspiraciones frescas
renovará sus cuentos;
pues tú, poeta ilustre,
con efusivo imperio
empleas, por llamarle,
la voz del sentimiento;
la que al oído agrada
y aroma los recuerdos,
y llega, poderosa,
del corazón al centro;
la que á la patria es himno
y es oración al cielo!

—

No sé cómo decirte
lo que decirte quiero,
que ante tus nobles ímpetus
anonadado quedo.
Mas, cuando congregados
estén los caballeros
que en tu flexible idioma
han de cantar sus versos;
cuando las rubias damas
repriman un momento
sonrisas delatorias
de lo que oculta el pecho;
y cuando, proclamada,
ocupe ya su asiento
la *Reina de la fiesta*,
y esté el concurso atento;
entonces, no te asombre
si, enamorado espectro
de las gentiles damas
y de los dulces *Juegos*,
por la amplia sala gótica
del Gürzenich penetro.
Si la emoción impide
que acierte en los conceptos,
con reverentes actos,

que expresarán mi afecto,
os rendiré un saludo,
la izquierda sobre el pecho,
hasta que el suelo barran
las plumas del sombrero.

J. L. ESTELRICH.

CIEN LEGUAS SOBRE EL VOLGA HELADO

(NOTAS DE VIAJE)

II

Varsovia es una ciudad moderna con muchas calles viejas que no se echan de ver en el simpático conjunto de sus jardines y de sus plazas, animadas como las de París. El Vistula, su gran vía comercial durante ocho meses del año, da apariencia de ribera marítima á la parte baja, que es la que habitan pescadores, marineros y traficantes pobres.

Con el militarismo ruso y con el mercantilismo israelita tienen que reñir á cada hora formidables combates los polacos, para conservar lo poco que les queda y desarrollar sus aptitudes nacionales.

La rusificación ha invadido palacios, escuelas, comercios, teatros y museos. El judío tiene en sus manos la alta banca y el comercio.

En los paseos se han edificado monumentos conmemorativos de las victorias moscovitas; en el centro de la ciudad, allí donde gustaban de reunirse los varsovianos, se levanta la mole colosal de un templo ruso que, cuajado de oro, deslumbrante de bellezas bizantinas, parece mirar con escarnio las iglesias católicas que existen merced á las limosnas de los fieles, y que no poseen otras grandezas que las de su historia...

La censura amordaza á la prensa; la policía está en todas partes; de sus 500.000 habitantes, la tercera parte son rusos é israelitas; sin embargo, Varsovia no es una ciudad rusa. Y por la expresión, por la gracia, por ese algo indefinible que da

carácter á los pueblos, Varsovia es la capital de Polonia, de una nación que en las más terribles condiciones, oprimida y desangrada, trabaja y se regenera, dando así un hermoso ejemplo de que las desgracias no empequeñecen las naciones cuando éstas reconocen sus yerros y aspiran á la perfección...

Si los yanquis, que pueden hacer competencia á los moscovitas en la manera brutal, indecorosa de apoderarse de lo ajeno, desean—ahora que han ensanchado sus dominios—conocer los novísimos medios que se usan en Europa para someter y asimilarse á los países conquistados, vénganse por aquí y podrán *enriquecerse* con una sabiduría que no difiere en el fondo de la que ellos demostraron en Texas, pero que ofrece la ventaja de la variedad en los procedimientos...

Verán que Polonia—como España,—por muchas mutilaciones que sufra, por muchos tiranos que se la disputen, será siempre un pueblo grande, porque no ha perdido su espíritu de raza y sus virtudes nacionales; porque se emancipa de sus nefastos egoísmos, de su legendaria anarquía política, causas de su ruina.

Rusia tiene maniatada á Polonia, y avanza, avanza, queriendo hacer suyo todo el Oriente, la mitad del mundo... Los yanquis á su vez avanzan, avanzan, codiciosos de poseer el mundo entero... Pero ni Polonia es rusa, ni será yanqui jamás aquella tierra que España civilizó y regó con su sangre cuatro siglos, porque mientras haya un solo hogar en que se venera la patria española, no faltará quien enseñe á amarla, y de generación en generación se perpetuará la protesta contra los invasores.

Como hoy en Polonia, mañana en Cuba la reacción de una raza se hará sentir y ¡quién sabe lo que quedará entonces de esa epiléptica república americana, tan rica y tan desvergonzadamente orgullosa de serlo!

Lo más notable que tiene Varsovia entre sus edificios es el Palacio Real, hoy residencia del Gobernador, y el palacio de la *Lazienka*, que el último monarca de Polonia, Estanislao Poniatowski, hizo edificar en 1780.

Estanislao Augusto, como Luis de Baviera, era más artista

que político y protegió las artes apasionadamente. La *Lasienka*, que fué su residencia favorita, es un capricno de rey poeta. Es del más bello estilo Renacimiento; está en mitad de un parque colosal, y desde su terraza marmórea—bordeada por un lago que surcan góndolas y cisnes—vese sobre los céspedes de una isla un palacete, el teatro por cuyo escenario pasaron en su día los más famosos cantantes del mundo...

Estanislao Augusto, rodeado de su fastuosísima corte, ¡cuántas veces presenció desde esa terraza los espectáculos, las fiestas nocturnas que en ese teatro y en ese lago magnífico se verificaban por iniciativa de unos cortesanos que, como los de Roma cesárea, intentaban iluminar las lobregueces de la decadencia con espectáculos maravillosos y farsas teatrales!

El parque, el lago, las magnificencias artísticas en la *Lasienka* reunidas; la figura moral de ese Rey tan enamorado de las artes como de las artes del amor, me traen siempre á la memoria aquel nuestro famoso D. Felipe IV y su corte del Buen Retiro, refinada, alegre, que se divertía sin pensar en la patria.

Nada hay que dé tan exacta idea de la cultura de un pueblo como la situación que en su sociedad ocupa la mujer. La instrucción de ésta, que es factor importantísimo en el desarrollo general, se cuida extremadamente en Polonia. El estudio de los idiomas forma parte principalísima del programa educativo: en los *gimnasios* es de reglamento aprender tres por lo menos, y la gran mayoría de las educandas habla y escribe cinco y seis lenguas europeas.

Lo mismo las familias nobles que las de la clase media y las artesanas, preocupan desde la más tierna edad de sus hijas en darlas una instrucción conveniente.

Siete años de estudios son necesarios á las niñas para lograr un diploma, que corresponde al de bachiller de nuestros Institutos, y es aspiración general de la juventud femenina tener ese diploma, que les abre las puertas de las Universidades extranjeras ó les autoriza á ejercer la enseñanza. El sistema mixto no se practica en Rusia, salvo en las escuelas elementales, y—cosa curiosa para mis compatriotas—ni en éstas

ni en los *gimnasios* se enseña á coser á las alumnas, que aprenden en el hogar ó... no aprenden nunca.

El hábito del estudio adquirido desde la niñez crea una segunda naturaleza, y las polacas, al terminar sus estudios oficiales, si son pobres, llenas de entusiasmo se dedican á la enseñanza en las escuelas de las aldeas, donde gracias á las profesoras—y aunque explican en ruso porque así lo exige el Gobierno—se conserva vivo el patriotismo.

Otras se colocan en las casas particulares como institutrices, se reparten por las poblaciones grandes y pequeñas, dando lecciones á domicilio, ó entran en las Universidades para seguir una carrera.

Las mujeres ricas, al salir de los gimnasios, continúan estudiando con ardor; rehacen, bajo la dirección de competentes maestros, su educación, llenando las lagunas dejadas por el programa oficial ruso, que dicen es defectuosísimo, y en los grandes señoríos habitados por la clase noble, son las jóvenes las que organizan las bibliotecas populares que secretamente se reparten entre los aldeanos; son ellas las que saben administrar los medicamentos del bien provisto botiquín de la casa á los pobres; ellas las que vacunan á los niños y asisten á los enfermos hasta la llegada del médico, que habita por lo regular lejos de la aldea; son ellas las que al difundir los elementales conocimientos de la higiene entre los aldeanos incultos y los más altos principios de la moral entre sus servidores, coadyuvan de modo efficacísimo á la obra lenta pero seductora de la civilización cristiana.

Las varsovianas son tenidas en toda Polonia por frívolas. Se les moteja de amor al lujo, de pasión por las diversiones; su elegancia algo amanerada de mujeres bonitas que desean aparecer siempre irreprochables, y sobre todo su desordenado gusto por el baile, ha hecho exclamar al glorioso Boudain de Courtenai (el cual maneja la sátira á lo Juvenal, haciendo mucho bien á su patria,) estas frases parodia de otras célebres aplicadas á sus compatriotas:

«Bailo... luego existo.»

Pero hay también en Varsovia muchas mujeres que trabajan, que sin formar más asociaciones que las benéficas y sin

desplegar al viento la bandera del *feminismo*, que en Inglaterra y América es el emblema visible de las aspiraciones de unas cuantas históricas solteronas, van hacia la emancipación tal y como debe ser entendida por las mujeres sensatas.

En Polonia hay doctoras, farmacéuticas, botánicas, agrónomas, literatas sin cuento que se han creado una posición independiente y que, respetadas por todo el mundo, contribuyen poderosísimamente al progreso moral y material de su patria.

Entre los escritores que más se distinguen, varios conocen bien el castellano y simpatizan con nuestra literatura y nuestra historia.

Saludo en primer lugar á la señora Markowska Marrené, novelista insigne que después de más de treinta años de actividad literaria y pedagógica, durante los cuales ha dado á conocer en Polonia varios de nuestros famosos autores, propónese ahora traducir versos y novelitas de marcado sabor nacional para avivar la simpatía hacia España, hoy que por sus derrotas es menospreciada en muchos países triunfantes...

El más famoso de los hispanófilos polacos es el poeta Adolfo Suzenciski, traductor de Lope de Vega, de Calderón, de Echegaray, del padre Coloma, y tan entusiasta de nuestro pueblo, que quiza en fuerza de estudiarlo ha llegado á asimilarse inconscientemente algo característico de nuestra raza.

Al hablar acciona con viveza andaluza; habla de prisa; con vehemencia, á gritos á veces, y al narrar *cosas de España* el fuego de nuestra desbordante fantasía brilla en sus ojos y el espíritu de nuestros pendencieros á lo *Cyrano* inspira sus palabras vibrantes.

La cabeza cana, el rostro avellanado, el cuerpo anguloso y enjuto, hácenle parecido á D. Quijote, aprestado á reñir singular combate.

El Sr. Borenbowiez, joven profesor de la Universidad de Lemberg (Austria), ha publicado una historia de la literatura castellana bastante completa, y sin las pretensiones que se echan de ver en un recientísimo libro de la misma índole escrito por un hispanófilo inglés, como para difundir de propio

intento sus erróneos juicios, entre las gentes que tienen por *infalible* la sabiduría británica.

Otro profesor ilustre fallecido ya, Pawinski, escribió un hermoso libro acerca España, en el que sorprenden la serenidad del juicio, lo justo de las apreciaciones, la profunda simpatía que siente por la nación que estudia á fondo, y que la presenta á sus compatriotas imparcialmente, *como es*, como la ve el extranjero de buena voluntad que aprecia todas las manifestaciones de su vitalidad poderosa.

¡Qué bien describe Pawinski á Castelar, á Morayta, al doctor Velasco, á Marchante, á muchos de nuestros artistas, literatos y políticos de renombre!

¡Qué sinceramente envidia nuestras costumbres democráticas, nuestras libertades, nuestras asociaciones y nuestro Ate-
neo de Madrid, que quisiera trasladar á su Varsovia!

Hace unos meses que en el Gran Teatro de esta capital se representó durante muchas noches un drama titulado *Almanzor*, en el que la figura del invicto capitán se destaca en los verjeles de la morisca Córdoba.

Su autor, el poeta Gliuski, aprendió el castellano para escribir el drama. Nacido en Ukraina, tierra de los cosacos, Andalucía de Polonia, siente admiración por España—Andalucía de Europa, como él dice.

Cada situación, cada personaje de su obra revelan al poeta encariñado con la cultura y la *atmósfera* de aquellos tiempos de las luchas hispano-árabes, al poeta romántico *meridional* del Norte.

Á la mañana siguiente de una velada en la que el poeta Lange—uno de *los jóvenes* de más talento y cultura de la Polonia regenerada—me recitó muchos versos de Campoamor y de Echegaray; cuando aún vibraban en mis oídos los elogios á España y cuando en fuerza de evocar mi tierra gallega parecíame estar en ella aún y vivir de nuevo aquellas divinas horas de enseñanza estética, de entusiasmo y de poesía en el hogar queridísimo de los Ferrari y en el por mí siempre venerado del Marqués de Valmar, de Madrid el frío, de la calle, la nieve y el nublado cielo volviéronme á Varsovia. Miré desorientada un momento la calle, la nieve, los transeuntes; enton-

ces señaláronme un oficial que lentamente iba calle abajo.

Joven, moreno, apuesto á la española, por la entreabierta capota de finísimo paño blanco ornada de cibelina veíase el *dolman* cruzado de cordones de oro que usan los oficiales de la guardia imperial.

Andaba despacio, la cabeza erguida y miraba distraidamente el horizonte.

Parecía decirse á sí mismo:

—¿Á qué apresurarme? Donde quiera que vaya encontraré mi eterna compañera, la nostalgia...

Y se alejaba, alta la frente como si en ella llevara una corona, desceñida con soberana gracia la blanca capota, que adquiría en sus hombros apariencia de manto real...

Era el triste infante de España que malogra su juventud y su inteligencia sirviendo en el ejército de un tirano... Era don Jaime de Borbón, que paseaba el prestigio de su raza y de su estirpe mirando distraidamente el horizonte nublado, nublado como sus esperanzas.

Me dirigí á la Exposición de pinturas de Kriwulski. Á la puerta en un gran cartel se anunciaba que estaba expuesto al público el lienzo «Lourdes», del pintor español Garnelo, uno de los maestros del arte contemporáneo.

Subí de prisa, crucé varios saloncillos pésimamente decorados, y me hallé ante la prodigiosa gruta copiada por nuestro artista.

Muchas personas contemplaban el lienzo y lo comentaban. Entre ellas un señor de edad decía á dos jóvenes que le oían atentamente:

—¿Lo ven ustedes? Todavía los que mejor interpretan el sentimiento religioso individual y colectivo son los pintores españoles.

Y son grandes no solamente por el rico colorido y la maestría de la ejecución, sino porque están más influenciados por las tradiciones de su casa que por las novísimas teorías que esterilizan tantas inteligencias juveniles. Miren ustedes ese cuadro y compárenlo con esos dos de enfrente.

Volvióse el caballero y señaló dos grandes lienzos. Sobre el fondo crudo sin pintar de uno de ellos veíanse dos figuras

desproporcionadas. Representaba la del primer término un guerrero que empuñaba tremendo arco y un haz de flechas: la segunda sostenía una cruz en las manos. Por cima tenía el lienzo esta inscripción: «Armas desiguales». En el otro—también sobre fondo crudo—veíase á Cristo arrojando de no sé qué cimas etéreas á Satán; pero ni aquel hombre de nervudos brazos y ojos de ira era Cristo, ni Satán, por muy de prisa que obedeciera el mandato, rodaría hacia el averno de modo tan inverosímil, con las piernas en contorsión epiléptica y las alas retorcidas entre las piernas.

Obras esos lienzos de un celebrado pintor alemán que forma escuela, en ellos la disposición de las figuras, la rigidez de los cabellos, lo grosero de los perfiles y de los accesorios y algunos toques de luz que hieren la vista, nos hacen creer que en lugar de cuadros modernos tenemos ante los ojos desenterrados paredones asirios y atestiguan que su autor—como muchos más de los modernistas en boga—padece *daltonismo estético*.

Iba á dejar la Exposición cuando descubrí en sitio preferente de la pared lateral una tablita de menos de una cuarta de ancho, encerrada en anchísimo y desquebrajado marco. En tan reducido espacio, una escena viva, animada, atraía la curiosidad de todos. Tres frailes jugaban á las cartas, se reían, hablaban... y el fino realismo y la entonación castiza acreditaban de español al autor de tan maravilloso cuadro.

Leí la firma, *Casanova y Estorach*: su precio 400 rublos, casi dos mil pesetas. Y pensé: ¿por qué caminos ha llegado hasta aquí esta joya? ¿De qué provincia será su autor? ¿Dónde vivirá? Y sin conocerle ni saber nada de él, le envié un saludo por conducto de aquellos buenos frailes, que sonriendo me decían que me quedara un poquito más con ellos, un poquito más, hasta que se terminara la partidita, después de la cual vendría el chocolate.

Pero tenía que alejarme y les dije adiós con tristeza.

Por la tarde, acompañando á una enferma, me fué preciso hacer antesala en la casa de un médico judío. Sobre la mesa, mezclado con otros libros, había un grueso tomo de la revista alemana *Modern Kuntz*, y hojeándole llamaron mi atención

dos fototipias: eran dos copias admirables de los cuadros de Viniegra y Simonet «Antes de la corrida» y «Anatomía».

A poco de nuestra llegada entró en la sala una hermosa mujer, esbelta y rubia, vestida preciosamente de oscuro. La seda de sus enaguas crujía indiscretamente á su paso, y aunque con actitud modesta atravesó los salones, sus repetidas ojeadas y sus paraditas ante los espejos acreditábanla de presumida y despreocupada.

Sentóse y tomó un libro: cuantas señoras rodeaban la mesa se levantaron y se pusieron á distancia de la recién venida.

Ésta las miró una á una con frialdad, sonrió desdeñosamente, se levantó para mirarse toda entera en el espejo que tenía delante, y se puso á hojear el *Modern Kuntz* que yo había dejado.

—¿Por qué hacen el vacío en torno de ella? ¿Quién es esa joven?

—Es... una rusa muy conocida, una desgraciada.

Pasaba de prisa las hojas del libro, y sólo el cuadro de Viniegra fijó largo tiempo sus ojos. Volvió á hojear, y la «Anatomía» de Simonet llamó su atención de modo tal que abstraída quedóse contemplando el hermoso cuerpo de mujer tendido ante el médico que escudriña el corazón recién arrancado del pecho frío...

La pecadora miraba y remiraba el grabado, de frente, de perfil, alejándolo para apreciar mejor los efectos, visiblemente preocupada. De la espléndida cabellera de la muerta pasaba la vista al médico, que en vano parecía buscar, en la víscera que examinaba detenidamente, el rastro de una lesión, la causa *palpable* de la muerte...

Y sin levantar los ojos del cuadro siguió abstraída, emocionada, ante aquel simbólico conjunto que hacía pensar y sentir, que removía quizá en su corazón de cortesana dolores ó presentimientos...

Llegó nuestro turno y penetramos en el gabinete del doctor. La dama á quien yo acompañaba padecía una de esas enfermedades nerviosas complicadísimas, que se manifiestan con desequilibrio general causado por la excitación, ó la apatía de los centros motores...

Terrible enfermedad que aniquila el organismo en la juventud, que es el castigo—sufrido por los hijos—de las culpas de sus antepasados. El depósito hecho al naciente ser por su progenitor de la sangre abrasada por las pasiones, viciada y empobrecida por el alcohol, nutre esas criaturas sin temperamento y sin voluntad, inaptas para la existencia, que, nacidas en las bajas esferas sociales, llenan los manicomios y los presidios, y que constituyen la imbecilidad de las clases privilegiadas.

El célebre especialista recetó á mi amiga baños de aire y de sol, distracciones, larga permanencia en un país de clima vivificante...

Y como se quedara un instante perplejo, sin saber adónde enviar á su paciente, me atreví á indicar:

—Conozco un país que á todas las excelencias del clima reúne las mayores hermosuras.

—¿Cuál?—me preguntó sin curiosidad.

—España, y de España...

No me dejó concluir; echóse á reir descaradamente y, mirándome por encima de sus gafas, exclamó:

—¿Mandar enfermos á España? ¡Bonito medio de firmarles el pasaporte para el otro mundo! Hagan ustedes caminos, hoteles, *civilídense* y luego hablaremos.

Quise protestar; pero el doctor, dando por terminada la consulta, añadió, dirigiéndose á la enferma:

—Nada de España ni de países por *descubrir* aún; los enfermos necesitan *confort*, buena mesa y buena cama. Pase usted lo que falta de invierno en la Riviera y luego ya veremos.

—La condena usted, doctor, á respirar las emanaciones de todos los tísicos del mundo que van allí á invernar—dije sin poder contenerme, pero él, malhumorado é impaciente, repuso despidiéndolos á la puerta de su consultorio:

—Nada de España, que está al fin del mundo; nada de países por civilizar.

Y estas últimas palabras del especialista judío sonaban con tan molesto son en mis oídos, que aquella misma noche, antes de salir de Varsovia, le dirigí una epístola en la que le decía entre otras cosas:

«¡Qué sabe usted de España! Las cuatro mil mentiras que á diario repiten los periódicos ingleses y franceses, de donde los de aquí toman las noticias... Vaya usted allá y podrá convencerse que el tan cacareado atraso de aquel país no *es mayor* que el de Italia, por ejemplo, y en cambio es *infinitamente menor* que el de Rusia y Austria. Hace más de medio siglo que Madrid y las principales ciudades españolas tienen servicios de urbanización indispensables á la salud pública, y todavía hoy Moscou, Varsovia y Cracovia en Austria, como muchísimas otras, *carecen* de alcantarillado para las inmundicias, de agua á domicilio, de aceras de losa en muchas de sus mejores calles, de empedrado en las más apartadas... En esas poblaciones, que son de primero y segundo orden, el gas alumbraba tan malamente como en España; pero mientras que allá, hasta las ciudades más pequeñas se alumbran desde hace muchos años con luz eléctrica y tienden á sustituir aquél por ésta, en las poblaciones citadas apenas alguno que otro comercio luce sobre el mostrador un foco de arco voltaico... y conste que la luz eléctrica es la *enseña* de la civilización en nuestros días.

«Los ediles de mi tierra, como los de Italia, Austria, Polonia y Rusia, perezosos y egoístas, dejan al pobre morir de hambre, y no se ocupan de que entren por las puertas de los palacios cabalgando en los aires los millones de microbios pestíferos, que se multiplican tranquilamente en las letrinas domésticas, en los barrizales del arroyo, en los pudrideros al aire libre.

»Del progreso material, de las ventajas puramente prácticas de la civilización, no todos los pueblos se aprovechan igualmente. Cada uno toma lo que puede, lo que su temperamento, su estado evolutivo, su situación geográfica y económica le permite, y no puede llamarse atrasado á un país si por preferencia ó necesidad acepta tal adelanto en vez de tal otro. Ciertamente que España no cuenta con la mitad de los caminos de hierro que debiera tener; que carece de carreteras y mercados que faciliten su comercio interior, que la enseñanza oficial es mala, la administración pésima, la política infame. Ciertamente que están sin explotar millares de industrias nacionales, exhausto el tesoro pero todo esto sumado, con ser tanto, no autoriza ni á usted ni á nadie para llamarnos «pueblo por civilizar».

» Visite los balnearios á la moda, los puertos de mar aristocráticos, y verá usted que ni faltan hoteles confortables ni elegancias frívolas, ni siquiera casinos suntuosos donde los clientes de usted podrían, como en la Riviera, derrochar su dinero en el tapete verde y distraer sus males con las rientes vistas del mar, y del cielo, azules, de los naranjos y los mirtos clásicos...

» Hoteles para ricos no faltan en España, señor mío: en cambio echaría usted de menos casas modestas y baratas para la clase media de escasos recursos, albergues limpios para los pobres, y hospitales y escuelas...

» Pero ¿qué país de los que primáis en Europa cuenta con ellos en relación con sus necesidades? En Alemania ó en Inglaterra habrá tal ó cual asociación de utilidad indiscutible.

» No carecen los otros pueblos de instituciones dignas de aplauso, de escuelas que deben ser imitadas; pero ¿cree usted que España es una excepción y que *nada* hay en ella que pueda proporcionar enseñanza á las demás naciones?

» Pues si esto cree, está usted lamentablemente equivocado. El alma de mi patria, el alma nacional está mal dirigida, se lo confieso á usted sinceramente; pero ¿á qué otro pueblo del mundo podrá volver los ojos en busca de un ejemplo que imitar? ¿En qué Monarca no hallará un usurpador, en qué administración pública no echará de ver desmoralización y perfidia, qué país no está agitado por el odio hacia su vencedor ó sus vencidos?

» ¿Cuál de esas naciones que se dicen civilizadas es capaz de detenerse en el camino de sus conquistas brutales por el bien ajeno, por amor á la justicia?

» Una nación modelo, *cristiana* en el sentido más amplio y propio de esta palabra, no existe aún, doctor: evolucionamos, y al pasar por las diferentes fases de esa evolución—que no indica siempre progreso, sino condición *preparatoria* de él,—unos países llevan á los otros ventajas materiales, decaen ó florecen, pero ni siempre *triunfa* el que vence, ni el más poderoso y rico *es el mejor*.

» Un pueblo modelo no existe, pero poco á poco aumentan, se desarrollan y se congregan los múltiples elementos que han de darle existencia, y al fin un día surgirá radiante entre las miserias de esta humanidad pervertida...

»¿En donde, en el Norte, en el Sur?

»¡Quién lo sabe! Surgirá allí donde se reúna mayor número de hombres puros de intención y de costumbres puras: allí donde los legisladores hagan las leyes para *todos* los ciudadanos y todos las acaten, por convicción moral no por miedo; donde la explotación del pobre se considere afrenta, el derecho del más fuerte, crimen, y en vez del culto á la riqueza, se profese culto al bien, á la verdad, á la virtud, á la belleza eterna...

»Para aspirar á ser un pueblo así, ¿cree usted que hacen falta muchos progresos materiales, muchos motores eléctricos y muchas máquinas de guerra? No, lo que se necesita para constituir ese pueblo ideal es... casi nada, y ya lo dijo Cristo hace diez y nueve siglos:

»Pasar por la tierra sin perder de vista el cielo»

Como era de esperar, mi deshilvanada epístola no hizo variar de opinion al sabio médico—aunque es de sabios mudar de parecer,—y continúa enviando sus neuróticas y sus neurasténicos á la Riviera, donde pululan al sol los microbios de todas las enfermedades y los miasmas de todos los convalecientes elegantes que allí se dan cita...

SOFÍA CASANOVA DE LUTOSLAWSKI

(Continuará)

BOABDIL EN LORCA

Castilla, bajo el gobierno de los Reyes Católicos, pasó repentinamente de la anarquía y la miseria á la época más brillante y gloriosa de su historia: la magnánima D.^a Isabel sólo se preocupaba de la rendición de los enemigos interiores, y reorganizada algún tanto la administración pública, dedicaba sus miras preferentes á la guerra con los moros, que habían quedado reducidos sólo al reino de Granada, sobre el cual pesaba el dedo de la fatalidad. En él imperaba Muley Hacen, en medio de continuas disensiones producidas por los bandos y familias de los Gazules y Zenetes, de los Gomélez y Mazamules, y tantos otros que convertían las calles y la vega granadina en perpetuo campo de batalla, fomentando diestramente tal disensión los caudillos cristianos de las fronteras, pues tales discordias civiles eran naturalmente para nuestros monarcas un elemento más de próximo triunfo.

En medio del ruido de las fiestas á que se entregaban además los hijos del Profeta, de sus renombradas zambras y corridas de sortijas y de cañas, se trama una nueva conspiración entre los Zegríes contra los Abencerrajes; estos últimos se distinguen por sus nobles cualidades, apareciendo grandes, generosos, francos y bravos, mientras que sus contrarios se muestran sombríos, envidiosos, traidores, fomentan la guerra entre Muley Hacen, sus hijos y parientes, y consuman al fin con sus reprobados intentos la ruina de la ciudad.

La inesperada muerte del monarca árabe aumentó el ensañamiento que traía divididos á sus hijos Abdilehi (Boabdil) y Abdallá Aboul Hacen, los cuales, en lugar de oponerse como procedía al ejército cristiano, que triunfante iba ocupando sus dominios, no pensaban sino en ver cómo podrían sostener su trono contra las luchas civiles. El último de los indicados y

más poderoso de los Príncipes se dirigió en son de guerra con sus adeptos á la ciudad de Almería, donde se habían refugiado, huyendo de su furor, la Sultana viuda Aixa, con sus hijos Aben Haxig y Boabdil; mas éste último, prevenido á tiempo, y con sesenta de sus más leales partidarios, se dirigió por Vera á Lorca, á solicitar el amparo y auxilio del Adelantado D. Pedro Fajardo, que residía en esta ciudad.

Es muy digno de respeto, en verdad, el que guardan los pueblos como el nuestro á ciertas tradiciones, cuando éstas encarnan en la vida de la raza más desgraciada, y cuando, en vez de alterar como otras el cauce de las fuentes históricas, sirven de guías para llegar á conseguir los más interesantes descubrimientos.

«Uno de los más graves cargos que hacían á Fajardo sus émulos era que recibía en Lorca á todos los moros que en ella se refugiaban, los trataba con sobrada deferencia y cortesía, proporcionándoles todo lo que necesitaban y dejándolos vivir allí sin molestarlos» (1). Tal ocurrió en esta ocasión, pues noticioso el Adelantado D. Pedro de la calidad de la persona que á él acudía, ordenó se le hiciese suntuoso recibimiento y se le diese «un hospedaje propio de un Adelantado de el Reyno de Murcia y correspondiente á un Príncipe de la Casa Real de Granada» (2), destinándole el mejor aposento en su misma mansión de la famosa *Torre Alfonsina*.

A tout seigneur, tout honneur: la prolongada estancia del hijo de Muley Hacén en nuestra ciudad le pareció breve al infortunado Príncipe, por los constantes obsequios y agasajos de que fué objeto por parte de Lorca entera, sobresaliendo en todo ello la noble figura del cortés Adelantado. Tales muestras de afecto y consideración no dejaron de suscitar recelos é ideas encontradas en la capital de Almería y en la misma Granada, donde residían respectivamente la madre y el hermano de nuestro ilustre huésped. La primera, reconocida por demás á Fajardo, le dirigió un mensaje muy cariñoso, en unión de sesenta mil doblas de oro; «todo esto se supo luego,

(1) Cánovas Cobeño: *Historia de la ciudad de Lorca*, pág. 323.

(2) Morote: *Antigüedad y blasones de Lorca*, pág. 321.

y el Rey Muley Albohacen le escribió también luego al Adelantado con sus embajadores que le entregase á su hermano y le daría mucha mayor cantidad que la que de parte del Rey Zagal le habían ofrecido. Tratándose sobre esto entre algunos caballeros y criados del Adelantado cuál de estas dos ofertas sería mejor que aceptase, dijo el Adelantado, muy como Príncipe, *que ni quería la una ni la otra*, sino tenerlo seguro sin entregarle á su hermano, ni dar lugar á que recibiese daño alguno, y soltarle libremente cuando él se quisiese ir, pues había venido á su poder con la confianza que de él tuvo» (1); hermosas palabras, en verdad, que nos dan idea perfecta de cómo comprendía la noción del honor el esforzado y cortés caballero y las nobles aspiraciones de su corazón; así se explica aquel respeto al sagrado de la hospitalidad, aquella sincera deferencia, aquellos espléndidos banquetes, aquellas zambras y cacerías, en donde, mezclados los hijos de Lorca con los caballeros moros, ofrecían el espectáculo más hermoso que podía esperarse de noble é ilustrada correspondencia (2).

Un día que se encontraban de sobremesa en la Torre Alfonsina, agradablemente entretenidos jugando al ajedrez, Fajardo y su ilustre huésped, cuenta la tradición se originó el incidente que narra el siguiente precioso romance, que con el número 1.057 aparece en el *Romancero* de Durán, tomo II, página 88.

Lance de juego entre el Rey moro de Almería y Fajardo, alcaide de Lorca:

Jugando estaba el Key moro
 En rico ajedrez un día,
 Con aquese gran Fajardo
 Con amor que le tenía:
 Fajardo jugaba á Lorca,
 El moro juega á Almería;
 Jaque le da con el roque,

(1) Cascales: *Discursos históricos*, discurso XI, cap. IV.

(2) Nuestro respetable amigo D. Miguel Bolea Sintas, en su curiosísima monografía *Los Moriscos* (Málaga, 1896), al folio 10, se ocupa, aunque ligeramente, del asunto objeto de este artículo.

El alférez le prendía.
 A voces le dice el moro:
 —La villa de Lorca es mía.—
 Allí hablara Fajardo,
 Bien oiréis lo que diría:
 —Calles, buen Rey, no me enojés.
 No tengas tal fantasía,
 Que aunque tú me la ganases
 Lorca no te se daría:
 Caballeros tengo dentro
 Que te la defenderían.—
 Allí hablara el Rey moro,
 Bien oiréis lo que diría:
 —No juguemos más, Fajardo,
 No tengamos más porfía,
 Que sóis tan buen caballero,
 Que todo el mundo os temía. (1)

*
* *

Trascurrido algún tiempo, y con el natural deseo de estar más próximo á Granada, se trasladó el Príncipe moro á Vélez Rubio, adonde no tardaron en llegar algunos emisarios de su hermano á proponerle la paz. No se sabe si con verdad, pero cundió la noticia de que los tales emisarios llevaban or-

(1) Romance anónimo, cuyo asunto nos recuerda la leyenda no menos original y caballeresca de Aben Amar, de Sevilla, y Alfonso VI. De iguales términos, poco más ó menos, consta el romance núm. 1056, que copian Cascales y Cánovas Cobeño, en sus obras citadas.

También se ocupan en este hecho Schack en su *Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia*, traducción de Valera, tomo II, pág. 84; Fernández y González, en su *Estado social y político de los Mudejares de Castilla*, página, 194, y Amador de los Ríos, en *Murcia y Albacete*, pág. 264.

D. Agustín Durán dice de estos romances que parecen compuestos en la misma época del hecho que refieren; que ambos pertenecen al reinado de Enrique IV, siendo el indicado el primer romance fronterizo de la época de dicho monarca. El arabista Dozy, al citar tal hecho en su *Histoire des musulmans d'Espagne* (tomo IV, pág. 167), mirándolo todo bajo su especial punto de vista, añade como comentario: «*Le dernier (por Boabdil) gagne la partie, mais Don Pedro Faxardo, moins loyal qu'Alfonse VI, lui fit faux bond*».

Concluiremos esta nota haciendo indicación del notable romance titulado *Una hazaña de Fajardo*, debido á la pluma de nuestro amigo y paisano don José Mención, premiado en el Certamen celebrado en 1880 por la Sociedad Económica de Lorca, bella composición que completa la tradición que reseñamos.

den secreta de asesinar á Boabdil, y fué tal la indignación que este rumor produjo, que amotinado el pueblo granadino llamó al Príncipe, que volvió á entrar presuroso en su reino, en Enero de 1487, entablándose en las calles de la ciudad morisca sangrienta colisión entre los dos bandos, á la que puso término D. Fadrique de Toledo, árbitro nombrado por ambas partes para concertar la paz, haciendo que el de Granada habitase el palacio de la Alhambra, y dominase en Málaga, Almería y Guadix, y Boabdil en el Albaicín, gobernando las Alpujarras.

Mantúvose en Lorca (Boabdil), dice á su vez el P. Morote siguiendo á Cascales, muy satisfecho de los afectos del famoso Adelantado y caballeros lorquinos, conociendo que de la nobleza, celo, lealtad y unión de los antiguos linajes de Lorca dependía el mantenerse tantos años esta plaza tan victoriosa contra el poder de todo el reino de Granada. Habiendo tomado semblante favorable para el Príncipe las cosas de este reino, dispuso su vuelta agradecidísimo al Adelantado y lorquinos todos, formándose de éstos una lucida compañía para la mayor seguridad de su persona; al llegar á Granada, festejados y despedidos los de Lorca, envió un magnífico presente al Adelantado, quien, en todo desinteresado, sólo admitió veinticuatro caballos, tres espadas, algunas adargas y jaeces, devolviendo muchas joyas de valor, con que el Príncipe moro deseaba dar á conocer su gratitud y reconocimiento por la acogida que tuvo en Lorca.

.....

Hemos evocado uno de los principales recuerdos históricos anejos á nuestra gallarda Torre Alfonsina, como es propia asimismo la originalidad de los caracteres que campean en su construcción, y nos hemos detenido á consignar ciertas glorias en que tanta parte le cabe á la ciudad de Lorca, como á su alcázar, porque esta clase de recuerdos, íntimamente ligados á la historia de nuestra patria, son los que deben en nuestro concepto formar la base del interés que deben revestir estas crónicas locales.

En la actualidad, el estado en que se encuentran los aposentos del histórico *homenaje* llenan de melancolía al que se

detiene á considerar cuánta grandeza revistió en otros días tan severo monumento. La Torre Alfonsina levanta aún su alta cerviz entre las nieblas y sobre la indiferencia de los hombres, y sus restos todavía imponen, como infunden respeto los viejos jirones de un manto real, cuando no los ha manchado la felonía ni la deshonra.

Y concluimos haciendo nuestras las siguientes palabras con que el erudito D. Eulogio Saavedra pone fin á su ensayo descriptivo *El Castillo de Lorca*: «La artística é histórica fortaleza, nos dice, sin custodia hoy ni vigilancia alguna, rotas sus puertas y entregadas sus obras á la rapacidad de los merodeadores y al espíritu de destrucción de los ociosos, ignorantes y mal intencionados, ha sufrido mucho en los años que lleva de tan deplorable abandono. Tiempo es ya de oponer un dique á semejante vandalismo que ultraja al arte y á la historia y deshonra á la generación que lo tolera, y de trabajar para conservar y rehabilitar, aunque no sea más que como curiosidad artística é histórica, ese grandioso resto donde se cifran y resumen las glorias de este pueblo y las hazañas de nuestros mayores».

F. CÁCERES PLA.

LA RETRIBUCIÓN DEL TRABAJO ⁽¹⁾

Establecidas estas premisas, á las que no tenemos nada que objetar, por cuanto no hacen más que traducir lo existente, saca de ellas Mr. Poincard consecuencias que expresa del siguiente modo: «En estas condiciones, el salario no tiene acción bajo el punto de vista de la *solidaridad* entre el que le paga y el que le recibe; por el contrario, puede llegar á ser entre ellos causa de cuestiones, de luchas y de odios. Si sus intereses son paralelos, no son comunes; la ruptura es fácil y el antagonismo inminente. Por otra parte, la simple relación de *empleante y asalariado* no ejerce acción alguna sobre este último en lo que concierne al grave problema del porvenir y de la seguridad de la familia obrera; esta relación, puramente económica, no le lleva á la previsión ni al progreso moral y social. Por eso el obrero que consigue elevarse únicamente con el salario es una personalidad eminente, esto es, excepcionalísima. La masa de los asalariados, entregada á sí misma, tenderá más bien al estancamiento que al avance».

«Con efecto, añade, si fuese de otro modo, ¿asistiríamos al espectáculo que dan en estos momentos nuestros sindicatos obreros, que no pueden usar de la libertad para organizarse sobre bases razonables, estables y útiles, tanto que su insuficiencia es notoria? ¿Veríamos á los obreros colocarse todavía, después de tantas experiencias demostrativas, bajo la dirección de teorías cien veces discutidas por los hechos, ó de políticos sin valor? ¿Podríamos constatar entre ellos esta incapacidad evidente en la gestión de sus intereses corporativos ó políticos? En fin, ¿no observaríamos en la misma conducta de su vida privada un mayor cuidado de su dignidad personal en la

(1) Véase la página 316 de este tomo.

respetabilidad de su manera de ser, en la formación moral de sus hijos?»

Manifiesta que si el salario lleva consigo todos los inconvenientes señalados, «presenta también ventajas de primer orden», puesto que «constituye la base de la libertad personal del obrero», lo cual, á su juicio, «basta para darle una importancia social enorme», y puesto que, por otra parte, «responde á una forma determinada de la organización del trabajo», precisándose, de consiguiente, para prescindir de él, para suprimirle, «transformar dicha organización».

Pero, pregunta, «¿en qué sentido? ¿En el que hace del obrero un copropietario, un accionista de la fábrica?» Ésta, contesta, «es una combinación que tiene sus ventajas, pero también sus peligros. Puede empleársela algunas veces con éxito y provecho en determinadas condiciones; pero no puede pretenderse, sin entrar en el terreno de la utopía, hacer de ella una regla general, no debiendo olvidarse que la asociación es un lazo frecuentemente aprovechable, pero que vendría á ser muy pesado de llevar si se ensayase imponerlo bajo cualquiera forma y de ese modo se entrase directamente en el comunismo, es decir, se sacrificara la libertad y la voluntad individual á la autoridad pública; se haría de cada ciudadano un funcionario encerrado en una jerarquía inflexible, sometido á una disciplina ciega y dura».

Concede que la situación del obrero asalariado no es muy bonancible, pues «tiene que atravesar crisis penosas, que soportar privaciones, que trabajar á veces con exceso para caer en seguida en una enervante inacción»; pero, á su entender, superando á estos males, «al menos es libre, es un hombre, no un órgano mecánico dirigido por una voluntad exterior, tiene su acción propia, su iniciativa personal, su individualidad independiente y puede ir y venir, cambiar de taller, de oficio, de lugar, si lo juzga útil á sus intereses ó aun compelido por su fantasía».

Aclarando sus anteriores ideas, demasiado saturadas de optimismos, pero en las que se descubre el deseo de una imparcial apreciación, declara que «en realidad no es el procedimiento del salario el que debe ser condenado, sino la

manera como frecuentemente le aplican los que recurren á su oficio, los patronos lo mismo que los obreros», toda vez que, por una parte, «los patronos tienden con demasiada frecuencia á considerar el salario como el precio de una mercancía ordinaria que es necesario pagar lo menos cara posible, y cuya entrega los libra por completo de toda obligación, de todo deber, error grande, y el obrero busca á veces hacer subir el salario más allá de los límites establecidos por el juego de la concurrencia y las necesidades del consumo, o cual le expone á disminución y aun á agotar la fuente del salario por la detención de la producción».

Señaladas en tales términos la acción del salario sobre el obrero, sus ventajas, sus peligros, sus inconvenientes, indica que «la verdad práctica se halla en un término medio, resultante de un acuerdo común», término medio cuyo desarrollo resulta de todo el conjunto de su instructivo libro, uno de los más apreciables de la moderna escuela económica, y que resume en las siguientes líneas:

«Para prevenir las exigencias excesivas deberán los patronos completar en una medida razonable, por instituciones patronales, los medios de existencia, con frecuencia insuficientes, de las familias obreras. En cuanto á los asalariados, encontrarían gran provecho en esta combinación, que les garantizaría, en los límites de lo posible, la seguridad del mañana y con frecuencia un honroso retiro para su vejez.»

IV

Vamos á terminar esta exposición rapidísima de los puntos capitales de las doctrinas de los economistas individualistas, desde los *clásicos* hasta los *eclécticos*, desde los que se aferran á las ya maltrechas teorías *manchesterianas* hasta los que alejándose de éstas se aproximan cada vez más á las del *socialismo posibilista*, en cuanto á la determinación del concepto, ventajas, inconvenientes, desarrollo y manera de actuación de la forma de retribución del trabajo llamada salario. Un mundo nuevo, por decirlo así, va á ofrecérsenos á la vista; ideas dis-

tintas, prácticas, factibles, convenientísimas las unas, exageradas y perturbadoras las otras, utópicas, llenas de ensueños distintos cultos y diversas iglesias; la acción individual restringida á veces con exceso, la acción social ensanchada también á veces con exageración; la libertad individual no suprimida, sino regularizada, para que no se convierta en licencia en perjuicio del individuo mismo; la libertad social desarrollada para que garantice mejor el derecho; una transformación, en fin, que ponga término á vicios, abusos y males inveterados. Pero antes transcribiremos un pasaje que á otro punto de vista de la cuestión se refiere, de un escritor ilustre, de los más conocidos en nuestro país, de Mr. Luis Reyband, del célebre autor del estudio sobre los *Socialistas y reformadores contemporáneos*.

«La igualdad absoluta—dice—es tan incompatible con el destino social y las relaciones de los seres, que, aun abstractamente, los comunistas más ingeniosos no han podido tener una concepción completa. En ninguno de los términos de la vida material puede realizarse la igualdad: si todos los hombres no consumen igualmente, de aquí una soberana injusticia, porque con frecuencia se encuentra que los más exigentes son los menos laboriosos. En el seno de las pequeñas comunidades experimentales de Roberto Owen siempre se hizo notar esta circunstancia. Han alegado que la abnegación suplirá y que el régimen común no está en algunas diferencias entre los individuos: esto prueba tan sólo que un régimen de igualdad rigurosa es una quimera, aun á los ojos de los que la persiguen.. Con una repartición que se mide por las obras, se tiene siempre una justicia relativa; con una distribución de los frutos del trabajo, independientemente del trabajo mismo, se tendría una liquidación absoluta.»

V

Vamos á comenzar la exposición de las doctrinas socialistas referentes al jornal ó salario, que constituyen el reverso de la medalla de las anteriores, por las de algunos que pueden considerarse, y que con efecto se consideran, como más

ó menos directos precursores del socialismo moderno. Entre ellos debemos señalar á un eminente publicista del siglo XVIII, genio verdaderamente eminente, cuyo espíritu socialista casi ha pasado desapercibido, y acerca del cual acaba de llamar la atención Mr. André Lichtenberger en su libro *Le socialisme utopique*: nos referimos á Nicolás Enrique Linguet.

Sus obras son numerosas, pero de ellas las más conocidas y las que en mayor grado han contribuído á su justa celebridad son su *Théorie des lois civiles*, publicada en 1767, y sus *Annales politiques, civiles et littéraires du XVIII siècle*, que lo fueron en 1777. Linguet atacó á la sociedad poniendo de relieve la condición de la clase más numerosa de la misma, de la clase trabajadora. «¿Qué es lo que saca de ella? El trabajador es el heredero, el sucesor de los esclavos de la antigüedad y de los siervos de la Edad Media; pero su suerte es más infinitamente miserable que la de sus abuelos. Las ciudades y los campos están poblados por otra clase de domésticos más esparcidos, más útiles, más laboriosos, conocidos con los nombres de jornaleros, braceros, etc.; no están deslumbrados por los brillantes colores del lujo, y gimen bajo los harapos repugnantes que son la librea de su indigencia; jamás tienen parte en la opulencia creada con su trabajo; la riqueza parece querer complacerles cuando quiere agradecer los presentes que la hacen: les prodiga el desprecio más y más ultrajante.» Después de estas afirmaciones, que traen á la memoria escritos y discursos de los modernos socialistas de la cátedra y cristianos, examina Linguet las ventajas que á la clase de los que llama domésticos deparó la supresión de la esclavitud, y escribe: «Lo digo con tanto dolor como franqueza: todo lo que han ganado es estar á cada instante atormentados por el dolor de tener que morir, que morir de hambre, desgracia de que al menos estaban exentos sus predecesores en este último puesto de la humanidad. El interés del amo era tratar bien á sus esclavos para no gastar sus propios recursos; viviendo con ellos, su humanidad, por poca que tuviese, se interesaba en su bienestar; la que llamamos miseria no existía entonces, porque se establecía necesariamente una proporción entre el precio de las mercancías y el trabajo manual

del esclavo, y era tal, que un esclavo subvenía á las necesidades de su amo y á las suyas... En otro tiempo un hombre arruinado, á quien nuestras leyes condenan á la miseria, podía hacerse esclavo y readquiría así algún valor á los ojos de la sociedad».

En contraposición de este cuadro de la condición de los trabajadores en las antiguas sociedades esclavistas, que envuelve una defensa de la esclavitud, mancha de las obras de Linguet, ofrece el de la misma condición en la sociedad de su época. «En nuestros tiempos, dice, la sociedad se encuentra dividida en dos porciones, la una, de los ricos, de los dueños del dinero, que siéndolo, de consiguiente, también de las mercancías, *se arrogan el derecho exclusivo de tasar el salario del trabajo que las produce*, y la otra, de los jornaleros aislados, que, no siendo ya propiedad de otro, no teniendo ya amo, y por consiguiente protectores interesados en protegerles y aliviarles, se encontraron entregados sin recursos á discreción de la misma avidez que enriquecían.

»Apremiados por el hambre, corrían, como los egipcios del tiempo de José, á los graneros, cuya puerta aquélla guardaba. Hicieron con ella un tratado más oneroso que la esclavitud, un tratado que no les deja de la libertad sino lo que tiene de abrumador, quitándoles todos los consuelos de la servidumbre. Se sometieron á *no sacar del trabajo más duro sino un sueldo apenas suficiente para conservarles la vida durante el día que sacrifican*, y á no poder exigir el mañana si nadie tomaba prestados sus brazos todavía languidecientes de las fatigas de la víspera; se comprometieron á sacar de esta tan módica suma su sostenimiento personal, el alimento de sus mujeres y de sus hijos, los gastos inseparables de las enfermedades y de todos los actos civiles. Se hicieron recaer sobre ellos las cargas más pesadas del Estado, porque la opresión se cebaba en ellos, *tan desprovistos de defensa*... Estos inconvenientes, sensibles desde el principio, no han hecho sino aumentarse. La variación en las monedas y en los precios de las mercancías se ha convertido para ellos en un azote superior á todos los otros. Los salarios, según lo he observado, *habiendo sido reducidos á la subsistencia del día en que*

trabajan, no son suficientes, ni con mucho, para sostenerles el día en que dejan de hacerlo. Pero cuando á la necesidad de pagar bastante más cara la vida é insuficiente subsistencia han tenido que agregar las bribonerías de la opulencia, sus recursos, ya tan escasos, se han disminuído más, é irán siempre decreciendo, porque, como ya lo he hecho notar en la *Teoría de las leyes civiles*, la insuficiencia misma de la paga del jornalero es una razón para disminuirla cuanto más apremiado se halla por la necesidad, y se vende más barato; *cuanto más urgente es la necesidad, menos productivo le es su trabajo*. Los déspotas momentáneos á quienes conjura á aceptar no se avergüenzan de tomarle el pulso, por decirlo así, á fin de asegurarse de lo que aún le queda de fuerzas: *es sobre el grado de su desfallecimiento sobre el que arreglan la retribución que le ofrecen*: cuanto más cercano le ven á perecer de inanición, más reducen lo que puede salvarle, dándoselo menos para proteger su vida que para retardar su muerte. Tales, sin embargo, el estado en que languidecen en Europa desde el día de la libertad las diez y nueve vigésimas partes de la población.»

Prosiguiendo en esta clase de consideraciones, cuyo carácter salta desde luego á la vista, exageradas ciertamente, pero que aun á nuestra época pueden aplicarse, y que envuelven durísima crítica del salario, tal como desde hace siglos viene actuándose, escribió en sus dos citados libros: «Es la imposibilidad de vivir de otro modo la que fuerza á nuestros jornaleros á remover la tierra, de la que no comen los frutos, y á nuestros albañiles á construir los edificios que no habitarán. La miseria es la que los arrastra á esos mercados donde *esperan á que los amos se dignen comprarlos*. Ella es la que les fuerza á *ponerse de rodillas ante el rico para que les conceda el permiso de enriquecerle*. Se pretende que los contratos de propietario á obreros se hacen libremente: lo serían si estos últimos pudiesen permanecer algunos días sin trabajar para hacerse necesarios é imponer sus condiciones sobre un pie de igualdad; pero no pueden, y la necesidad de trabajar les obliga á ceder. Por eso la *cifra de los salarios se ha hecho cruelmente módica*, pudiendo comprobarse por la observación

que el trabajo libre es infinitamente menos caro que el trabajo esclavo: *al obrero libre no se le paga sino como á hombre*, es decir, *muy poca cosa*, pero el esclavo cuesta casi tanto como un caballo, lo cual le hace más precioso y da más valor á los frutos de su trabajo, porque—no cesaré de repetirlo—á pesar de los graznidos de los paganos filósofos, lo más favorable que puede suceder al que tenga la figura de hombre, pero que esté condenado á ganarse la vida con el empleo de sus brazos, es el ser colocado en el lugar de un pájaro. En cuanto al mercado actual, es á los tiranos del obrero á los que es ventajoso: aumentando la indigencia del pobre, ha aumentado en igual proporción la opulencia del rico».

Linguet concluye la serie de consideraciones que dedica á la condición del obrero, á la retribución del trabajo, al salario, á la defensa de la esclavitud, que conceptúa económica y socialmente ventajosa á la libertad del jornalero, con las siguientes líneas que consignó en sus *Annales*: «No es ya la persona del hombre activo ó industrioso la que se ha estimado en las cuentas entre el insolente propietario y el humilde poseedor de una libertad reducida á dos brazos por todo cortejo; el provecho efectivo es el que ha podido sacar el primero del empleo del segundo, y, en esta evaluación, los minutos han sido cuidadosamente calculados, el rico no ha pagado más que los momentos que se le han sacrificado; de modo que los tesoros de aquél aumentan siempre con sus gastos, y aumentan con el interés usurario de las porciones que desprende».

Tales son las ideas de Linguet, á quien con razón califica Mr. Lichtenberger como precursor remoto del socialismo de nuestros días. Sus errores, consecuencia de sus pocos conocimientos económicos, son tan salientes que no precisan de impugnación. Defender el trabajo del esclavo como mejor y más beneficioso para éste y para la sociedad, es más que absurdo; sostener que el trabajo del esclavo es más costoso que el del obrero libre es una afirmación que todos los hechos contradicen. Por el contrario, es muy cierto que, tanto en su época como en la actual, el salario toca con el nivel de lo estrictamente necesario, que el capitalista se aprovecha de la

penuria y de la necesidad del obrero para explotarle y sacar de él mayor provecho á menos coste, y que la libertad del contrato de obra, en cuanto al obrero, no es una realidad, sino una ilusión. Muchas de sus afirmaciones y no pocos de sus argumentos han sido reproducidos posteriormente, aunque bajo forma más científica; que indudable es que el socialismo, obedeciendo á una evolución lenta pero constante, en otras épocas y en otros escritores ha encontrado las ideas que no ha hecho sino desarrollar y sistematizar.

CAPÍTULO IV

Algunas ideas de Proudhon referentes al trabajo y al salario.—La ley de bronce de los salarios de Lassalle.—Opiniones acerca de ella de Cieglerf Rodbertus, Andler, Vandervelde y Louis.

I

En los utopistas, en los enciclopedistas del siglo XVIII, en varios de los grandes revolucionarios de dicho siglo, en Babeuf y los Yguales y en otros muchos escritores de la primera mitad del siglo que agoniza, y principalmente en Luis Blanc y en los que se apoderaron y extraviaron el movimiento tan trascendental del año 48, se encuentran los precursores y los preparadores directos del socialismo contemporáneo. Exponer y apreciar sus ideas, á más de constituir una tarea ímproba, equivaldría á escribir la historia de las sucesivas escuelas y sectas socialistas. Si lo hemos hecho respecto de Linguet, ha sido más bien por la preterición que ha venido haciéndose de una parte del carácter de sus escritos. Ahora, y á pesar de que sus más importantes obras corresponden más bien al período que antecedió á la revolución del año 1848, en la que ejerció grandísima influencia, aun cuando momentáneamente se viera ofuscado por los creadores de los funestos *talleres nacionales*, por los Sansimonianos, por los Owenistas y por los discípulos de Fourier, á todos los cuales destrozó con su mordaz sátira y con su vigorosa dialéctica,

vamos á exponer algunas de las ideas del llamado gran demolidor y sofista, Pedro José Proudhon, pues de ellas se han nutrido más ó menos todas las escuelas que hoy persiguen la transformación política, económica y social de los pueblos.

Proudhon es el genio más eminente y atrevido, pero al mismo tiempo más contradictorio y aun funesto, de entre los muchos con que cuenta el socialismo. Todas las escuelas de éste, desde los mutualistas hasta los colectivistas, han tomado de él bastante de sus teorías. De él habremos de ocuparnos con frecuencia, por lo que en este lugar no lo haremos sino de varios extremos referentes al salario.

En su libro *De la justice dans la revolution et dans l'Eglise* aparecen estos pasajes: «Todo trabajo, dicen los partidarios del *statu quo*, supone una pena; esto es fatal». No cabe objeción en este punto, pues hay unanimidad de opiniones. Toda pena merece salario; esto es de derecho. «No siempre se ha concedido esto. Todo salario es arreglado por convención expresa ó tácita, según el estado y la ley del mercado, de suerte que la tasa del salario, como el salario mismo, tiene por principio á la vez la necesidad y el derecho.» Esto parece incontestable y por mi parte lo concedo sin reservas. Pero *pena* y *salario*, estos dos términos que la necesidad y el derecho determinan sólo en cuanto á la naturaleza y en cuanto á la cantidad, constituyen para el trabajador una relación de inferioridad igualmente necesaria, por una parte ante la naturaleza, que impone el trabajo y la pena, por otra ante el empresario, que compra el trabajo y lo paga en salario». Respecto á esta nueva proposición declaro que no veo la posibilidad de admitirla; es falsa. Pero, se concluye, si asentís á estas cuatro proposiciones no podéis recusar las siguientes: por el pronto, que los *asalariados* no pueden ser al mismo tiempo *asalariantes* y tratados como tales; en segundo lugar, que cuanto más se desarrolla el trabajo más aumenta el número de *asalariados* con relación á la población y disminuye el de *asalariantes*, de modo que la distanciaci3n entre la condici3n del amo y la del obrero, dada originariamente por la necesidad y el derecho, y proporcional al progreso de la industria, crece más cada día.»

Convengo en todo ello, prosigue; es según esta deducción como se ha establecido y desenvuelto la práctica del salariado, y nada tendría que replicar si la exposición fuese completa y si no descubriese en ella omisiones esenciales. Reconozco que en esta cadena de necesidades pueden presentarse por el hecho del libre arbitrio dos hipótesis que rompen toda la economía. 1.^a En cuanto á la *pena*, nada prueba esto que la manera de trabajar, la educación del trabajador, la organización del taller, no pueden disminuir de intensidad en una proporción paralela al desenvolvimiento de la industria, y por consiguiente inasignable. 2.^a En cuanto á la relación del *asalariante* y del *asalariado*, ó mejor, de obrero á empresario, si es verdad que estas dos cualidades no pueden existir al mismo tiempo y bajo igual punto de vista en el mismo sujeto, no prueba que en virtud de las mismas causas no pueda y deba pertenecer, sea en tiempos diferentes, sea bajo diversos puntos de vista, á cada sujeto, de manera que se equilibren en toda vida humana. Si estas dos hipótesis fuesen resueltas afirmativamente, claro es que, no existiendo la necesidad alegada y pudiendo al menos ser combatida con éxito por los recursos de la enseñanza individual y de la organización económica, habría lugar á reformar con arreglo á un nuevo plan la explotación agrícola y manufacturera, de suerte que la mala organización del trabajo cediese bajo el influjo de la justicia.

Después de esta crítica, bastante sutil por cierto, y en la que se trasluce su pensamiento en lo que al trabajo y al salario se refiere, aprecia los principios de los que llama economistas revolucionarios, á los que manifiesta indudable inclinación. No le seguiremos en este punto, que más que á la especialidad del salario se refiere á la futura organización del trabajo, objeto que será de otro de nuestros estudios. El resumen de las ideas de dichos economistas lo condensa en estas líneas: «El ideal soñado por los antiguos economistas, á juicio de los modernos, puede realizarse: la tierra para los que la cultivan; el oficio para el que lo ejerza; el capital para el que lo emplee; el producto para el productor; el beneficio de la fuerza colectiva para todos aquellos que concurran y el salario modificado para la participación; el trabajo parcelario combi-

nado con la pluralidad de aprendizajes en una serie de promociones; el fraccionamiento del suelo abolido por la constitución de la herencia; en una palabra, la fatalidad de la naturaleza dominada por la libertad del hombre. Tal es el programa: es todo un mundo moral que surge, una civilización nueva, otra humanidad». Proudhon, aunque en la apariencia lo criticaba, se adhirió á él en gran parte: en sus numerosas obras le depuró de sus vicios, lo sistematizó, le dió cuerpo y vida. Los socialistas á él posteriores, si bien con modificaciones, no en todos sus matices, sino en los más radicales, también lo han recogido.

II

Hemos repetidamente aludido á la famosa *ley de bronce del salario*, de Lassalle, de la que se trata en todos los estudios económico-sociales y aun meramente sociológicos, discutiéndola y haciéndola objeto de tan vivos ataques como de apasionadísimas defensas. Desde que la formuló Lassalle, son muchas las páginas y aun libros que acerca de ella se han escrito, siendo imposible ventilar las importantes cuestiones que el problema del trabajo encierra sin apreciarla con más ó menos distinción.

Por eso, al exponer varias opiniones autorizadísimas de distintos adeptos de las escuelas socialistas, referentes al salario, comenzaremos diciendo algo, aunque no tanto como quisiéramos, de lo que es en sí y de su alcance.

Mr. Th. Cieglerf, que, como dice Garófalo, «no es colectivista, pero no disimula sus simpatías á ciertas tendencias socialistas», ha declarado en un trabajo bastante apreciable (*La question sociale es une question morale*) que dicha ley de los salarios «es falsa en la forma general que se la ha atribuído, porque los hechos demuestran que los obreros hábiles pueden conseguir que su salario alcance un nivel muy superior al que es necesario á la vida material, siendo la prueba de ello, de que estos obreros ganen más de lo estrictamente necesario, las considerables sumas que ingresan cada día en las cajas de

ahorros»: «es todo su régimen de vida, añade, y en particular son los placeres y diversiones los que consumen los jornales obreros. Por eso se ha establecido este hecho, que el nivel del bienestar material se ha elevado considerablemente en estas clases». ¿Es esto cierto? ¿Es falsa la *ley de bronce*? ¿Son los salarios superiores al nivel de las necesidades materiales, como Cieglerf y con él todos los economistas clásicos sostienen, ó son más bien inferiores, según Lassalle, Karl Marx y los socialistas, sin excluir á los gubernamentales, vienen afirmando? ¿Es cierto que á la vida de placeres y diversiones del obrero, vida que ciertamente no envidian los que la suponen, se deba el que sus salarios no cubran sus precisas atenciones familiares? Vamos á verlo.

Mr. Charles Andler (*Les origines du socialisme d'Etat en Allemagne*) ha expuesto magistralmente no sólo los fundamentos de la ley de bronce, sino los del salario normal, tales como los concibieron y desarrollaron Rodbertus y Lassalle. Dice Rodbertus, en su *Lachwerth des seldes* y en su *Bleechtung offener Brief*, que «un esclavo antiguo era un capital del que se evaluaba el precio de compra, la suma anual y el sostenimiento, mientras el trabajador moderno es un hombre libre que puede disponer por contrato de una mercancía», *su fuerza de trabajo*. Pero esta mercancía no se conserva, y esto es lo que causa al obrero un notable perjuicio ante el otro contratante. El capitalista puede esperar, y, sin embargo, rara vez espera, pues de ordinario tiene la elección entre una multitud de obreros que le ofrecen el mismo trabajo. Aunque de derecho sea libre el contrato, sus coacciones de hecho le desnaturalizan. El obrero, civilmente emancipado, está obligado á vivir en la condición misma del esclavo, en la negación del derecho, y su trabajo no determina en nada su salario. Esta conclusión puede producir sorpresa. Conforme se ha dicho, si el obrero es libre, ¿procede locamente al entregar al patrono un producto que representa más trabajo que la remuneración que recibe? Cuestión especísimísima, pero que no impide á los que la presentan (Lassalle, Bastiat, Schulze) querer á los obreros, cuando éstos se aperciben de que son engañados. Se olvida que esta mercancía vendida por el obrero, *su*

fuerza de trabajo, es la única de que dispone: es preciso que venda ó que perezca, y si se ve obligado á vender, no tiene razón el capitalista en remunerar después su emancipación civil más que antes. La revolución de 1789 no ha impedido que el obrero sea remunerado al más bajo precio en que puede serlo su fuerza de trabajo.»

«El precio más bajo á que permanentemente puede descender una mercancía está marcado por sus gastos de producción. Esto es lo que acontece con la fuerza del trabajo. Los gastos de producción de la fuerza del trabajo son medidos por la subsistencia de un obrero. El patrono, si tiene necesidad de un obrero, no puede ofrecer más que la subsistencia necesaria, sin la cual el obrero moriría. Pero si es de su interés subordinar el sostenimiento de estos obreros á la producción de algunas otras mercancías, despedirá obreros, y es segura el hambre de éstos. Puede decirse que este *mínimum* de subsistencia no debe tomarse en un sentido tan literal. El *mínimum* físico, decía Ricardo, por bajo del cual es imposible mantener la población, y el *mínimum* moral, sin el cual no se decide á reproducirse, deben distinguirse con toda claridad»; punto sobre el cual dice Andler no disienten ni Lassalle ni Rodbertus», y continúa su exposición manifestando «ser seguro que el *mínimum* del salario depende de los hábitos de la vida, es relativo, tiene una margen movible; una cosa es en Rusia, otra en Inglaterra, es diferente en cada pueblo, siendo Lassalle quien así lo ha dicho, corrigiendo de este modo su exagerada fórmula: «la cuestión social es una cuestión de vientre».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

La Philosophie de Tolstoï, par OSSIP-LOURIÉ, de la *Bibliothèque de Philosophie contemporaine*.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 8.º, 200 páginas, 2,50 francos.

El Sr. Alcan ha dado ya á la estampa otro libro de Lourié titulado *Pensées de Tolstoï*, el cual sigue obteniendo en Francia un éxito legítimo. Hoy publica una nueva é importante obra del mismo autor y acerca del mismo celeberrimo personaje ruso: *La Philosophie de Tolstoï*. Este libro se halla dividido en dos partes, la primera de las cuales trata de la evolución de la vida de Tolstoï, y en ella procura el autor determinar las etapas que han llevado al escritor ruso á su crisis moral, analizando la conversión de este pensador y concluyendo que, por la transformación de su vida personal, ha probado Tolstoï la posibilidad de la transformación de la vida individual y aun de la vida social.

En la segunda parte del libro el Sr. Lourié consagra algunos capítulos á «Tolstoï novelista», á «La religión y la moral de Tolstoï», á «Tolstoï y la cuestión social» y «Tolstoï y el arte», afirmando que todas las concepciones del autor ruso pueden quedar reducidas á estas tres palabras: *amor, trabajo, solidaridad*. Los medios para llegar á ellos consisten en el esfuerzo moral individual, la conciencia reflexiva y la voluntad.

Tolstoï no ha expuesto nunca de modo sistemático sus opiniones sobre teología, sociología y moral, sino que éstas se encuentran diseminadas en sus numerosos libros sin encadenamiento lógico, ó por lo menos aparente. El Sr. Ossip-Lourié, filósofo y letrado al mismo tiempo, que conoce á maravilla la vida y las obras del apóstol ruso, las presenta y las ilumina con nueva luz. Tolstoï aparece de cuerpo entero en este libro: como hombre, como pensador y moralista.

*
* *

L'Année sociologique (1897-1898) publiée sous la direction de EMILE DURKHEIM, professeur de sociologie à la Faculté des Lettres de l'Université de Bordeaux.—Paris, F. Alcan, editor.—Un tomo en 4.º de vi-596 páginas, 10 francos.

Este segundo volumen de *L'Année sociologique* está trazado sobre el mismo plan general á que se sujetó el primero. Una de las partes en que el libro se divide comprende dos memorias origi-

nales: la primera es un ensayo del Sr. Durkheim, en el cual se propone éste definir los fenómenos religiosos y demostrar su carácter esencialmente sociológico; la segunda es más extensa, y en ella los Sres. Hubert y Mauss estudian el *sacrificio* como hecho social, y, sirviéndose de los trabajos de Smith y Frazer, conciben el sacrificio de una manera singular y nueva, llegando á este resultado en virtud de una comparación metódica de las religiones indias, semíticas y greco-latinas.

La otra parte de *L'Année sociologique*, consagrada al examen analítico de las obras publicadas desde la aparición del volumen precedente, se encarga de ofrecer al sociólogo los materiales históricos, etnográficos y demográficos que le son indispensables. Estos análisis están metódicamente agrupados, según la naturaleza de los asuntos á que se refieren, siendo *L'Année* una verdadera revista del estado actual de los más importantes problemas.

En el presente volumen encontramos algunas mejoras, de entre las cuales es muy digna de notación y de aplauso la referente á la forma material de las sociedades (configuración de los estados, distribución interior de la población, comunicaciones, etc.), facilitando mucho el manejo de la obra un índice alfabético.

* * *

Técnica antropológica y Antropología física, por D. LUIS DE HOYOS SÁINZ, *catedrático, abogado y doctor en Ciencias naturales*.—Madrid, Romo y Füssel, editores.—Un tomo en 8.º, 600 páginas, 7 pesetas.

Realmente pasmoso es publicar en España una segunda edición de *Técnica antropológica*. El Sr. Hoyos ha realizado esta maravilla, y debemos felicitarle por tan extraordinario éxito, que es la mejor alabanza de su obra, fruto de penosos trabajos y muy laboriosas investigaciones en el extranjero.

El libro del Sr. Hoyos, precioso para cuantos pretenden iniciarse en el estudio de los procedimientos antropométricos, ofrece la singular ventaja de estar escrito con excelentes disposición y método. Divídese en cuatro partes, y está la primera consagrada á los necesarios estudios preparatorios; la segunda á la *Craneología*, y en ella se analiza el cráneo en sus conceptos *antropológico, craneográfico y craneométrico*, y de los *índices y proporciones*; ocúpase en la tercera parte de la *Antropometría*, en que brilla la propia investigación, y en la cuarta estudia los resultados obtenidos ó que puede obtenerse en virtud de los procedimientos expuestos. Muy curioso y original es, además, el *Apéndice*, en que el Sr. Hoyos aborda graves problemas que aún no ha resuelto la ciencia.

La importancia de este libro y su indiscutible mérito, ya sancionados por el sabio Dr. Antón en el prólogo que lo encabeza,

nos permiten ver en el autor algo de lo que escasea en nuestra patria: un antropólogo de bríos, un pensador y un entusiasta por la ciencia.

*
* *

Calcul des canaux et aqueducs, par GEORGES DARIÈS, *Conducteur au Service des Eaux de Paris, licencié ès sciences.*—Paris, Gauthier-Villars, editores.—Un tomo en 8.^o, 180 páginas, 2,50 francos.

Los asuntos relativos á canales y acueductos han adquirido mucho desarrollo é importancia de algunos años á esta parte en la nación vecina, en virtud del gran número de canales que allí han sido abiertos para la utilización agrícola é industrial de las aguas, y de los numerosos acueductos que se ha establecido para el abastecimiento de agua potable en algunas poblaciones.

Instalaciones recientes han permitido efectuar numerosas experiencias sobre acueductos de muy distintas formas y dimensiones, y apreciar el valor de las antiguas fórmulas, que ha sido necesario corregir. A los notables trabajos de Bazin se debe el que los ingenieros posean fórmulas prácticas, cuya aplicación es en gran manera cómoda por el empleo de las tablas, con que pueden calcular con toda seguridad sus proyectos.

El libro del Sr. Dariès desenvuelve de un modo completo el cálculo de canales y acueductos, y casi puede afirmarse que es un complemento del anteriormente publicado por el mismo autor sobre las conducciones de agua.

Trata el primer capítulo de las fórmulas del movimiento uniforme; en el segundo expone el Sr. Dariès la mayor parte de los problemas que pueden presentarse en la construcción de canales y acueductos, siendo de notar lo completo de la teoría acerca de estos últimos; y el tercero se ocupa en el movimiento variado y en el cálculo de los remolinos de agua, acompañado de numerosos ejemplos numéricos sacados de instalaciones recientes.

*
* *

Les paysans et la question paysanne en France dans le dernier quart du XVIII^e siècle, par N. KARÉIEW, *professeur d'Histoire à l'Université de Saint-Petersbourg, traducido del ruso por Mlle. C. W. Woynarowska, licenciée ès sciences sociales.*—Paris, V. Giard y E. Brière, editores.—Un tomo de XXVII-635 páginas, 12 francos.

Así como el *problema social* se ha impuesto en el presente siglo, á que ha llamado Gladstone *el siglo de los obreros*, del mismo modo el asunto de los aldeanos ha sido el problema fundamental y no resuelto del antiguo régimen que muere. Y, no obstante, en los importantes trabajos que á la historia de las clases rurales en Francia han consagrado autores de tanta valía como los señores Bonnemère, du Cellier, Darest de la Chavanne, Doniol y Leymarie, el siglo XVIII es el período menos estudiado.

La presente obra está singularmente consagrada al problema rural en el último cuarto de la anterior centuria, de 1774 á 1793, y el autor ha fundado su estudio en trabajos anteriores, al determinar la evolución verificada en la condición de las tierras y en el estado de los campesinos, historia que dormía sosegadamente en los archivos, salvo algunos datos que salieron á luz hará unos cuatro lustros.

El Sr. Karéiew no se ha limitado á exponer los trabajos escritos sobre esta interesante materia, ni se ha contentado con los originales impresos en las bibliotecas de Francia, sino que ha compulsado con mano investigadora y firme los archivos de su patria, la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional francesa y no escaso número de colecciones particulares. Hállase dividida la obra en siete partes, tratándose en las tres primeras de las relaciones entre el campesino y la aristocracia, la clase media y el Estado; las partes cuarta y quinta las dedica el autor á la situación de las clases rurales antes de la revolución y á la *cuestión rural* en su fondo, consagrando las dos restantes á proyectos y ensayos de reformas, á la elección de los Estados generales y á la solución dada al problema objeto de su estudio.

La importancia de este libro es grandísima, y bien lo prueba el hecho de haber logrado éxito extraordinario en Rusia, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia y en la prensa, en donde Alfredo Maury (*Journal de Savants*) le ha dedicado muy notables y entusiastas artículos.

Des religions comparées au point de vue sociologique, par
RAOUL DE LA GRASSERIE, *lauréat de l'Institut, docteur en Droit, juge au Tribunal de Rennes.*—Paris, V. Giard y E. Brière
editores.—Un tomo en 4.^o, 396 páginas, 9 francos.

El Sr. de la Grasserie, muy acreditado ya por sus trabajos de sociología y lingüística, ha publicado un notable estudio comparativo de las diversas religiones, pero limitando este vastísimo campo á su aspecto sociológico y excluyendo cuidadosamente todos los demás, con singularidad el psicológico, que tan distinta importancia reviste. Aun así resulta muy difícil la empresa y muy amplio el campo de la investigación, pues el autor del libro expone los rasgos esenciales de todas las religiones conocidas, recorriéndolas con gran tacto; y, si no podemos aceptar como buena su opinión en muchos puntos, también es justo reconocer que la obra contiene numerosas observaciones directas y abundantes ideas que ofrece con novedad agradable y simpática.

Lo más importante que encontramos es una definición que no había sido dada aún de la religión.

Según Mr. de la Grasserie, que le reconoce en ciertas condiciones solamente el carácter de ciencia verdadera, ella vendría á terminar, con la filosofía y la síntesis de las ciencias positivas, la serie de las ciencias en general y coronarla. Ella constituiría una

sociología superior á la sociología ordinaria, tanto más que ésta lo es á la psicología y á la biología, abrazando en su lazo no solamente á los hombres, sino á todos los seres cósmicos: de ahí el nombre de cosmociología que le da el autor. Deduce de esto consecuencias muy curiosas que persigue en la observación concreta de cada una de las religiones. Hay que observar los capítulos donde se trata de la sociedad entre los dioses, de las sociedades divinas opuestas ó dualistas, y de éstas entre las diversas personas de la misma divinidad: la idea de sociedad se encuentra así rebuscada en sus límites extremos. Esta manera de ver la religión es tanto más interesante cuanto que bajo pretexto de su subjetividad se la había observado mucho hasta este día, ya socialmente en su constitución externa, donde no es más que una sociedad ordinaria *sui generis*, ya en su constitución interna, donde ella sobrepasa con mucho este alcance, y extiende el horizonte de la idea misma de la socialidad.

*
* *

Les guerres et la paix, par CHARLES RICHEL.—*Paris, Schleicher Frères, editores.—Un tomo de la Collection de livres d'or de la Science, 190 páginas, 1 franco.*

Este libro nos ha instruído y nos ha encantado al mismo tiempo; nos ha hecho reflexionar y nos ha conmovido; nos ha agrandado el horizonte de nuestro espíritu por su texto sustancioso y ha hecho pasar bajo nuestros ojos toda una revista de arte maravilloso. No son más que maestros los que han colaborado en este volumen. En efecto, primeramente el autor Carlos Richet, cuya reputación no es solamente grande en Francia, sino en todos los puntos del extranjero; pensador, sabio, escritor y poeta á la vez, reúne dotes privilegiadas para componer el libro en que trata de una de las materias más graves que puedan apasionar ó agitar la humanidad y que nos tocan muy de cerca: las guerras y sus incalculables desgracias, la paz y sus obras fecundas, y como solución á este vasto problema y como completa actualidad también en presencia del Congreso internacional y diplomático que va á abrirse en La Haya bajo la iniciativa del Czar y con el concurso de todos los Gobiernos civilizados de los dos mundos, el arbitraje internacional.

No es ésta una obra de filosofía utópica; son los hechos los que hablan evocados por el autor; son las estadísticas puestas en relieve; es la economía social resultante de las demostraciones históricas.

Es, antes que todo, política práctica; es la exposición de un organismo que debe crearse anulando las crisis que se producirían y realizando la obra verdadera, la obra viviente de la civilización y del progreso. Pero al lado del Sr. Richet aparecen en este mismo libro otros diez maestros; son los artistas que han dado la base de la ilustración. Hay en él una reunión de obras maestras que cautivan la mirada y que nos reproduce el grabado, cuadros

célebres relativos al objeto tratado por el autor, y algunos puestos en color en magníficas láminas fuera del texto: en primer lugar Rubens con su «Consecuencias de la guerra», Rafael con su figura «La paz», Callot, pintor francés, con sus escenas pintorescas; Goya, maestro español, con sus soberbias «Evocaciones fantásticas»; Wiertz, gran artista belga (de la escuela flamenca), con sus hermosos lienzos «El último cañón» y «Carne de cañón»; Gustavo Doré, dibujante ilustre, con sus dos grandes composiciones «La guerra» y «La paz»; y no omitamos «El Conquistador», de Stuck; ni la «Apoteosis de la guerra», del gran pintor ruso Werestchagin, y toda una serie de retratos que hacen de este volumen un verdadero museo de arte.



Otras publicaciones.

La casa editorial de los Sres. Bailly-Baillièrè é Hijos acaba de publicar una nueva é interesante obra, debida á la pluma del distinguido publicista y catedrático de la Universidad Central D. José Cascales y Muñoz, más conocido en el mundo literario con el pseudónimo de *Mathefilo*, acompañada de un prólogo del Sr. Becerro de Bengoa.

La palabra y sus manifestaciones lleva por título la obra; en ella se da á conocer el origen y desarrollo del lenguaje; primeras formas de la palabra; sus relaciones entre el pensamiento y el lenguaje, y cuantas investigaciones sobre esta materia ha hecho la ciencia filológica, razonando con sereno juicio los fundamentos, ventajas ó deficiencias de ellas. Completa todos estos medios de información con consideraciones y estudios particulares del autor, condensando en sus páginas cuanto sobre ello ha estudiado.

Y, por último, amplía tan curioso trabajo con breves y acertadas disertaciones acerca de los distintos medios de difusión de la palabra, tales como la escritura, la imprenta, la litografía, el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, etc., resultando su conjunto un detallado estudio de todo lo que puede manifestar el pensamiento mediante la palabra.

P. V.

Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o
Teléfono 934.